

LEER UN MENSAJE  
AJENO PUEDE  
CAMBIAR TU VIDA...

# LA MUJER GEOMÉTRICA

## VICENTE MARCO

«PERTURBADORA, LA MEJOR NOVELA DEL AUTOR  
DE OPERA MAGNA»



Leer un mensaje ajeno puede cambiar tu vida...

Sara, una mujer de mediana edad, descubre en el móvil de su hijo un mensaje que la aturde. De su lectura se desprende que Mario, de tan solo diecisiete años, mantiene una relación sentimental (¿o únicamente sexual?) con una mujer mucho mayor que él. Ese descubrimiento hace que Sara, contra la opinión de Humberto, su marido, intente contactar con esa desconocida para disuadirla de continuar con Mario. Lo que Sara ignora es que sus pesquisas la sumergirán en una inquietante espiral que hará saltar por los aires las convenciones de una vida marcada por la rutina y la ausencia de alicientes, para adentrarla en un sendero tan excitante como turbio y peligroso.

Vicente Marco, el galardonado autor de novelas tan memorables como *Opera Magna* o *Los trenes de Pound*, nos conduce por los vericuetos de una trama absorbente. El lector, como la misma protagonista, llegará a su desenlace siendo otro distinto del que inició el trayecto.

Vicente Marco

---

# **La mujer geométrica**



Título original: *La mujer geométrica*  
Vicente Marco, 2019

---

Revisión: 1.0  
07/06/2019

«¡El deber! ¡El deber! Qué demonios, el deber es darse cuenta de lo que es grande, querer lo que es hermoso, y no aceptar todas las convenciones sociales, junto con las ignominias que la sociedad nos impone».

Rodolphe en *Madame Bovary*, de Flaubert.

«Es chocante que lo que más temor inspira a los hombres sea aquello que les aparta de sus costumbres».

Raskólnikov en *Crimen y castigo*, de Dostoyevski.

## *Capítulo I*

En aquel tiempo que hoy parece tan lejano, podíamos considerarnos una familia feliz. Humberto y yo, nuestro querido Mario. Vivíamos en una casa propia, céntrica, grande. La habíamos pagado ya, teníamos coche, dos viviendas alquiladas y eso que llaman un colchón financiero donde reposar sin miedo ante las turbulencias económicas que se avecinaban.

Pero nuestro *sólido* mundo de bienestar comenzó a resquebrajarse una tarde cualquiera por culpa de dos *bips* en el móvil de mi hijo y unas palabras en la pantalla:

«No me importa tu edad, en serio.  
Follas mejor que muchos hombres  
con treinta años más. Hemos empezado algo grande».

El mensaje fue adquiriendo volumen poco a poco, como uno de esos tumores de potencial malignidad. En mis ensoñaciones de mañanas dominicales había imaginado de mil maneras diferentes el momento en que me presentaría a *su chica*. Le había creado un arquetipo de novia. Imposible describirlo sin caer en el tópico: *Guapacongustoparavestirtrabajadora ydeunafamiliacomonosotros*. Y rubia a ser posible. Nada que ver con la que vislumbré al instante: una hija de puta que se niega a envejecer ungida de potingues y maquillaje, embellecida con bronceado, bótox, abundantes rellenos de silicona, exhibiendo llamativas minifaldas y blusas escotadas hasta

el ombligo.

Tras el mensaje, llegaron los gritos, los portazos. El incesante «¿me has mirado el móvil!?, ¿mamá, el móvil también!?, ¿también el móvil!?!», flotando en el salón. Mis respuestas titubeantes: «Sonó...», «estaba ahí encima...», «lo hice por bien...», «habías ido a ducharte...». Y su rostro crispado cuando sale de la habitación, ya con la chaqueta puesta, y yo lo persigo por la casa: «No voy a dejar de insistir por mucho que te duela porque soy tu madre. Una voladura pasajera puede arruinarte la vida si la tomas demasiado en serio. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? ¿Cuántos años tiene? ¿Cómo está tan convencida de que habéis empezado algo grande...?».

Humberto llegó casi a las diez. Le conté. La discusión con Mario. El mensaje de teléfono. Las palabras que me habían quedado grabadas en la memoria. «Follas». «Edad». «Amor». «Construyendo»...

Se quitó las gafas y se pinzó la nariz con los dedos, algo que hacía muchas veces. Un gesto de impotencia.

—¿No piensas decir nada?

—Tiene diecisiete años. No podemos andar siempre tras él como si aún fuera un niño.

—Ya. ¿Y qué... qué hacemos entonces? Es una mujer mayor, muy mayor, *con la que ha empezado algo grande*. ¿Lo imaginas? Llevo toda la tarde... No he ido a zumba. No he hecho nada. Puede que sea una de esas solteronas que va con unos y con otros, o que esté divorciada. Incluso puede que sea puta, o que su marido le pegue y Mario tenga...

Humberto alzó las palmas de las manos.

—Sara... Hay que tratar esto con cuidado.

Yo conocía muy bien qué significaba «tratar esto con cuidado»: esperar a que el tiempo lo resolviera, no actuar, quedarnos quietos. Eso significaba. Pensé: «Tenemos que hacer algo», pero no lo dije porque se notaba que Humberto tenía ganas de tumbarse en el sofá, alejarse del problema. Aunque aquel no fuera un problema pueril ni transitorio por mucho que él lo deseara.

Se trataba de uno de esos momentos cruciales en los que una decisión errónea destruye las vidas para siempre. Lo supe con certeza entonces. Estábamos a punto de perder a Mario. La voz me lo susurraba en el oído. Una y otra vez: «Lo estás perdiendo. Tanto tiempo criándolo y ahora, así, de un soplo, lo estás perdiendo... Perdiendo. Perdiendo».

«Perdiendo...».

Cuántas veces me he acordado después de mi amiga Claudia cuando decía que las desgracias nunca llegan de repente, que son las personas quienes las llaman, poco a poco, con sus injustificados temores diarios.

A la mañana siguiente, después de que se marchara al instituto, aproveché para aventurarme entre sus cosas. Me provocó cierta atracción. Algo parecido a las experiencias que compartíamos Humberto y yo algunas deliciosas tardes de domingo cuando el aburrimiento nos caía encima y ya habíamos paseado, leído, quedado con amigos, o nos habíamos hartado de la televisión. Entonces él planteaba el inicio de una historia en la que siempre había alguien a quien matar por culpa de una infidelidad, un robo, un secuestro... y yo me encargaba de diseñar el crimen perfecto que él iba desmontando después con suficiencia.

El cuarto de Mario semejaba la réplica del caos en diez metros cuadrados. Camisetas, ropa interior, revistas, chaquetas, libros, pulseras, pañuelos, folios, apuntes... amontonados en un revoltijo como si un ciclón hubiera entrado en un mercadillo. Había fotos también. Fotos con amigos. Fotos antiguas de cuando era más pequeño... Y el ordenador, por supuesto. Me tembló el dedo cuando pulsé el botón del encendido y el aparato se despertó con un lamento grave. En la pantalla apareció un fondo con dos perros negros. Grandes. Desconocía la raza. Tampoco sé mucho de perros. No sé mucho de nada. Dos perros grandes con poco pelo y aspecto asesino. Ambos encima de una cama deshecha. A uno de ellos le caía la baba hasta la sábana.

Imaginé el olor de aquella habitación. ¿La habitación de ella? Nunca he soportado el hedor de los perros, de la piel o el pelo de los perros, ni siquiera el de esas galletas largas que venden en las tiendas de animales. Verlos encima



de la cama, con las patatas y la baba cayendo, me resultó una imagen inmunda.

Superpuestos a los perros negros, había al menos una veintena de iconos. Programas y carpetas. Y el símbolo del correo. «Por suerte, los jóvenes actuales dejan rastro», me dije. Encontré varios mensajes en la papelera. Pero solo uno que me interesó. Datado casi tres semanas atrás:

*De: Nat*

*A: Mario. Asunto: nuestro aniversario.*

*Cariño, te paso dos artículos. Son muy buenos. Hablan de la magnificencia del universo y de la insignificancia del ser humano. De que solo somos partículas, solo eso, partículas, por muy particulares que nos creamos.*

*Un beso, peque.*

Me provocó cierta repulsión imaginar a aquella Natacha, Natividad, Natalia o lo que fuera rodeada de perros, sufriendo martirizantes ejercicios gimnásticos y utilizando diminutivos para disimular la edad.

En el antepié del escueto correo apareció una información añadida. Así fue cómo conocí la existencia de una asociación llamada Brun Co.

## *Capítulo II*

La Brun Co. se encontraba en la sexta planta de un edificio de los años setenta, no muy lejos del centro histórico. La puerta permanecía entreabierta, llamé con los nudillos y entré a una pequeña sala de recepción con una silla y una mesa. No había nadie. Al lado de una escultura del David de Miguel Ángel, barbudo y superdotado, un cuadro muy grande presidía la pared frontal. Se trataba de una mujer formada por cubos y cuadrados, caminando sobre una infinita cuerda floja extendida en el espacio.

—¡Salgo! —gritaron desde el interior.

Se me aceleró el pulso y fingí mirar el cuadro porque me sentía ridícula, esperando de pie, con las manos entrelazadas y la vista fija en la puerta del pasillo.

Debajo del cuadro, un cartel rectangular indicaba: *La mujer geométrica*. En conjunto me provocaba una familiar sensación de vacío. No tanto de haberlo visto con anterioridad sino de haberlo soñado.

—¿Le gusta? —preguntó una voz a mis espaldas.

Al girarme, encontré a un hombre de unos cuarenta años que olía a jabón. Se había colocado demasiado cerca y me sentí incómoda. Poseía un poso de tristeza en el modo de mirar, aunque sonreía muy bien.

—Lo pinté durante una década en la que solo fui capaz de crear ese tipo de cuadros. Cuadros de geometría, los llamo. De ese mundo que nunca abandona las formas. —Se separó un poco y preguntó—: ¿Le gusta la pintura?

—Sí. Pero... solo soy..., soy una aficionada. Una mala aficionada.

—Por eso ha venido a la academia.

—Por eso. Buscaba a una mujer llamada Nat.

Me observó de arriba abajo.

—Vaya —pareció un poco decepcionado—, Nat.

—Sí.

—No vendrá hasta el martes. ¿Puedo ayudarla yo? Soy Rodri Brun.

—Me temo que no mucho.

—Qué se le va hacer entonces.

Quería continuar hablando con él, seguir indagando, pero no se me ocurrió nada más que:

—Soy Claudia —mentí.

—Claudia. No hay muchas Claudias sueltas por ahí.

—La verdad es que no.

—Pero es bonito.

Sentí que me ruborizaba. Hacía mucho tiempo que no me sucedía. ¿Desde la adolescencia? ¿Qué hacía ruborizándose a mis cincuenta años? Me pareció una petulancia. Pero el mecanismo del sonrojo funcionó con eficacia: pensé que iba a parecer una idiota si me ponía como un tomate y, de inmediato, me subieron los calores. Me avergonzó tanta inconsistencia. Que por un instante hubiera olvidado el motivo por el que me encontraba allí. La inquietud por la que valía la pena suplantar la identidad de otra persona.

—La academia se encuentra —señalé hacia el interior del pasillo...—  
Quiero decir ¿hay varias clases dentro o...?

Rodri esperó a que terminara la pregunta y como yo no supe continuar se creó un incómodo, aunque breve, silencio. Al fin dijo:

—Dos clases. Una grande y otra más pequeña. —Y tras una pausa, añadió —: Pero pase. No hay problema. Si no tiene prisa, claro.

Comenzó a andar y le seguí. Entramos por un largo pasillo con cuadros en el suelo apoyados en las paredes.

Me fue mostrando las aulas donde abundaban lienzos y caballetes, un almacén oscuro repleto de trastos, el servicio, otra pequeña sala... y un despacho de puertas altas, también blancas con ventanitas de cristal traslúcido.

En el interior, una mesa y dos sillas de confidente. Me ofreció asiento.

—¿Quiere tomar algo? No le puedo ofrecer gran cosa, pero...

—Nada. Bueno... si tiene café, un cortado no estaría mal.

Desapareció al instante y esperé. Quizá solo transcurrieran un par de minutos. Insuficientes sin duda para que se me ocurriera una argumentación de por qué estaba allí. Regresó con el cortado y una botella de agua.

—Le he traído azúcar porque supuse que una mujer como usted no tomará sacarina.

Se me escapó una risa. Una risa impostada y nerviosa.

—¿Por?

—Porque a la vista está que no necesita dietas ni nada por el estilo.

Aunque había pensado pedirle sacarina, abrí el sobre de azúcar y lo volqué entero en la taza. Por un momento me asaltó la insólita imagen de que se acercaba por detrás y comenzaba a acariciarme los hombros.

—¿En qué piensa? —preguntó.

—En... nada.

—Se había quedado... ¡pum!, como en otra parte. —Se sentó en la esquina de la mesa, una pierna apoyada en el suelo, moviendo la otra atrás y adelante. Bebió un trago de agua—. ¿De qué conoce a mi socia?

—Qué.

—A Nat.

—¿Nat es su socia?

Asintió y jugueteé con algo que había sobre la mesa.

—En realidad no la conozco. Me refiero a que no la conozco personalmente. Una amiga me recomendó...

—Qué amiga.

—Claudia —dije, sin reparar en la torpeza.

—¿Otra Claudia?

—Otra, sí.

—¿También tan guapa?

Pensé: «¿De qué va esto?».

—Más. Y soltera. No como yo.

—Lo dice con resentimiento.

—El qué.

—Eso de... «no como yo».

—Ah, no. En absoluto. Estoy felizmente casada.

Dio otro trago de agua y se acabó la botella.

—Me gustan más las casadas que las solteras.

Pensé de nuevo: «Qué es esto».

—Aunque eso nos pasa a todos los que no tenemos pareja. Del mismo modo que a las casadas les gustan más los solteros. Es una ley física.

—No en mi caso.

—Está al margen de las leyes físicas.

—Es una ley física muy particular.

—Eso podríamos discutirlo.

Sentí que iba a ruborizarme de nuevo. Terminé el café antes de levantarme.

—Quién sabe. Quizá en otro momento.

—Lo único que deseaba transmitir es que carece de sentido edificar murallas contra la naturaleza humana.

«¿Murallas contra la naturaleza humana?». Regurgité la frase mientras abandonaba el despacho. Rodri me acompañó hasta la puerta y una vez allí hizo una especie de genuflexión histriónica que le quedó muy bien.

—Solo era una... tontería —se excusó.

—No se preocupe. Soy bastante mayorcita para que determinados temas me incomoden.

Abrí la puerta y cuando estaba a punto de salir, me detuvo:

—Si lo desea, podemos repetir el café otro día.

\*\*\*

Aguardé con impaciencia a que llegara el martes. Ajena a la rutina de la casa. Mario entrando y saliendo de la habitación, más callado cada vez, ensimismado, respondiendo a mis preguntas con monosílabos. Como si estuviera loca. Humberto que llega tarde del trabajo. Cena rápido viendo la tele. Lee novelas en el sofá. Se acuesta. Se levanta temprano. ¿Qué habría dicho si hubiera sabido que había comenzado a investigar a Mario? ¿Qué me había plantado en la Brun Co. y que hablaría con Nat en unos días? Imaginarlo me desasosegaba. Pero seguro que pensaba que *mi obsesión pasajera estaba* remitiendo o algo por el estilo. Porque le podía más el deseo que la realidad.

Así funcionaba él.

El martes siguiente, de camino a la Brun Co. sentí una especie de liberación. Esa seguridad que otorga el saber que se sigue el camino correcto a pesar de que el mundo opine lo contrario.

Rodri no me sorprendió esta vez por la espalda. Nos tuteamos.

—Nat está al caer. Me ha llamado y en diez minutos llega. ¿Te apetece otro cortado con mucho azúcar?

Asentí y recorrimos el mismo camino hasta el despacho. Después desapareció y regresó al momento con el vaso, el azúcar, un palito para remover y una botella de agua. Lo dejó todo sobre la mesa.

—¿No te vas a sentar?

Había cambiado la indefinible camiseta roja de la primera vez por una camisa blanca a juego con el pantalón. Le añadía cierta elegancia. El rostro anguloso. Lobuno. La nariz grande. La boca grande. Las orejas grandes. Las manos grandes.

Me senté en la silla y él se quedó de nuevo enfrente, apoyado en la mesa. Bebió sin dejar de mirarme.

—¿Qué te contó tu amiga Claudia de nosotros?

Tardé un instante en responder.

—Me habló de las clases.

—¿Ha estudiado en la academia?

—Ella directamente no. El hijo de una amiga suya. Y, no te lo tomes a mal, pero le habló maravillas de Nat. Igual solo le dio clases ella, ¿es posible?

—Es posible. O quizá me tuvo de profesor, pero solo le causó sensación Nat. Suele pasar.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Es una obviedad.

—¿Causa mucha sensación entre sus alumnos?

—Más que yo.

—¿Es guapa?

—Ahora la verás.

—¿Casada, soltera...?

Nada más realizar la pregunta me di cuenta de la torpeza. Rodri frunció el ceño.

—¿Para qué hablar tanto de Nat?

Casi sin dejarle terminar la pregunta dije:

—Seguro que tú también tienes mucho éxito con las niñas que vienen a la academia. Porque cuál es la edad de los alumnos, son jóvenes, ¿no? Son todos...

—A mí no me gustan las niñas. Me gustan las mujeres.

Pensé: «Ahora el sonrojo no, por favor, Sara». Pero no pude evitarlo. Intenté parecer tranquila pese a todo.

De nuevo me escudriñó de arriba abajo. Me dio miedo que de un momento a otro dijera algo así como: «Cuéntame la verdad, qué haces aquí, qué buscas». Eso parecía. Y la primera estupidez que se me ocurrió decir en medio de aquella confusión fue:

—Yo creo que hay una gran diferencia entre amor y sexo.

Se rio. Y de nuevo me puse muy roja.

—Qué te hace tanta gracia —le pregunté.

—Tu prepotencia.

—¿Mí... prepotencia?

—Sí. Tu prepotencia para sentenciar con tanta propiedad. Para alguien como tú es fácil.

—¿Cómo yo? ¿Cómo soy yo?

—Venga, Claudia. Sabes de sobra el terremoto que eres capaz de provocar en un hombre.

¿Me estaba tomando el pelo? ¿El terremoto que era capaz de...? En ese instante tintineó la campanilla de la calle y enseguida apareció en la puerta una mujer con falda y chaquetilla. Elegante a la vez que informal. Nada que ver con la imagen que me había formado los días siguientes a recibir la nota. Sin bótox, silicona, escotes, minifaldas ni bronceados artificiales. Era cierto que resultaría notoria la diferencia de edad cuando Mario y ella estuvieran juntos. Quizá pareciera su hermana mayor, pero no una madre. Una hermana atractiva, delgada y alta, tan alta como Mario. De unos treinta y tantos bien llevados.

Nos observamos recíprocamente. En mi cabeza resonaba la última frase de Rodri: «Sabes de sobra el terremoto que eres capaz de provocar en un hombre». Me otorgó cierta seguridad durante el discreto escrutinio.

Me recliné un poco hacia delante en una especie de saludo que resultó casi una pequeña reverencia de la que me avergoncé al instante.

—Nat, es Claudia. Un alumno le ha hablado muy bien de tus clases.

—Quién.

—Pues no sé el nombre —respondí—. Me, me lo dijo otra amiga. Era el hijo de una amiga de mi amiga. Esas cosas... Y he venido porque me gustaría apuntarme.

—¿Conmigo o con Rodri? —Tenía un timbre de voz melodioso y afable.

—Creo que contigo.

—Muy bien. Pues mis clases son los martes o los miércoles por la tarde. Los jueves y los viernes las da Rodri. No tenemos matrícula, así que no es necesario que formalice nada.

Me trataba de usted. Más que un signo de respeto, me pareció una deprimente prueba de superioridad.

—Pero no tengo ni idea de pintar. No pasa nada que no tenga ni idea de pintar, ¿no?

—Pues que aprenderá más —respondió Nat, sonriente. Le pedí por favor que me tuteara y preguntó—: ¿Y qué tipo de pintura te interesa?

—No lo sé. La amiga de mi amiga, ya sabes, la que me recomendó que viniera, me dijo que... hablara contigo. En persona. Para que me orientaras. Y por eso estoy aquí.

—Guíate por lo que te gusta. Ese es el mejor consejo.

—Sin duda —corroboró Rodri.

—No sé lo que me apetece, la verdad. Lo que me da más miedo es que hay mucha gente joven.

—Está obsesionada con la juventud —dijo Rodri a Nat, riéndose.

—Y quién no —respondió ella.

Nos quedamos los tres mirándonos, en uno de esos breves instantes que se dilatan en el recuerdo.

Sentí una especie de vahído, como si me fuera a lanzar de un precipicio, antes de decir:



—Es imposible que no te acuerdes del hijo de esta mujer. Un chico callado. Moreno. Flaquito y guapo.

Nat se encogió de hombros.

—Pero ¿cuánto hace que vino? Llevamos siete años aquí, imagina si han pasado alumnos en ese tiempo.

—No mucho.

—¿No será Mario? —dijo Rodri—. Moreno, callado...

—Mario —corroboró Nat—. Mario puede ser. Pero todavía está con nosotros. Conmigo. En pintura. Los martes y los miércoles por la tarde. ¿Quieres que le pregunte?

—¡No! —Tras el primer impulso intenté mostrarme más serena—. No hace falta. Además, quizá no sea él.

—Hay tantos...

—Bueno. No importa. Ya cuando venga... Como aún me tengo que decidir...

Prosiguió uno de esos breves silencios que presagian el fin de una conversación. Ofrecí la mano como despedida y Nat la estrechó con poca energía.

—Encantada.

—Seguimos hablando —dije, y me dirigí hacia la salida. Rodri me acompañó hasta la puerta de la Brun Co. Me miró antes de que me marchara.

—¿Te apuntarás?

Recuerdo que me temblaban las piernas mientras descendía por las escaleras, incluso mucho después, de regreso por el viejo cauce seco. No comprendía muy bien lo que había sucedido. No del todo. Había ido a la Brun Co. con una idea preconcebida y había encontrado a una mujer amable, hermosa, no tan mayor y, en apariencia, bastante cabal. Eso me tranquilizaba. Mucho. No tanto Rodri hablando de temas intrascendentes mientras ponía en marcha una sofisticada orfebrería de seducción.

A medida que me acercaba a casa, sentía un desasosiego creciente. Sin

premeditarlo, tardé más de hora y media en llegar y, frente a la puerta, imaginé que en vez de encontrar a mi marido leyendo novelas policíacas con tanta bonhomía y tanto cariño rodeándolo como un aura bendita, me esperaba Rodri, pintando uno de esos cuadros de cuerpos geométricos.

Pero el mundo de la realidad apareció cuando abrí y tropecé con Humberto en primer plano.

—Estaba un poco preocupado.

—He ido a dar una vuelta.

—Son las cuatro y veinte.

—Lo sé.

—Siguen atormentándote esas ideas.

La voz de Rodri aún sonaba dentro de mí. Insistía: «¿Te apuntarás?». «Prepotencia». «El terremoto que eres capaz de provocar».

—¿Sara?

—Qué.

—Te decía que siguen atormentándote esas ideas.

—Qué ideas.

Se acercó un poco y susurró.

—Lo de Mario. Es todo por lo de Mario.

—No sé.

—Yo creo está bien.

Se acercó. Lo último que deseaba era que me abrazara con ese amor manso de tantos años en común.

—Oh, Sara. De verdad. Tienes que evitar que los pensamientos negativos...

Me separé de él. Inspiré profundamente.

—Qué pasa.

—Nada. Necesito... estar un poco sola. Solo eso.

—Si vas a estar sola dándole vueltas, no ganaremos nada. —No quiero ganar ni perder. Quiero estar sola. Un rato. Es lo que me apetece.

El tiempo entero de una vida se me echó encima de golpe. El consumido y el pendiente de consumir. En pocos años me convertiría en invisible. Pasaría desapercibida a los ojos de los hombres. La antesala de la muerte. ¿No era eso lo que sentía ya, incluso me había resignado por impotencia, amparada en mis obligaciones maternas?

¿Me encontraba así por Mario? Entonces estuve segura de que no. ¿Por cuatro insinuaciones de aquel pintor de cuerpos geométricos? Tampoco, ni mucho menos. De haber estado mentalmente fuerte me habría parecido solo un fante; pero no me encontraba bien. No me encontraba bien por mucho que hubiera intentado negarlo durante años. Nada me satisfacía. Empezaba actividades que muy pronto abandonaba. Estaba harta de gimnasios, clubs de lectura, tertulias de cine, reuniones de antiguas alumnas, de la piscina... Necesitaba otros estímulos. Distintos. Era eso lo que estaba reclamando el subconsciente. Estímulos de verdad para abandonar el odioso equilibrio que suponía un desequilibrio en sí.

Pasaron las horas. Humberto llamó y no respondí. Más tarde abrió un poco la puerta y entró luz del pasillo. Dijo:

—¿Quieres que demos una vuelta para despejarnos un poco? Llevamos mucho tiempo aquí metidos.

Tenía prisa porque me recuperara. Y «aquellas *vuelatas*» suponían su torpe medio de retornarme a la felicidad.

—...

—¿Quieres?

—...

—Verás como te encuentras mucho mejor. ¿Nos acompañas, Mario?

Escuché a mi hijo responder que sí desde el comedor, sin demasiada convicción.

Y Humberto insistió:

—¿Vale?

Salimos poco después. Dispuestos a querernos aún más. Mucho más. Hasta

las cimas del cariño en aquella familia inmensamente dichosa.

### *Capítulo III*

Pasaron días eternos de paseos eternos, ayunos eternos, encierros eternos, falsas sonrisas eternas y noches también eternas escuchando los ronquidos de Humberto, mientras me sentía cada vez más extraña a su lado.

Nos sumíamos en silencios herrumbrosos, y cuando desaparecía el manto de las frases baladíes solo quedaba el frío de la verdad.

No recordaba haberlo visto tan risueño, tan fingidamente risueño en mucho tiempo. Intuía que iba a perderme. Se movía por la casa solícito y yo no soportaba que fuera tan odiosamente bueno, tan odiosamente perfecto, tan odiosamente nada.

Era cuestión de tiempo que cualquier fricción rompiera la fragilidad de lo cotidiano.

—Parece que Mario está más comunicativo, ¿no?

Alcé la cabeza y lo vi, esperando que le respondiera.

—Sí.

—Empieza a abrirse, es como si tuviera ganas de hablar. ¿Verdad?

Lo escuchaba a lo lejos, citándome todo el tiempo para que entrara en la conversación. «¿No?». «¿Verdad?». ¿Por qué no dejaba de preguntar? Yo empezaba a superar la crisis «Mario». Ahora estaba inmersa en otra. Mucho más peligrosa. La crisis del sinsentido de nuestra relación, de nuestra vida.

—¿Me oyes, cielo? Cualquier día nos la presenta. —Volvió a reírse.

«No más risa, por favor», pensé.

—Quién sabe. Igual me enamoro yo de ella y se la quito. ¿No? —Dejó el trapo de la cocina sobre el banco—. Si no fuera porque estoy tan enamorado de...

Lo detuve antes de que se acercara. Me dolió mucho encontrarlo enfrente, soportando las heridas que le provocaba el distanciamiento.

—No sé lo que te pasa, en serio. Estás muy cambiada.

—Tú estás como siempre.

—Yo solo quiero que sepas que te quiero, que te quiero más que nunca y te necesito; me doy cuenta cuando te ausentas.

Lo peor que podía decir. La frase incitaba a la rebeldía. Abría un abismo de culpabilidad. Dentro de mí sonaron unas palabras: «Se acabó» «Se acabó el dolor». «Se acabó fingir. Se acabaron las mentiras». Sucedió en un instante. Y, por supuesto, no estaba segura. Tampoco lo había premeditado, pero no podía afirmar que hubiera sido un arrebato, sino más bien el pronunciamiento del subconsciente tras tanto tiempo de silencio. A él le había regresado la insoportable cara de implorar clemencia.

—Humberto —me costó pronunciar su nombre—. Humberto... Creo que voy a marcharme.

Fue como si lo hubiera alcanzado un rayo. Aunque permaneció quieto como una de las estatuas de la Brun Co. casi pude sentir su estremecimiento, cómo le temblaban las piernas o se le secaba la boca antes de decir:

—Creo que el problema soy yo.

—No. No intentes echarte la culpa de esto también. No me libres de culpas, por favor, esta vez no.

Se quedó callado como esperando a que prosiguiera y, al fin, dijo:

—Quizá he andado despistado las últimas semanas, los últimos meses. No sé. No he estado atento a las señales. Me he descuidado...

—No, Humberto. —Y como vi que iniciaba un nuevo intento de aproximación, le dije—: No te acerques, por favor.

Se quedó a cierta distancia con las palmas de las manos extendidas.

—Está bien.

—Es posible que no lo haya meditado bastante. Lo que más deseo en el mundo es amarte. De verdad. Lo que más deseo es amarte. Pero —de nuevo

permanecemos en silencio...— para eso necesito ser yo misma.

Miró hacia otra parte. Se dejó caer en el sofá y escondió la cabeza entre las manos.

Debió de pensar algo así como que la fortuna le había vuelto la cara. Las cosas iban peor que nunca en la asesoría. Lo habíamos hablado algunas veces. Muchos clientes habían desaparecido con la crisis y los que quedaban renegociaban los honorarios o tardaban en pagar.

Mientras éramos una familia, la compacta esfera de la convivencia se había mantenido. Comidas en las soleadas terrazas de la Malvarrosa, noches en el sofá viendo la tele los tres juntos; por supuesto, los paseos, y cómo no el juego de las tardes del domingo en busca del crimen perfecto.

—No me mereces —dije en un intento de suavizar el dolor—. Tú mereces mucho más.

—...

—No he sabido amarte. Y créeme que he luchado día a día por conseguirlo. Pero todo ha sido inútil. Te he querido. Te he querido mucho. Mucho. Pero amarte...

Se me quebró la voz. No podía resistir verlo allí, con la cabeza escondida entre las manos. Me habría encantado disponer de la fuerza necesaria para acercarme, acariciarle la cabeza, besarlo, aun por misericordia.

Solo después de mucho tiempo me miró. Había llorado, sin duda, con un llanto mudo, que reflejaba muy bien su modo de afrontar la vida, sin protestar. Volvió a sacar su irritante vena mártir:

—Yo me iré —dijo.

—No.

—Mario puede quedarse aquí. No lo vamos a marear más.

—¿Y dónde vas a ir?

—No lo sé. ¿Dónde pensabas ir tú?

—Yo tampoco lo sé, Humberto. Porque todo esto ha sido improvisado. Lo llevaba ahí dentro, cierto, pero ha surgido de golpe, como una vomitona. Y ahora me he quedado mejor.

—Entonces igual solo es un impulso —dijo sin demasiada fe.

—No —respondí, y por fin le cogí las manos—. No es un impulso.

Volvíamos a caer en uno de esos abismos en los que cualquier palabra

resulta absurda.

—Déjame que se lo cuente yo a Mario —dije—. Después seguro que te llama. Incluso no me extrañaría que en cuanto te instales, se vaya a vivir contigo hasta que se marche o lo que sea. Al fin y al cabo, los dos sabemos que siempre has congeniado con él más que yo.

Ya no protestó. Solo dijo: «En fin...» y se quedó implorando un último beso. Los restos tras el naufragio. El robinsón Humberto antes de quedarse abandonado en su isla desierta. Me dije que merecía una despedida en toda regla. Lo besé en la mejilla, él buscó la boca y no rehuí. Se quedó acariciándome la cara con las dos manos, susurrando «*por qué*s» hasta que nos separamos.

—No me hagas demasiado caso. Y no pienses en mí. Sobre todo, eso. Te lo pido por favor, Humberto. No pienses mucho en mí.

Se fue por la tarde. Antes discutimos una vez más acerca de quién se quedaba a vivir en la casa. No me dio demasiadas opciones. Volvió a sacrificarse, preocupado por el bienestar de su Sara. Intransigente a la hora de decidir quién debía sufrir más, recogió el ajuar de varios años en apenas unas horas y antes de desaparecer por el umbral como una sombra, lo detuve:

—Si se te olvida algo, vienes otro día, ¿no?

Lo dije con la intención de abrir un pequeño resquicio en la despedida. Una invitación a que volviéramos a vernos. A tomar café sin entrelazar nuestras manos. A hablar de cómo se estaba apañando solo. A reír como hacía tiempo que no reíamos. A ser amigos. Con la confianza acumulada de dos hermanos. No me resignaba a no saber más acerca de él en cuanto cruzara la puerta.

—Claro —dijo mientras salía. De nuevo forzó una sonrisa y cerró.

Cuando abrí, el rellano estaba vacío. En el ascensor, la flecha roja hacia abajo parecía la grotesca evocación de una derrota. Habría dado cualquier cosa por encontrar algo que Humberto hubiera olvidado, algo con lo que abordarlo para evitar que dejara esa estela de tristeza en el camino. Pero no había olvidado nada. Era cerebral hasta en los peores momentos. Y lo único que pude hacer, fue asomarme a la ventana y ver cómo se alejaba con las dos maletas y varios abrigos, cómo hacía el alto a un taxi y desaparecía.

Me tumbé en la cama y esta vez fui yo la que pregunté «*por qué*». Cómo



había sido capaz de largarlo. En un santiamén. De una manera tan cruel. Y toda esa certeza de que no lo quería empezó a nublarse por la culpabilidad, la confusión y el hastío. Horas de oscuridad pensando en los ojos implorantes de Humberto, soportando la tentación de dar un paso hacia atrás para regresar a la mujer que solo busca la felicidad de los demás.

Mario llegó por la noche. Se asomó a la habitación, encendió la luz y, al cabo de un tiempo, preguntó:

—¿Y papá?

—Ya no está.

Le conté lo que había pasado y se quedó enfrente con los brazos en jarra.

—Pero eso no puede ser.

—Por qué no puede ser.

—Joder. —Sacó el móvil—. Llámalo. Vamos. Llámalo y dile que no estabas muy...

—No voy a llamarlo.

—Pero ¿cómo no vas a llamarlo? —Marcó el número. Debo reconocer que me provocó cierta alegría. Había pasado demasiadas horas sin saber de Humberto. Dónde habría dejado caer tanta pena. ¿En un hotel? ¿En casa de su hermana Reme? Quizá necesitara escuchar su voz para librarme de culpas—. Papá...

Se alejó en dirección al salón y regresó al cabo de un rato. Ya había colgado.

—¿Vas a contarme qué pasa?

Pensé: «¿Y tú? ¿Vas a contármelo tú?». «Esto empezó por ti. Por esa mujer veinte años mayor a la que follas con la experiencia de un hombre experto. Por ahí empezó».

—¿Qué ha pasado? No sé. Simplemente que nada es eterno.

No recuerdo si contestó. Fue a la habitación y estuvo hablando por teléfono. Imaginé a Nat al otro lado dándole sus consejos de mujer madura mientras acariciaba a los perros.

Después me tumbé en el sofá y estuve todo el tiempo pensando qué sería de mi vida a partir de ese momento, pero convencida de que tarde o temprano retornaría a la Brun Co. Quizá tardara una semana, un mes. Varios.

Pero regresaría. Seguro. Cuando desapareciera el luto por el cruel

asesinato de mi matrimonio.

## *Capítulo IV*

Y el momento llegó.

Pasé horas mirándome y remirándome en el espejo. Desnuda. Con ropa interior nueva. Roja, azul, morada. Con varias faldas. Pantalones. Camisetas y suéteres. Incluso con top, sin sujetador, debajo de una camisa negra. ¿Cuánto tiempo hacía que no me probaba tantas prendas? Al fin conseguí el modelo que, sin convencerme del todo, resultó vencedor. El vestido rojo que entusiasmaba a Humberto encima de la ropa interior negra de encaje y los zapatos de tacón con los que me situaría a la misma altura de Rodri.

Cuando empujé la puerta de la Brun Co., dos chicas jóvenes aguardaban en recepción.

—Hola —dijo una de ellas—. Hay gente dentro, pero nos han dicho que esperemos.

Sonreí, aunque me hirieron aquellas dos niñas que habrían pasado la mitad de horas que yo frente al espejo para vestirse cuatro trapos baratos del mercadillo que les sentaban demasiado bien. Demasiado. De golpe me hicieron sentir muy señora. Tan juveniles y desarrapadas.

Rodri apareció unos minutos después. Se quedó al lado de la estatua del Miguel Ángel barbudo y, tras mirar a las chicas y después a mí, dijo:

—Vaya, vaya, cuánto bueno por aquí.

Una de las chicas se puso roja. Titubeó. Y las dos se rieron en una actitud

propia de la edad. Una actitud provocada por los nervios, por la inexperiencia en amores, eso pensé antes de darme cuenta de que, inconscientemente, yo también estaba sonriendo.

—Queríamos apuntarnos a pintura —dijo la chica, señalando hacia dentro, con la vaguedad de la mano escondida en el interior de la manga.

—Pues ya estáis apuntadas. Venís a las cuatro y os incorporáis a las clases.

—¿Ya está?

—Ya está. Qué más quieres.

—No, nada —dijo una de las chicas. Miró a la otra. Se rieron las dos—. Qué fácil. Pues hasta la tarde.

Nos quedamos a solas. Rodri me inspeccionó de arriba abajo:

—Esto sí que ha sido una sorpresa.

Respondí lo primero que me pasó por la cabeza.

—Solo he venido a deciros que no me voy a apuntar.

—Por qué.

Tardé un tiempo en responder.

—No sé si me encontraría bien en una clase con tantas alumnas menores de veinte años.

—¡Ah! Otra vez la obsesión. Ven. —Me cogió del brazo y permití que me llevara hacia el pasillo sin saber muy bien qué pretendía o sabiéndolo, pero intentando convencerme de que no lo sabía.

Abrió una puerta y entramos en una sala grande donde se amontonaban cuadros, bustos y estatuas de distintas formas y tamaños.

—¿Qué es esto?

No respondió. Me arrastró hacia el final, y cuando estuvimos allí, entremezclados entre lienzos y caballetes, se giró. Dos segundos, un segundo, el tiempo justo para, tras negar con la cabeza, abalanzarse sobre mí. Tan rápido que no fui consciente de que me besaba hasta que noté su lengua dentro de la boca. Las manos, esas manos gigantescas que tanto me habían incitado al deseo, me acariciaron las caderas, las piernas. Me encantó que no hablara. Que no mediara palabra alguna antes de abordarme porque sobraba cualquier explicación.

Se me escaparon algunos suspiros. Me sorprendí. Yo, que mantenía el

silencio hasta en los momentos de mayor excitación, un silencio al que me había acostumbrado gracias a las relaciones nocturnas con Humberto, al lado del cuarto de Mario. En aquel momento, las caricias de Rodri me arrancaron sonidos desconocidos. Comenzó a mordirme sin detenerse en los pechos, ni en los pezones, los pezones que tanto le gustaban a Humberto, mientras el olor a trementina, a óleo y a aguarrás me embriagaba hasta el aturdimiento.

Pensé que no resistiría sin gritar. Y que todo el mundo, los vecinos del edificio, los transeúntes de Guillem de Castro, los corredores del río, incluso Mario o Humberto cada uno en una casa, me escucharían. Me mordí los labios. El escándalo me rebajaba.

Rodri se apartó.

De súbito.

—Qué, qué pasa. Qué. ¿He hecho... he hecho algo mal? ¿Algo que haya podido...?

Permaneció mirándome en silencio, acariciándome la mejilla. Me levantó el vestido y estuvimos un tiempo los dos de pie, besándonos, él pegado a mí en una especie de baile inaudito. Yo, desnuda, repitiendo mil veces en mi cabeza «por favor».

El juego impuesto por Rodri requería pausa.

Lo cogí de las caderas y me arrodillé. Comencé a besarlo. Por encima del calzoncillo. Por dentro.

—¿Te gusta?

Sonrió con ternura. ¡Ternura! Yo estaba de rodillas jugando con la lengua entre sus piernas y él, en vez de agarrarme del pelo y moverme la cabeza adelante y atrás, me acarició los pómulos con las yemas de los dedos. Habíamos llegado a un remanso de placer que recordaba esos idílicos paisajes del paraíso. Un lago, naturaleza exuberante, pájaros exóticos surcando el cielo, al fondo el arco iris y en primer plano Adán y Eva explorando sus cuerpos.

Me cogió de las manos y tiró de mí hacia arriba.

La tregua había terminado.

Entonces tuve la impresión de que, hasta entonces, mi vida había transcurrido al margen del amor.

Después nos quedamos en silencio, abrazados. Yo con la espalda aún apoyada en la pared. Él, de pie, agarrándome por las nalgas.

Al fin, me dejó en el suelo. «El contacto de nuevo con la tierra», pensé. Quería verlo. Mirarlo a la cara. Preguntarle si había gozado tanto como yo.

—Espera —dijo, y me cogió las manos y me crucificó en la pared con cinta de embalar.

—Qué haces.

—Tranquila.

—Rodri...

Llevaba en la mano un pañuelo negro y me cubrió la cara.

—Qué, qué haces. No me gusta esto, Rodri.

Me acarició la mejilla con la yema de los dedos, los labios.

—No, no quiero que me pegues ni nada por el estilo. No me gustan...

—No voy a pegarte, Claudia. Cómo iba a hacer eso. No te haría daño jamás.

Noté que me acariciaba entre las piernas, no supe con qué, con algo suave, que me provocaba cosquillas.

—¿Qué es eso?

Pensé: «Me ha encerrado aquí para siempre y vendrá a amarme cada cierto tiempo». Y estaba tan rendida que hasta me pareció jocosa la idea.

Después empecé a preocuparme.

Emití algunos sonidos guturales, pero no obtuve respuesta. Más sonidos.

Nada.

Mucho tiempo más tarde, cuando empezaba a desesperarme, sentí el tacto de unas manos en la nuca desanudando el pañuelo que cubría los ojos y el que me maniataba. Rodri me ayudó a ponerme el vestido y me arropó con su cuerpo en un abrazo con el que, supuse, pretendía que entrara en calor, como si hubiera adivinado que empezaba a corroerme el frío.

Se alejó mostrando sin tapujos su desnudez escultórica.

—Ven —dijo desde el fondo en penumbra de la sala.

Obedecí y, cuando estuve a su lado, giró uno de los caballetes que soportaba un cuadro.

Sobre el lienzo, el bosquejo inconfundible de mi cuerpo desnudo crucificado, me provocó un escalofrío.

—¿Qué has hecho?

—¿No te gusta?

—Pero...

—¿No te gusta?

—...

—Es solo el inicio. El resto lo debes completar tú. Esa será la primera clase.

Se alejó unos pasos.

—Di.

—No me gusta que me hayas pintado sin permiso.

En unos cuantos trazos había esbozado el retrato, sin ropa, con los ojos ocultos tras el pañuelo, con los labios que rastreaban en el espacio, sediciosos, en busca de un nuevo encuentro amoroso, pero con los brazos sujetos a la cruz.

—Tendrías que habérmelo consultado antes.

Sin mirarme, se encaminó a la mesa. Sobre una palestra había dispuestos varios pinceles y cogió el más grueso. Tomó un bote de pintura blanca, apretó y, como una tira de serpentina, o la nata de una tarta, cubrió la totalidad del lienzo. Con cuatro brochazos la figura desapareció.

—Ya está. Ningún problema.

Solo quedó una mancha. Un gran redondel. Si pretendía que me sintiera culpable tras emborronar su obra, la verdad es que lo consiguió.

Me dolió aquella mancha a usurpando el lugar que me correspondía.

—Lo siento, Rodri, pero hay que ir poco a poco. Debo...

—No. No pasa nada. No te preocupes. Creí que te haría ilusión. Solo eso.

Pensé: «Me encantaría que confesara que ha disfrutado como nunca, y entonces podría responderle que yo también he gozado como nunca, también cariño, también».

Pensé: «Me encantaría tener coraje para decirle que sí, que quiero que me pinte desnuda, hasta el último rincón de mi cuerpo. Que me pinte por dentro. El alma. Que pinte la oscuridad que me abate como si en vez de una brocha manejara una linterna con la que va iluminando mi interior, descubriendo

rincones que desconozco, pero que están ahí, no cabe duda, rincones que solo él puede encontrar».

Me apartó un mechón de la frente. Me recompuse un poco el vestido y el pelo.

—¿Voy bien?

—Imponente. —Dio un paso hacia atrás para mirarme mejor.

—Idiota —le dije. Y me encantó despedirme de él diciéndole idiota, con un beso en la mejilla, un beso protocolario, como el paréntesis que cerraba lo que había sucedido en aquella sala.

\*\*\*

De regreso, me deleité con el hermoso potencial de la libertad recién estrenada. No se trataba solo de Rodri, él solo constituía una parte de aquel mundo mágico. El resto provenía de mí. Del nuevo modo con el que afrontaba la vida. Incluso «afrontar» parecía una manera indigna de referirse al futuro. Ya no debía *afrontar* nada. Solo dejarme seducir por el día a día. Sin descuidarme. ¿Cuántas alegrías quedaban? ¿Acaso el declive no se encontraba acechando a la vuelta de la esquina? A partir de un instante —¿los cincuenta? ¿Los cincuenta y cinco?—, casi todas las noticias serían «malas noticias». Y andaba muy cerca de aquel instante. Del instante de las tragedias. Así que, ¿cómo podía pensar en *afrontar* la vida en vez de gozarla, disfrutarla cada minuto, cada segundo sin más pretensión que la de convertirme en el ser más dichoso del universo con independencia de los demás? Fue la primera vez que comprendí de verdad eso que mi amiga Claudia repetía tantas veces: «Tu felicidad depende solo de ti». Y me entraron unas ganas idiotas de decir palabrotas, las más escatológicas, las más ofensivas, no como una rebelión sino como una audacia. Y también sentí el deseo de cometer una locura. Cualquier locura. Como empezar a cantar o bañarme desnuda en una fuente. O retornar. Sí. Retornar a la Brun Co., plantarme delante de Rodri y pedirle que hiciéramos el amor una vez más. Diez veces más. Hasta que nos doliera. Más allá del dolor. Hasta que sangráramos. Me apeteció decírselo así, poniendo



aquella cruenta imagen frente a él para que después la inmortalizara con los pinceles. Para que supiera que no me amilanaba, que era capaz de llegar a lugares insospechados en una osadía sin límites.

Me dolía haber sido tan ñoña, tan carcamal. ¡Avergonzarme frente al lienzo! ¿No debía sentirme orgullosa de que él hubiera deseado inmortalizar el recuerdo para siempre?

Bajé al río. Ese río de Valencia que ya no es río y sí un paseo infinito. Podía hacer lo que me diera la gana. Tardar. Sentarme durante horas en uno de los bancos u observar el devenir de la gente. Sin la presión de regresar a determinada hora. Jugué a adivinar cuántos viandantes comprendían la vida con tanta nitidez como la estaba asimilando entonces.

Y me abordó la osadía de pensar que las personas que cruzaban por delante, aquella pequeña muestra del mundo y, por extensión, la población entera, se encontraban al alcance de mi mano. Como si poseyera la potestad deífica de hipnotizarlos con ese nuevo poder que me transformaba poco a poco en una mujer capaz de engatusar a cualquiera con solo una mirada.

Me costó entrelazar la anterior Sara con la mujer que había conseguido desprenderse de un plumazo de complejos gracias a un *polvo sublime*. Y me costó aún más comprender cómo lo que apenas unos días antes me importaba tanto: Humberto, Mario, la familia, la burbuja de bienestar, el decoro, la decencia, resultaban solo elementos ajenos correspondientes a un mundo que ya no me correspondía.

## *Capítulo V*

Pero en los días siguientes, mi preciada libertad sin fronteras consistió en mirar el móvil cada segundo en busca de una llamada o un mensaje que diera pie a una nueva cita.

Al quinto día no pude resistir tanto silencio. Con la certeza de que Mario no se encontraba en la Brun Co. pues permanecía encerrado en su cuarto como resultaba habitual en los últimos meses, tomé la decisión de ir a buscar a Rodri a la academia, temerosa de que me hubiera olvidado ya, a pesar de aquel momento tan intenso.

Fui en taxi y me recompuse el pelo en el espejo del ascensor. La imagen me agradó bastante. Había perdido algunos kilos, algo que resultaba notorio si me observaba de perfil. Me había puesto un vestido morado de algodón y la anchura de las caderas me pareció provocadora, como una ventaja competitiva frente a la estrechez de las niñas que acudían a las clases. Cuando se abrieron las puertas, Rodri se encontraba en el rellano en compañía de una alumna y se disponían a bajar.

—Claudia... —dijo al verme.

Como tardé más de la cuenta en responder mientras ella sonreía —con su perfecta dentadura de revista—, dijo:

—¿Vienes aquí?

Se trataba de una pregunta rutinaria. Tan imbécil como yo en el interior del ascensor.

—Claro.

—Pero ¿querías hablar conmigo?

Era la segunda pregunta estúpida en muy poco tiempo y esta vez respondí

con cierta osadía:

—Tú qué crees.

—Pues es que... —miró el reloj— tengo que marcharme.

—¿Y no tienes cinco minutos ahora?

Volvió a mirar al reloj. Después a la chica.

—Espera un momento —le dijo juntando pulgar e índice—. Un momento solo. —Se giró hacia mí con cara de fastidio. Empujó la puerta, hizo un ademán para que entrara en la academia y me invadió la misma sensación desértica de la primera vez—. No vengas sin avisar.

Me habría gustado que mi amiga, la verdadera Claudia, hubiera estado allí para aconsejarme que no dijera:

—Necesitaba verte, Rodri.

Él se frotó la nuca como intentando espolear el cansancio.

—Y por qué no me has llamado.

—Porque... —carecía de respuesta—. No sé. ¿Tanto te molesta que haya venido?

—No, Sara. No me molesta. ¿Cómo me va a molestar? Pero nos puede pasar lo que hoy. Que no podamos vernos.

Hice ademán de marcharme y me agarró por el brazo. Guiñó el ojo. Debí de parecerle la mujer más patética que había conocido en su vida. Imaginé en aquel momento que eso era, precisamente, lo que estaba pensando, y que esa sensación se acrecentaría si me veía llorar. Así que corrí hacia el rellano mordiéndose los labios dispuesta a bajar por la escalera.

La alumna aguardaba fuera, con su sonrisa perfecta.

Aunque mi amiga Claudia siempre afirmaba que nunca se debían llorar las derrotas, pues suponían un estímulo para superarse, lloré por la calle y lloré en casa. Y no tuve más remedio que llamarla por teléfono. Ya la había avisado unos días antes de todo lo que había pasado y supongo que había previsto que en poco tiempo le diría:

—Estoy un poco de bajón.

—La vida no es solo un...

No entendí si dijo nombre, hombre o qué dijo.

Del mismo modo que se asume la muerte, desde que había conocido a Rodri había comprendido que la aventura terminaría tarde o temprano, y me parecía hermosa la caducidad de la relación. Ser capaz de desprenderme de ella como las serpientes de la piel. Pero no estaba preparada para que sucediera tan pronto. No tan pronto.

—Lo sé. Y no me lamento de... Pero me siento como una gilipollas. Tengo que verte, Claudia. No aguanto encerrada entre cuatro paredes, sintiendo la frágil sombra de Humberto por la casa. Como si estuviera caminando con las... sigilosas zapatillas, con los auriculares puestos.

Claudia dijo que podía ir cuando quisiera. Salía AVE a todas horas. Reservé uno a media tarde y la llamé para avisarla de que llegaría sobre las ocho y media.

—Mario, me voy a ver a Claudia. Estoy jodida.

—Y yo —respondió él sin alzar la cabeza.

Se me ocurrió una idea absurda. En un instante vislumbré el tren. Los dos mirando por la ventanilla. Hablando.

—¿Quieres venir?

—Adónde.

—A Madrid. A su casa.

Alzó la cabeza. Entrecerró los ojos como si yo hubiera aparecido de improviso.

—Tú, tú no entiendes nada, ¿verdad? —Hizo una pausa—. Bueno, nunca has comprendido nada, así que no sé por qué debería ser distinto ahora.

—Escucha, sé que he sido... que me he portado fatal en estos últimos días, que...

—En estos últimos días...

—Te he dicho que estoy jodida.

Por fin, alzó la cabeza.

—Jodido estoy yo. Jodido, mi padre. Jodida, esta mierda de familia. Y jodido está todo porque desde el inicio de los tiempos te has empeñado en joderlo. Con ese afán de controlar la vida de los demás.

Eso lo había dicho otras veces, de una u otra forma, pero nunca con el

coraje de aquel día.

—Volveremos a ser como antes.

—Yo no quiero ser como antes. Yo quiero tener una madre que no vea fantasmas. Eso es lo que quiero. Pero es imposible, sobre todo porque has destrozado al hombre más bueno que conozco, la única persona en el mundo que te querrá de verdad.

Me adelanté unos pasos dispuesta a abrazarlo y extendió el brazo para detenerme desde la distancia.

—No. No te acerques. —Inspiró hondo, entrecerró los ojos y pareció insuflarse de energía—. Vete a Madrid. De verdad. Vete y que te arregle de una puta vez.

Qué osada ignorancia la de haberme creído diosa unos días atrás.

Había llorado tanto en casa por el desplante de Rodri, por la arenga de Mario, que en el andén apenas me quedaban lágrimas. Me adormilé en el tren mirando cómo los paisajes se sucedían a toda velocidad. Claudia me dijo que no podría ir a buscarme a Atocha, así que cuando llegué, fui al final de la interminable cola de los taxis.

Mientras aguardaba, sonó un *bip* en mi móvil. Abrí el símbolo verde del wasap. Era Rodri. Leí:

«t apetece que cenemos esta noche?».

Miré a izquierda y derecha. Como si me estuvieran vigilando.

Pensé: «Qué hijo de puta, cómo juega conmigo».

Pensé: «Joder».

Me entraron ganas de reír. De llamarlo. Al instante. Estaba tan nerviosa que me temblaron los dedos mientras escribía una respuesta precipitada.

«Hola, cabronazo. Dónde».  
«no entiendo lo de cabronazo.  
la cena chic o progre?».

«Chic».

«lo sabia».

«Por qué????».

«pq eres bastante más chic q progre».

«Y tú qué eres?».

«me adapto, el Westin?».

«¿Te refieres al Hotel Westin?».

«pues claro que me refiero al hotel!!!!  
a las diez?».

«Pago yo».

«???».

Cuando alcé la vista, apenas quedaba cola. Un taxista calvo y sudoroso, con una panza inmensa se acercó a coger la maleta.

—Adónde —preguntó apenas sin entonación.

—No. Espere. —Lo detuve—. Me lo he pensado mejor. Me marchó.

El hombre movió la cabeza de izquierda a derecha y en vez de devolverme la maleta, la dejó en el suelo.

—No estamos para perder el tiempo, señora —dijo.

De regreso, mientras repasaba los wasaps, aguantando la tentación de seguir escribiendo, me sentía muy idiota. No por ese desordenado comportamiento que tarde o temprano Claudia debería analizar con calma, sino por la cadena ñoña de respuestas. Solo entonces, acomodada en el asiento de regreso, me di cuenta de lo pueriles que resultaban los mensajes, como si estuviera regresando a la adolescencia: «Hola cabronazo...», «yo pago»... ¿No denotaban tal pérdida de voluntad que hasta un miope habría descubierto a

años luz de distancia que me estaba sirviendo en bandeja para que jugueteara conmigo?

En el tren de regreso, lo repetí cientos de veces: «Qué pava me estoy volviendo.»; y, sin embargo, me dejaba llevar, escudándome en la idea de que podría madurar en cualquier momento, como si yo también estuviera jugando, jugando a ser ñoña porque a él le gustaba dominar a una mujer al borde de los cincuenta, experta en juegos amorosos. Y la única verdad es que mis encuentros sexuales, por triste que pareciera, se habían ceñido durante años a la rutina de los sábados por la noche o los viernes por la noche en los que Humberto y yo acometíamos una más de las obligaciones matrimoniales.

En medio de aquella vorágine de sentimientos contradictorios que de nuevo me zarandeaban a la deriva, escribí a Claudia.

Estuve un buen tiempo frente a la pantalla pensando qué iba a decirle. No podía soslayar que había llegado a Madrid después de haber escrito dos horas antes:

**«Ya en el tren, nos vemos en un rato. Sigo un poco plov y con muchas ganas de verte».**

Cualquier excusa sonaría falsa, pero me daba repelús confesar la verdad, primero porque la amistad entre Claudia y yo había nacido a partir de una relación menos amistosa en la que ella ocupaba el papel de facultativa y yo el de paciente. De aquella época solo quedaba una amalgama de consejos y unas pautas de medicación; y, segundo, porque ni yo me comprendía, así que cómo iba a ser capaz de explicarme. Mientras recorría el camino de vuelta, el cristal de la ventanilla me devolvía el reflejo de una Sara feliz superpuesta al cartel de «Salida de Emergencia» que contrastaba con la imagen abatida de la ida.

El tren siguió devorando kilómetros sin tregua y no conseguí concentrarme. Quería escribir a Claudia y el dedo iba una y otra vez a la conversación con Rodri. Hasta que sonó el móvil y la inconfundible voz de mi amiga entrecortada por la escasa cobertura, pero con la nitidez suficiente para que distinguiera una pregunta insoslayable.

—Por dónde andas.

—Si te cuento...

No era necesario que le contara. Tan solo debía escucharme balbucir algunas palabras para imaginar la causa del repentino cambio.

—No será verdad lo que estoy pensando.

—No sé lo que estás pensando, pero sí, creo que es verdad.

Permaneció en silencio, y temí que hubiera cortado.

—¿Estás ahí?

—Sí. Estoy aquí.

—Te decía que no sé lo que estás pensando, pero... me llamó... ya estaba en Madrid y... di la vuelta, Claudia porque... no sé, no era capaz de soportar tanta derrota. Y ya sé que esta es una dicha pasajera, que no puedo depender de él para estar feliz o hundida en la miseria, pero lo cierto es que me siento tan bien que ahora no cambiaría por nada del mundo. Es... es como las pastillas. Te ponen feliz un momento y luego cuando las dejas... Y he de tomarlas. Hoy he de tomarlas, Claudia. Perdóname. Te juro que pase lo que pase, mañana me tienes ahí. Pero necesito saciarme. Mientras no me sacie, no podré estabilizarme. —Hice una pausa—. Estoy loca, ¿no?

No recibí ninguna señal al otro lado.

—Claudia...

Se había cortado. Nunca he sabido si por falta de cobertura o porque se había hartado de tanta desobediencia. Ella, que pretendía transformarme en una mujer normal. Pero ¿no estaba yo huyendo intencionadamente de la normalidad? ¿No estaba intentando buscar un hueco para sentirme diferente, diferente a las niñas de la Brun Co., diferente a todas las mujeres que él había conocido?

Me recosté sobre el asiento y pensé en Rodri. Sentía un deseo irrefrenable de besarlo. ¿Eso haría nada más verlo? ¿Rodearlo con mis brazos allí en el *hall* del hotel con los clientes entrando y saliendo y el chico de las maletas junto a la puerta giratoria mirando hacia otro lado? Imposible. ¿En el restaurante quizá? Lamenté entonces haber respondido «*chic*». Deberíamos besarnos protocolariamente, guardar las formas hasta que nos encontráramos a solas en el lugar adecuado. Me costaría tanto aguantar, ceñirme el corsé del fingimiento... También pensé que no iba bien vestida para el Westin. Las tiendas habían cerrado ya, y por nada del mundo deseaba pasar por casa. El



dilema me estuvo atosigando antes de que oyera la inconfundible voz de la muchacha del tren que anunciaba por el altavoz que habíamos llegado.

\*\*\*

Concluí que acudir informal a la cita ayudaría a disimular el ansia que me transformaba en marioneta. Llegué media hora antes. Dejé la maleta en consigna y me adecanté en el cuarto de baño. Lo que pude, porque después de un bajón anímico y más de cuatro horas de esperas, estaciones y trenes, ni siquiera el júbilo del retorno había conseguido mejorar mi aspecto.

Cuando nos encontramos, Rodri me miró de arriba abajo y, a diferencia de lo que había supuesto, el encuentro no fue protocolario. Me ciñó por la cintura y me besó.

Pensé: «Joder».

—Tenía ganas de verte. —Aquella declaración supuso mucho más que el clásico galanteo de un hombre antes de pretender llevarse a una mujer a la cama.

Él también se había vestido informal, como siempre, aunque con más elegancia: una camisa roja remangada hasta los codos, unos vaqueros, la melena algo más peinada, aunque con similar descuido. Me pareció más joven. Más joven que el día anterior donde la diferencia de edad con su alumna lo envejecía.

Señaló hacia el interior del hotel. Desde el jardín, el sol se agolpaba en el compacto ventanal como si deseara penetrar en el vestíbulo. Una especie de metáfora de mis atenazadas pasiones por la fastuosidad del *hall* y la necesidad de guardar la compostura. De camino hacia el restaurante, nos detuvimos frente al escaparate de una tienda de cuadros.

—¡Siete mil doscientos euros! —exclamé señalando un lienzo tan simple que el precio parecía una ofensa al intelecto—. ¡Es una raya!

Una raya diagonal de un color indeterminado que partía en dos el lienzo.

—Me parece provocador —dijo Rodri.

—Tú sí eres provocador.

Me puso la mano detrás y me palpó el culo de manera ostentosa.

—Rodri, que estamos en...

Tiró de mí en dirección a los baños de enfrente. Preguntó:

—¿Tenías ganas de verme?

—Muchas.

—No puedes resistir.

—Sabes que no.

Entramos en el baño de minusválidos. Romper la sobriedad de un hotel en el que cada elemento parecía pensado para que ocupara su lugar correspondiente, me pareció tan excitante como el acto en sí. Si Claudia me hubiera visto... Si Humberto me hubiera visto... Si Mario me hubiera visto... En el retrete más *chic* de Valencia mientras un tipo diez años menor que yo me manoseaba de pies a cabeza metiéndome las manos por debajo de la falda, de las bragas. Frotándome el sexo sin delicadeza, a propósito sin delicadeza, porque allí y en aquel momento sobraba la delicadeza.

Por eso me cogió de la camisa y tiró de ambos lados en un movimiento tan repentino y salvaje como inesperado. Arrancó los botones. Y aquel hecho, que, sin duda, me iba a ocasionar muchos problemas al salir, me provocó aún más. Sobre todo, cuando apretó contra mí su sexo y dijo:

—Huélelo.

Hiné la rodilla en el suelo.

—No. No quiero que lo beses. Quiero que lo huelas.

Husmé exageradamente el rastro perfumado del gel como un sabueso en busca de droga, la esencia de su olor corporal, las huellas de aquellas alumnas jovencitas que lo habían impregnado hasta dejar el sello inconfundible, mezcla de todas ellas.

Al fin, comencé a besuquearlo. Apoyó la espalda en la pared, entrecerró los ojos y alzó la cabeza. Entonces sonaron unos golpecitos en la puerta.

—¿Está ocupado? —Era la voz de una mujer de mediana edad y acento extranjero.

Lejos de amilanarse, Rodri me agarró por la nuca y me acarició insinuando que siguiera.

—¿Está ocupado? —insistió la voz, esta vez moviendo el pomo.

Nos levantamos. Rodri me aprisionó contra la puerta y empezó a

manosearme. Escruté el silencio al otro lado, como si la extranjera aguardara fuera con la oreja pegada a la madera.

—¿Te gusta? —susurró. Me había levantado la pierna y me penetraba muy despacio.

Lo besé en la boca.

—¿Te gusta? —insistió.

Yo no respondí. Me abracé a él. Más.

—Dilo.

—El qué.

—Que te gusta.

—Me encanta.

—Más alto. Dilo más alto.

Le tapé la boca. Y pareció volverse loco, como si fuera a romper la puerta.

—Grita.

No pude evitarlo. No porque me lo pidiera. Ambos desfallecimos a la vez, resbalando sobre la madera. Hasta el suelo. Y permanecimos así hasta que me levanté movida por una repentina vergüenza al descubrir mis bragas en el suelo. Las bragas de una mujer mayor que no cuidaba los pequeños detalles de la seducción. Aquellas bragas marrones e inmensas que solo podían provocar risa. En un acto de valentía las eché en el interior del retrete. Estiré la cadena para regocijo de Rodri, pero permanecieron allí, en la superficie. Volví a tirar de la cadena y bajé la tapa.

—¿Vas a ir sin bragas?

—¿No te gusta?

—Claro.

—Ya me dirás tú cómo salgo yo ahora

—¿Lo dices por las bragas?

—Lo digo por esto —dije señalando la blusa con la botonadura rota.

Hizo un nudo torpe para ajustármela por encima de la cintura. Resultaba evidente que no podía ir así.

—Yo te veo bien.

—Ya. Tú siempre me ves bien.

—Vas a provocar mucho a los clientes del restaurante. Ellos tan refinados

y tan *chics*...

—No me hace gracia, Rodri. Qué coño hago.

Se quitó la camisa y me la dio.

—Ponte esto.

—¿Y tú?

Señaló la blusa.

—No me quedará igual de bien ni provocaré tanto a los clientes, pero...

—No vamos a entrar al comedor así.

—Ahora empieza lo mejor. ¿Tú sabes lo bien que lo vamos a pasar y cómo lo recordaremos en el futuro? —Se colocó la blusa a duras penas. No es que fuera musculoso en exceso, como esos chicos del gimnasio, pero aunque las mangas eran anchas, casi no le cabían los brazos. La anudó a la cintura—, ¿Bien?

—Estás loco.

—Eso ya lo has dicho —dijo abriendo la puerta. Se miró al espejo. De perfil y de costado—. Oye... no está mal. ¿Me la regalas?

Me sentía ajena al mundo. Por encima de nuevo.

Cuando salimos al pasillo, frente a la tienda de los cuadros caros, una señora muy rubia, de mediana edad, aguardaba con su hijo impedido, que retorció el cuello y las manos por las muñecas en una silla de ruedas.

Me atenazó la culpa. Medio segundo. El tiempo justo antes de que Rodri susurrara unos pasos después:

—El pobre chaval meándose y tú...

\*\*\*

Por supuesto, nos miraron en el restaurante *Gourmet*. Sobre todo a él. Resultó que no había tantos clientes y sí muchas clientas. Un grupo de mujeres que pertenecían al equipo de algo porque llevaban el mismo chándal, y que se pasaron todo el tiempo cuchicheando al vernos entrar.

Eso le divertía bastante.

—¿Cómo eres tan borde?

En realidad, lo que deseaba decir era que me encantaba que fuera borde, que esas ideas *hijoputas*, resultaban lo más seductor de él.

—Si abres las piernas, te contesto.

—Muy gracioso.

El *maître* llegó con sendas cartas. Reclinó la cabeza en un gesto amable. Y estuve haciendo como que leía mientras Rodri extendía la mano por debajo de la mesa para acariciarme la rodilla y los muslos. Siguió una vez se hubo marchado.

—Nos van a ver.

—¿Y?

—Vamos a la habitación. —Empezaba a sentirme incómoda. Como si hubiera superado ya la ración de audacia. Le retiré la mano y él señaló la carta.

—Vaya precios. El inconveniente de intentar ser *chic*. —Se había puesto serio. Muy serio, de pronto. Y me sentí contrariada. Le pregunté:

—¿Es la primera vez que vienes?

—¿Y tú?

—¿Nunca contestas?

—¿Y tú?

Mantuvimos aquella conversación intrascendente sin que consiguiera dilucidar la verdad, si ya había llevado allí a otras tantas mujeres. No es que me importara. Mientras me concediera el tiempo que yo necesitaba.

Trajeron los platos, el vino. Bebimos y comimos. Las deportistas de la mesa grande seguían cuchicheando. Una pareja a la que atribuí una triste solera matrimonial comía en silencio al otro lado del restaurante. Una madre y un hijo también. Un grupo de tres ejecutivos charlaban y nos miraban distraídamente. Había caído la libido en picado. Desde el momento en que le había retirado la mano del muslo.

Y a pesar de que sonaba fuera de lugar después de tanto silencio, dije:

—Tengo ganas de tumbarme en una cama grande, mullida y ponerme a tu servicio.

—¿Tú sabes lo que vale?

—Lo pago yo.

Hizo un mohín de extrañeza.

—Eres muy rica.

—Solo pago por las cosas que lo merecen.

Temí que dijera que estaba cansado. Que no le apetecía. Después de aquella noche, me juzgaría como lo que en verdad era: una pazguata aburrida incapaz de saltar las barreras impuestas por la tradición, horadada por la moral y los absurdos principios de años y años en colegios religiosos y por un perenne matrimonio dentro de los cauces de la *decencia*.

La cena andaba de mal en peor. Rodri se fue apagando lentamente. Hasta que quedó fundido por completo. Regresó el presagio de que en unos instantes volvería a necesitar marcharme a Madrid de urgencias y que el negro telón me absorbería por completo para apagar la visión de futuro.

—Por favor... qué te pasa.

—Nada. —Apartó con el tenedor los grelos del plato.

—Te estás aburriendo.

—¿Y tú?

—Yo no. —Hice un gesto como queriendo significar que no comprendía—. ¿Ha pasado algo? ¿He dicho o he hecho algo que te haya...?

—No. Ha estado bien. Pero es un poco tarde.

«Un poco tarde». La frase se repitió en mi cabeza. Atravesó como un dolor la laringe, la faringe y me robó el aire de los pulmones antes de caer en picado en el corazón.

Volví a sentirme fatal. Con las mismas ganas de llorar que en el tren de ida. Más, incluso.

Las chicas seguían riéndose. Los ejecutivos mirando. Y entró una pareja de gorditos bien vestidos que se situó en la mesa de al lado. Mientras, degustábamos el postre y nos íbamos hundiendo en nuestra propia oscuridad.

Así que me armé de valor. No sabía si se trataba de otro alarde que me catapultaría al destierro definitivo o un acierto, y tampoco sabía si me apetecía o seguía atenazada por el miedo:

—¿Quieres que te enseñe algo?

Rodri alzó la cabeza. Como un pájaro herido que intenta remontar el vuelo.

—Algo de qué.

—Algo de esto —dije desabrochándome un botón de la camisa.

Se retrepó en el asiento, dejó la servilleta sobre la mesa y se puso la mano

debajo de la barbilla en actitud de observación científica, lo que podía significar una actitud sarcástica o un interés legítimo.

—A ver.

Abrí una pequeña abertura en la camisa roja. Miré a la izquierda. A la derecha. Estaba de espaldas a las deportistas; pero, a un lado, en diagonal, los tres ejecutivos ocupaban una posición privilegiada para el espectáculo.

—No veo nada.

Me desabroché un segundo botón. Una osadía. Él se inclinó hacia delante para apoyarse en la mesa. Parecía tan atento que me provocaba. Había comenzado el juego forzada por las circunstancias, movida solo por el deseo de agrandar, de complacer sus excentricidades, pero cuando me desabroché el segundo botón, que ya dejaba al descubierto no solo un pequeño resquicio sino una abertura suficiente para que los ejecutivos casposos, la pareja de gorditos, el matrimonio de mayores a quienes no quedaba nada por decir, el chico con su madre, la familia pudieran verme sin tapujos, comencé a sentir el mismo delictivo calor que en el baño de minusválidos.

Por encima de todo, me excitaba la mirada de Rodri.

—Retírate la camisa.

No quería repetirle eso de «estás loco» ni nada por el estilo, ni mucho menos decir que seguiríamos en la habitación, pero me pregunté cuándo se sentiría saciado, cuándo podríamos abandonarnos a la bendita normalidad.

En las mesas de al lado parecía reinar la indiferencia. Corrí un poco la tela y dejé al descubierto la copa del sujetador. Rodri sonrió ladinamente.

—Bájalo.

—¿Aquí?

—Sí —dijo con una determinación que ahuyentaba cualquier réplica.

Pincé la tela con dos dedos en actitud distraída. El corazón me latía muy rápido y por un momento una voz en segundo plano, dentro de mi cabeza, preguntó: «Pero ¿a qué juegas, Sara?». Uno de los jóvenes ejecutivos me miró como si supiera lo que iba a hacer.

—Vamos —insistió Rodri.

Y lo hice. Retiré el sujetador hacia abajo un instante como algo casual. Sentí un júbilo desconocido con la liberación, como si aquel gesto nimio supusiera un gran salto hacia la nueva Sara que estaba construyendo.

Pero él no se conformaba nunca.

—¿Ya está?

—Te lo he enseñado.

—Pero apenas lo he visto. Tienes que estar más tiempo.

—Hasta que me vean.

Se trataba de una réplica. Resultaba evidente que si tardaba más tiempo, me verían. Rodri respondió:

—Claro.

—¿Quieres que me vean?

—Sí.

—Por qué. —Y me sentí osada al preguntar—: ¿Te pone?

—A ti te pone.

Se peinó con la mano. Volvió a reclinarsse hacia detrás en el asiento.

Me dio la impresión de que no solo él, sino todos los clientes del restaurante permanecían a la espera. Sin retirar la mirada, alzó las cejas para señalar hacia al comedor.

—Y a ellos. A ellos les pone tanto como a ti.

Habíamos creado una atmósfera idónea.

—Vamos a la habitación, Rodri —repetí—. Por favor. Vamos. Termínate el postre y vámonos ya.

Pero no movió un solo dedo.

Me reí. Una de esas risas nerviosas que intentan soslayar la realidad. Llevé la mano al sujetador con todo el disimulo que fui capaz. Y al instante Rodri hizo algo sublime, tan intenso que estuve a punto de licuarme allí mismo. Dejó de mirar el pecho y me miró a los ojos.

Quizá solo fueron dos, tres segundos, el tiempo que permanecimos sin pestañear, yo con la camisa desabrochada, el pecho izquierdo fuera del sujetador, expuesto a las miradas indiscretas de los comensales, con los dedos bajando la copa, más tiempo, más, más, más, hasta que retorné de súbito a la realidad. Subí el sujetador, me recogí la camisa.

—Qué —dije. No me atrevía a mirar alrededor. Me sentía exhausta, como tras una gran proeza, alcanzar la cima de una montaña o algo parecido.

Rodri tampoco se giró.

—¿Estás mojada?



—Tú qué crees, cabronazo. Vámonos de aquí. Vámonos de aquí ya.  
Y como si hubiera despertado en él una idea olvidada, dijo:

—Por qué cabronazo.

—Tú qué crees. Espero que no me hayan visto.

—Te han visto seguro. —Entonces sí se giró y sonrió ladinamente. Se acodó en la mesa—. Mira aquellos tres.

Nos estaban mirando. Me estaban mirando. Sentí el calor del arrobo en las mejillas. Resultaba patético sonrojarse después de la escena. Como un aviso de la gran revelación: «Señoras, señores, soy una mojígata que ha cumplido las normas del decoro a rajatabla y ha soportado la rutina del amor, incluso pensaba que gozando, y ahora... ahora les he mostrado una de mis colosales tetas».

—Vámonos, Rodri.

—¿Sabes lo que harán?

Volví a mirarlos. No se estaban riendo. Solo miraban. Quizá no me habían visto. Lo más probable era que no me hubieran visto, eso pensé.

—¿Sabes lo que harán? —insistió Rodri—. Lo sabes, ¿verdad?

Su voz sonaba insolente, mientras el más joven de los ejecutivos me observaba.

—Qué.

Rodri volvió a girarse hacia la mesa de los ejecutivos.

—Te gusta el que está de frente. El que está mirando.

—Me gustas más tú.

—Pobre.

—¿Por qué pobre?

—Dentro de nada subirá a la habitación antes de ir a una de esas *fantásticas* reuniones de tres o cuatro horas llenas de palabras que no entiende, se pondrá frente al espejo, se acordará de ti, de esa imagen diabólica, de tu pecho libre, se quitará la chaqueta, se quitará la corbata, la camisa, tirará el cinturón al suelo...

Se inclinó sobre la mesa y me besó. Con una pausa y un reposo que volvió a desconcertarme.

—Estás enfermo.

—Después se desabrochará el pantalón. ¿Lo imaginas? ¿Lo imaginas allí

delante del espejo sintiendo su terrible derrota? —Volvió a besarme. Esta vez con más furia. Se retiró de nuevo.

Miré a los ejecutivos y me sedujo pensar que era cierto, que había conseguido excitarlos, romper sus barreras de poder.

Rodri continuaba.

—Se baja el calzoncillo y se queda desnudo, pensando que nunca te acariciará, pero recordando el momento, una vez, otra, otra más, como si lo hubiera visto desde distintas perspectivas. Va a llegar tarde a la jodida reunión, pero no puede evitarlo, no puede evitar acordarse de ti aquí, en el comedor.

Y mientras hablaba de él, como si nos hubiera oído, el ejecutivo más joven se levantó y cruzó junto a la mesa sin mirarnos.

—No puede aguantarse. Tiene que ir al baño ya porque no puede aguantarse.

Lo seguí con la mirada.

—Bueno, qué, ¿subimos de una vez? —Alargué la «a» de «una» mucho más de lo normal.

—¿Los tres?

—Tú y yo.

Permaneció un rato en silencio. Mirándome. Solo mirándome.

—¿Subimos? —insistí.

—No.

—¿No?

—Te pasa como al ejecutivo. Tampoco puedes aguantar.

—No. No puedo aguantar. Por eso quiero que subamos.

—Alíviate.

—¿Me estás pidiendo que vaya al baño?

Me miró como si no hubiera comprendido. Y después tuve la certeza de que fingía. De que se estaba haciendo el inocente.

Pensé: «Se divierte conmigo».

Lo estaba pasando en grande alimentando su perversión y yo seguía cada una de sus exigencias como una gilipollas, una gilipollas apasionada, una gilipollas enamorada, una gilipollas que andaba a tientas paladeando nuevas sensaciones tan pronto excitantes como aborrecibles, una gilipollas que solo

deseaba subir a la habitación, que solo deseaba *no perderlo nunca*, que se iba a morir si lo perdía, por muchas sesiones que realizara en Madrid con la mejor psicóloga del mundo.

—Para qué ir al baño si puedes gozar aquí.

—No —dije—. Yo creo que por hoy ya está bien, ¿no?

—Será rápido.

—¿Sí? ¡Tú qué sabes si será rápido!

—Te lo aseguro.

—¡Ah sí? Lo has visto muchas veces, ¿no? Tienes mucha experiencia.

—Prueba y verás.

El joven regresó. Esta vez sí me miró. Incluso realizó un amago de reverencia acompañada de una sonrisa. Algo que a Rodri no le pasó desapercibido. Aunque no dijo nada. El joven se acomodó de nuevo a la mesa de los ejecutivos, se llevó los dedos a la comisura de los labios y friccionó los dedos antes de coger una taza de café. Me miró de nuevo y dijo algo a sus compañeros.

—¿Quieres que empiece yo? —preguntó Rodri.

—Sí. Así no se dará cuenta nadie.

Permanecimos un tiempo en silencio. Rodri a la espera; yo, confusa, sin saber qué decir. Me autocompadecí, buscando mi identidad a rebufo de él, que seguía esperando, incólume, con una paciencia devastadora y que preguntó muy extrañado:

—¿De verdad nunca te has masturbado en público?

Como si masturbarse en público resultara lo más natural del mundo, y no experimentar el placer supremo de sentirse observada me convirtiera en una mujer que no había disfrutado los verdaderos placeres de la vida.

No me atreví a contestar. Porque responder la verdad delataba la mujer que había sido, la mujer de la que me avergonzaba, la mujer que por nada del mundo debía descubrir él.

—Te asombraría todo lo que he hecho en esta vida.

—¿En público?

—En público y a solas.

—A solas no cuenta. A solas puede ser cualquier cosa. Cuéntame lo que has hecho en público. ¿Has tenido muchos amantes como yo?

«Muchos amantes como yo...». Estuve segura de que imaginaba que no había tenido muchos amantes como él, incluso que no había tenido *muchos amantes*.

—¿Y tú? ¿Has tenido muchas amantes como yo?

—¿Te refieres a que les cueste tanto lanzarse?

—Me refiero a mujeres diez años mayores que tú.

—¿Tú no has estado nunca con hombres diez años más jóvenes?

—Nunca respondes a una pregunta.

Se cambió de sitio para sentarse a mi lado. Me cogió las dos manos.

—Ay, Claudia. Claudia. Claudita. —Las estuvo mirando con arrobo y agradecí aquella tregua de cariño. Una pausa sin preguntas ni locuras—. Me gustas mucho.

—Tú a mí también.

—Mucho —repitió y comenzó a acariciarme el envés de la mano. A olerme—. Si quieres, vamos a ser muy felices. Depende de ti.

Repitió «muy felices» y supe al instante lo que pretendía. No se daba nunca por vencido. Sin apartar la mirada, me llevó la mano al muslo, luego la subió por debajo de la falda y comenzó a masturbarme utilizando mis dedos.

Unos meses atrás, había creído que me encontraba de lleno en esa etapa en la que el lubricante resulta imprescindible. Pero en ese instante me di cuenta del poder de la sugestión y de cómo retornaba la Sara más pasional, que mis hormonas se aliaban con el cerebro, con las tormentosas imágenes que él había colocado allí y con aquellos actos que poseían la inevitable atracción de lo prohibido.

Me soltó cuando supo que iba a seguir sola. Entonces se acomodó enfrente de nuevo, como en el asiento de un cine.

Nos miramos sin pestañear. Tal y como él había vaticinado, fue muy rápido. Y tan intenso que la mejor palabra que se me ocurrió después para definirlo fue «lacerante».

—¿Te has quedado bien?

No respondí. Aún me latía el corazón a una velocidad que habría asustado a cualquier cardiólogo y estaba un poco mareada. Pensé: «Mira que si pierdo el conocimiento...». Bebí agua, me abaniqué con la mano.

Rodri me guiñó el ojo.

—Has estado magnífica.

«Magnífica», como si hubiéramos hecho el amor los dos.

De nuevo el joven me miró mientras se colocaba la chaqueta para marcharse y, sin el calor de la pasión, me pareció aún más atractivo. Con su pelo de patillas recortadas y el aspecto de yupi, el moreno de muchas horas de playa, pero con una carita joven que despertaba ese instinto perverso que Rodri me estaba inoculando.

—Te gusta mucho ese.

—Ummm. La verdad es que sí. —Intenté exagerar el tono, en un ridículo intento de despertar en él algo de celos. Pero Rodri siempre caminaba un paso por delante. Se acercó y susurró:

—Me encantaría ver cómo te lo follas.

Y como lo creí muy capaz de levantarse para ir a hablar con él, lo sujeté por el brazo.

—Otro día.

—¿Y por qué no hoy?

—Porque hoy ya hemos tenido bastantes sesiones públicas, ahora nos toca a ti y a mí. Los dos juntos. Solos.

Lo de «solos...» no pareció atraerle mucho.

—¿Es que no te apetece follar conmigo y recordar lo que hemos vivido?  
—pregunté.

Respondió con desgana. Como una revancha.

—Otro día. —Y tras una pausa en la que sonrió ladino, añadió—: Me gustarías más si confesaras que ha sido la primera vez que has hecho algo parecido.

—¿Eso hará que te sientas mejor?

—Solo si es verdad.

Los tres ejecutivos pasaron junto a nosotros con la seriedad implacable de quienes se creen importantes.

—Adiós, buenos días —dijo el más joven.

—Adiós —respondió Rodri, siguiéndolos con la mirada—. Lo has seducido.

—¿Solo piensas en el sexo?

—Como tú. Dime.

—Que te diga qué.

—Confiesa.

—No había hecho nunca nada parecido.

—¿En serio, Claudia? ¿Ni siquiera en el coche?

—¿En el coche? —Me reí—. Conduciendo.

—O de acompañante. Mientras vas por la carretera o en la autopista.

—¿Tú sí?

—Todos sí.

—No. De verdad. ¿En qué mundo vives?

Me arrepentí enseguida. Resultaba obvia la respuesta.

—En qué mundo vives tú.

¿Tenía razón? Había vivido encerrada en una burbuja hermética y él estaba abriendo puertas que consideraba cerradas.

—¿Qué hacéis tu marido y tú?

Me llevé la mano a la cara. Los dedos me olían a sexo.

—Vamos a la habitación y te lo cuento —dije una vez más, intentando reconducirlo porque se estaba yendo de nuevo.

—No me gustan demasiado las habitaciones.

—¿Quieres decir que después de esto me vas a dejar así?

—No te voy a dejar, Claudia. No te voy a dejar nunca.

—Joder! —exclamé, animada por sus palabras, y me encantó decir tacos, me sentí más fuerte diciendo «joder»—, joder, Rodri, yo no sé si nunca, pero no te vas a marchar ahora.

Miró el reloj.

—Me temo que ahora sí. Pero en unos días te llamo.

—¿Qué? ¿Qué? No. ¿Eso es lo que te gusta? ¿Dejarme a cien y marcharte? ¿Esas pausas?

—Todavía no me puedo creer que haya sido tu primera vez.

—Oh, por favor...

Alzó la mano para citar al camarero que se acercó reclinando la cabeza. Pidió la cuenta. Yo no podía creer que la noche culminara sin el colofón de un *jacuzzi* y una mullida cama donde pasar media noche practicando el sexo. Hasta pensé que se trataba de una broma más. Otra estrategia. Que cuando llegaran a la tienda de los cuadros caros, me cogería por la cintura y mostraría

la tarjeta de la habitación y se reiría de nuevo con esa risa borde que me excitaba tanto como su errático comportamiento.

El camarero llegó con la cajita de la cuenta.

—¿Ha sido todo de su gusto?

—Para mí sí —dijo Rodri. Y después me miró—. ¿Y para ti, querida?

No se trataba de una broma. Nos despedimos en la salida. Al lado de la puerta giratoria, llamó a un taxi.

—Aún estás a tiempo —dije. Y como no respondió y comenzó a acariciarme la cara como si estuviera muy enamorado, añadí—: Te odio. Te odio más que a nadie en el mundo.

Seguro que algo turbio debió de pasarle una vez más por la cabeza porque sacó de nuevo la sonrisa borde, pero miró hacia el interior del taxi.

—Te odio —repetí.

—Aún me odiarás más. Poco a poco —dijo antes de entrar.

Y me quedé allí, mirando cómo se alejaba. Solo después de un tiempo comencé a andar. Pensé en lo que Rodri haría después de dejarme. Lo imaginé con varias mujeres a la vez. Se me ocurrieron libertinajes que jamás habría sospechado. Alguno hasta le provocó risa porque resultaba absurdo. En medio de aquella vorágine de sentimientos contrapuestos me aferré a la única frase que mantenía despierta la esperanza y me la repetí muchas veces: «Yo nunca te dejaré, Claudia. Nunca te dejaré, Claudia. Nunca... Nunca. Nunca».

Me costó adivinar por qué se había negado a subir a la habitación. ¿Se le había apagado el deseo? ¿Se trataba de un modo de amarrarme? ¿O simplemente disfrutaba de aquel modo?

Pensé que era capaz de seguirme, de espiarme y, aunque ya hubiera desaparecido, estaba esperando un comportamiento en consonancia con el deseo reprimido. Al día siguiente me lo contaría porque sabía todo de mí.

Y qué le podría contar yo para que se sintiera orgulloso. Se me ocurrieron mil ideas disparatadas en la línea de sus perversiones. Podía mentir, por supuesto. Pero la mentira debía poseer la consistencia necesaria para que no

se descubriera y resultaba difícil que una ignorante como yo consiguiera engañar a alguien como él, tan avezado en ese lado oscuro que tanto me imponía.

Me reconocí torpe para contarle que después del encuentro me había citado, por ejemplo, con un *boy*. No conocía a nadie que hubiera estado con un *boy*. Ni siquiera sabía muy bien cómo llamar a un *boy*. Incluso me parecía ridículo y me provocaba cierta repulsión. Podía inventar cualquier historia. Desde que me había masturbado en el taxi o que me había liado con el conductor. Pero sonaban tan falsas...

En mi móvil descubrí dos mensajes que, por razones obvias, no había leído. Los dos de Humberto.

«He estado pensando en lo que ha pasado después de tantos años de convivencia y creo que ha fallado la comunicación. Deberíamos hablar un poco más. Yo lo necesito y creo que tú también. Las cosas no pueden cambiar tan rápido, de la noche a la mañana».

«Dime cuándo te viene bien».

Sin recapacitar las consecuencias, tecleé:

«Ahora».

Respondió al instante, como si hubiera estado pendiente de la pantalla todo el tiempo.

«Genial. Quedamos en La Infanta en... ¿cuánto?».



## Capítulo VI

Años atrás, el café *La infanta* había sido el escenario de nuestra última reconciliación, de *noches locas* en las que recuperamos el sabor de los primeros encuentros.

Recordé lo idiotas que éramos en aquella época en la que salvamos la pareja gracias a sentirnos especiales por vestir algo más excéntricos, fumar hierba, dejar a Mario —entonces un niño— con su abuela, incorporar algunos tacos nuevos al vocabulario o por hablar de Fellini.

Nos convertimos en dos estúpidos que necesitaban el oxígeno de la felicidad y boqueaban en la superficie de la ciénaga en busca de algo que rompiera la rutina. Porque la base del problema residía en que ambos empezábamos a vislumbrar el negro telón de la decadencia. Nos duró un año la impostura. Adelgazamos. Empezamos a jugar al deporte de moda, entonces el *squash*. Nos refugiamos también en la cultura. El cine. La literatura. De aquella época le quedó a Humberto el residuo de las novelas negras. Hablábamos durante horas o, más que hablar, actuábamos durante horas. Representábamos el papel que cada cual se había asignado. Hasta que poco a poco fuimos hundiéndonos en la desidia con mayor resignación, conscientes de que carecíamos de remedio.

Pero aquello había funcionado para mantener la relación quince años más. Así que conociendo a Humberto supe que me esperaba una nueva sesión de «*vamos a cambiar, debemos vivir intensamente la vida, aún somos jóvenes y estamos obligados a ser felices*». Y, la verdad, yo había empezado a cambiar y de qué manera. Él ni siquiera podía presagiarlo. Recordé que no llevaba bragas y cuando el taxi se detuvo en la plazoleta de *La Infanta*, me pregunté

por qué había respondido a la petición de Humberto. Flaquéé en la cuerda floja de la duda unos segundos antes de bajar. Debí repetirme muchas veces que no deseaba verlo para constatar *mi* especialidad. Para darme cuenta de lo mucho que yo había evolucionado en tan poco tiempo.

Lejos de él.

Se encontraba al fondo. Debajo de tres maniqués de mirada extraviada, sin brazos, situados sobre una repisa de madera que ocultaba la antigua muralla de la ciudad. En el mismo lugar de otras citas pasadas. El lugar donde empezamos a erigir los cimientos de la malograda reconstrucción.

No me atraía físicamente. A decir verdad, nunca me había atraído por mucho que yo hubiera intentado convencerme. Ni siquiera me gustaba cuando éramos niños, —porque nos conocíamos desde pequeños—, ni de jóvenes, cuando me *enamuré* de él, ni en los años de noviazgo, tampoco cuando nos casamos, ni por supuesto, después. No me atraía como los hombres que de verdad me atraían. Aquellos que consideraba inalcanzables y que me robaban el habla, aquellos a los que inconscientemente colgaba la etiqueta de estúpidos o engreídos para justificar mi fracaso personal. Humberto era lo contrario. Comedido. Siempre dispuesto a ayudar. Una virtud que se me fue atragantando como ese vino que en vez de mejorar con los años se avinagra. Ojalá hubiera sido peor, mucho más imperfecto, para que no sintiera tanta culpabilidad de no quererlo como merecía.

Se levantó al verme.

—Estás...

No le permití que continuara hablando. No habría resistido un piropo así, de sopetón. Él asintió con un gesto y sonrió como si le hiciera gracia su torpeza.

—Iba a decir que estás jodidamente horrible. —Señaló hacia la barra—. *¿Gin-tonic?*

Lamenté también su manera de fingir. Volvía a ser *moderno*. A encender el *modo moderno* que resultaba más patético aún que el *modo galante*, entre

otros motivos porque se había quedado anclado quince años atrás, cuando se decía *gin- tonic* y no *Seagram's* o *Beefeater* con tónica o algo parecido. Desde la mesa casi pude ver al Humberto de entonces, con un poco más de pelo, igual de pequeño, igual de delgado, igual de clásico en el modo de vestir. Ese clasicismo de cuadros y pantalones de pinzas contra el que, en las separaciones, se rebelaba sacándose la camisa por fuera en un alarde de valentía. Aún no se la había sacado, pero intuí que no tardaría.

Llegó con los dos vasos.

—El tuyo y el mío.

No me cupo duda de que había trabajado la estrategia. No se movía por instinto ni dejaba margen a la improvisación. Cada gesto, cada mirada, cada movimiento estaba preparado. Él y sus crímenes perfectos.

Lo imaginé en casa de su hermana Reme, perdido entre los vahos de la angustia, hablando ambos de lo que debía hacer para recuperarme, ilusionándose ante una idea colosal, algo que me sorprendiera, algo original como por ejemplo decirme que estaba *jodidamente* horrible. «*Jodidamente*» le daba autoridad y lo expulsaba de la burbuja de educación y comedimiento.

Se situó enfrente. Sacó el mechero de benceno. ¡El de quince años atrás! Con el grabado de una cornamenta y la inscripción «*Bool*» encima. No sé dónde lo había encontrado porque le habíamos perdido el rastro mucho tiempo atrás. Así que quizá lo había estado guardando para la ocasión, como si fuera consciente de que tarde o temprano volveríamos a entrar en crisis. Lo dejó sobre la mesa.

«Y ahora —pensé—, dirá que se encuentra bien».

Acaricié el vaso y cerré bien las piernas. El primer trago de... *gin- tonic* se mezcló con el olor a sexo de mis dedos.

Humberto jugueteó con el mechero. Lo hacía rodar sobre la mesa y lo miraba y me miraba.

—No sé cómo has llevado tú estos días, pero la verdad es que, a veces, un descanso de este tipo nos permite pensar en los errores cometidos.

Preferí silenciar que no se trataba de un descanso sino de la separación definitiva. Y por un momento estuve tentada de confesar que estaba follando con otro, con esa palabra « follando », que correspondía a su *estado de moderno*. También resistí la tentación de confesar que gozaba de una nueva

condición de mujer libre, lo que me convertía en la mujer más feliz del mundo y también en la más triste. Se trataba de una libertad condicionada al comportamiento de Rodri, una libertad en ciernes hasta que fuera capaz de asumir la libertad definitiva después de tantos años de restricciones.

—¿No vas a decir nada? Desde que has venido no has abierto la boca.

—Bueno. La verdad es que... Me has llamado y he venido. Y no sé muy bien por qué he venido. De lo único que estoy segura es de que... no queda nada de lo nuestro.

Reaccionó como si lo esperase. ¿Había dicho yo lo mismo quince años atrás? ¿Había empezado igual y estábamos repitiendo el guion de entonces, y por eso se mostraba tan seguro?

—Es normal. —Hizo un vago mohín señalando alrededor—. ¿Recuerdas?

—Claro. Cómo no iba a acordarme. Me has traído hasta aquí para que me acuerde, ¿no?

Tomé la copa y de nuevo el olor a sexo de los dedos me recordó lo que había sucedido apenas una hora antes en el restaurante.

—No exactamente —mintió. Y después dejó que trasluciera una de esas sonrisas con las que ocultaba el desánimo—. Digamos que ha sido una coincidencia porque no he estado en casa de Reme hasta hoy.

Reme vivía al lado del café.

—Por eso me has escrito.

Se acercó a la mesa como si deseara escucharme mejor.

—No te entiendo.

—Humberto, que nos conocemos.

—No. De verdad, no sé adónde quieres llegar.

—Has ido a casa de Reme para hablar de mí, de lo que ha pasado, con la intención de preparar el plan para recuperarme.

Se rio de nuevo. Bebió. Pensé que no sabía muy bien qué decir. Que mi última frase se salía del programa y él era muy malo improvisando.

—No. Lo que sí es verdad que durante este tiempo en que hemos permanecido separados me he dado cuenta de que he estado un poco imbécil. He permitido que te alejaras y no me he comportado como un padre en el asunto de Mario, pero le he dado vueltas y creo que...

—He tenido relaciones con otro hombre.

Se quedó parado. Recuerdo s imagen detenida en el tiempo.

—Vaya. —Jugueteó de nuevo con el mechero. Reclinó la cabeza.

—Hace menos de una hora.

—Ya.

—Lo siento. Pero creo que debería decírtelo antes de que siguieras.

Golpeó la mesa con los nudillos en un gesto repetitivo hasta que dijo:

—¿Le quieres?

—No.

—No le quieres.

—No.

Bebió de nuevo.

—¿Y vas a seguir con él?

—Mira, Humberto, esto es un poco más complejo de lo que parece. Tan complejo que a veces pienso que me estoy volviendo loca.

—Bueno, eso también lo pensabas cuando estabas conmigo. —Hizo una pausa, como esperando que me riera, algo que no sucedió—. Todo resulta complejo, Sara. Cada uno ve las cosas de una forma. Tú tienes tu mundo ahí dentro, tan distinto al de los demás... y, a veces, no hay forma de sacarte. Te lo he dicho siempre. —Le llegó la pena de golpe. Se le escapó a borbotones—. ¿Lo conozco?

—Pero ¿eso qué más da?

—Ya sé que no da nada. Pero ¿lo conozco?

—No.

—¿Estabas saliendo con él mientras estabas conmigo?

—Yo no he estado saliendo con él. Ni voy a salir con él ni nada por el estilo.

—O sea, ha sido ahora. Nos hemos separado y has tenido un... desliz.

—Humberto...

—Bueno, supongo que esto significa... —jugueteó de nuevo con el mechero y carraspeó— que no tengo la más remota posibilidad, aunque ahora aún entiendo menos por qué has venido y qué esperas de mí.

—Espero que seas el padre de mi hijo, espero que sigamos viéndonos y espero, si no es mucho pedir, que sigamos siendo amigos.

—¡Jo! —exclamó.

—Ahora está todo demasiado reciente para que podamos hablar con frialdad, y para que nos sintamos cómodos.

—Bueno, tú hablas con bastante frialdad.

—No. Yo estoy intentando ser clara para que no nos hagamos daño.

Miró hacia arriba. Bebió de nuevo hasta apurar el vaso.

—Sara... —dijo— Ay, Sara. Quién nos lo iba a decir.

Me dio la mano como si se hubiera sobrepuesto al golpe.

—Tantos años...

Comencé a intuir por dónde iba. Apelaba al victimismo que tan buenos resultados le había dado en anteriores ocasiones.

—Quizá deberíamos haber roto de manera definitiva hace quince años. ¿No?

Esperaba que le respondiera algo así como «vivir a tu lado esta última etapa ha sido lo más bonito de mi vida». Una especie de premio de consolación que le permitiera regodearse con el pasado ya que se le había borrado el futuro.

—Hicimos lo correcto porque ya está hecho.

—Entonces también pensabas que todo sería definitivo.

—Entonces no me había liado con nadie.

Y volvió a sorprenderme porque activó el *modo moderno* de urgencia.

—Es normal que de vez en cuando sintamos deseo de... Hay parejas que a nuestra edad convienen una relación abierta. Conozco gente que lo hace. En la asesoría...

—Tú no eres de ese tipo de gente.

—Nunca se sabe cómo es uno hasta que llega el momento.

—Me dejas perpleja.

—Más perplejo que me has dejado tú a mí... —me tomó las manos de nuevo— yo te quiero. Quiero que seas feliz por encima de todo. De verdad. Y si el modo de que seas feliz es que estemos lejos el uno del otro, fantástico; si es que seamos amigos, genial; y si estamos juntos, pero haciendo cada uno lo que nos dé la gana, pues podemos probar. Quién sabe. Por Mario, por mi madre, por las subidas de azúcar de mi madre —sonrió triste porque siempre nos cuidábamos mucho de preocupar a su madre—, por el qué dirán. Por lo que sea.

En aquel momento no supe si levantarme y abofetearlo o darle un beso. Se metió la mano en el bolsillo y sacó el papel de fumar.

Pensé: «¡No por Dios! ¿Vamos a repetir paso a paso lo que hicimos?».

—Esto no se puede hablar con calma sin liar algo grande. He traído municiones.

«Municiones». Era lo que decía en aquella época cada vez que trasgredíamos las barreras de la rutina. La hierba era la munición. Y la fumábamos a escondidas, en una callejuela tras el café.

—No te saltas el guion pase lo que pase.

—Ya sabes que siempre he sido un *mamonazo* de ideas fijas. Y nadie va a cambiarme a mis cincuenta y tantos años.

Sacó la hierba y comenzó a liar con la habilidad que le caracterizaba. Después de un día con tantos altibajos, me produjo una especie de confort.

—¿Vamos? —dijo en cuanto hubo terminado.

Hacía años que no fumábamos. Lo habíamos dejado progresivamente, a medida que nos habíamos ido sumiendo en la apatía. Salimos al callejón trasero.

—Ten, haz los honores.

No fue un *déjà vu*, sino una reconstrucción idéntica de la cita anterior. Entre brumas, creí recordar que aquella primera vez que fumamos allí, también dijo: «Ten, haz los honores». Lo encendí y tras un par de caladas me invadió esa sensación de serenidad que nubla los sentidos.

—Es muy buena. —Y reclamó con la mano para que se lo pasara.

—Espera.

Dio una palmada y chasqueó los dedos. Hizo algo así como un pase de baile. Tan ridículo y antinatural que se me escapó una risa.

Así que lo repitió.

—Humberto...

—Qué pasa. Ahora somos libres para hacer lo que nos dé la gana. —Me quedé mirándolo. Tan fingidamente feliz...—. Me recuerdas mucho a Sara.

—Soy Sara.

—A la Sara de entonces.

—Ya. ¿Y cómo era la Sara de entonces?

—¿Quieres que te lo diga?

—Pues te lo agradecería ya que has empezado.

—Era una muchacha perdida.

—¡Ah!, qué novedad.

—Una muchacha atrapada en el matrimonio, que necesitaba experimentar nuevas sensaciones.

—¿Y tú cómo eras?

—Yo, un imbécil.

—Como ahora.

—Exacto. Lo que no te da derecho a dejarme sin mi pequeña ración de maría. Dame el canuto.

Decía «canuto». Lamentable pero cierto. Se lo pasé.

—No. En serio. Cómo eras, Humberto.

—Me gustaba saltarme las normas con moderación.

—¡Saltarte las normas con moderación!

—Sí. Joder, sí. Sin perder el rumbo. Con los pies en el suelo. Saltando — comenzó a saltar de una parte a otra. Muy histriónico. Llegó hasta mí saltando —. Con los pies en el suelo. ¿Te sube?

Sí. Me estaba subiendo. A pasos agigantados. Lo normal cuando me subía era que se me quitaran las ganas de hablar. Que me quedara traspuesta.

—Un poco.

—Vamos a hacernos otros putos *gin-tonics*.

—Uf.

—*Vengaaaaa*. No seas *muerma*.

Tiró de mi brazo y nos adentramos en *La Infanta*. Él, primero, haciendo una ostensible indicación a la camarera que esperaba tras la barra. Como una señal de victoria con la que deseaba indicar «dos»; es decir, que repetíamos bebida. Nos sentamos de nuevo.

—He traído maría para poner feliz a una elefanta.

—No pretenderás bufarme y llevarme a la cama, ¿no?

Alzó las dos palmas de las manos.

—Por favor, solo quiero que lo pasemos bien.

—Porque te advierto que con eso no se arreglaría lo nuestro.

—Lo nuestro no tiene arreglo. Los dos lo sabemos.

La chica trajo las dos bebidas y nos aferramos a ellas como si tuviéramos



sed.

—Aunque he de decirte —prosiguió— que esto ya lo hablamos hace quince años. Y me dijiste lo de «no pretenderás bufarme y llevarme a...». ¿Y qué pasó?

Recordaba muy bien lo que había sucedido. Acabamos manoteando en la cama en una relación torpe e inconclusa; aunque a la mañana siguiente nos despertamos juntos y comenzamos a acariciarnos como si no hubiéramos roto unos días antes.

Aguardó a que respondiera. Más patético todavía.

—Fue un desastre.

—Íbamos pedo.

Nos sumimos en un nuevo silencio. Él seguía moviéndose arrítmicamente al son de la música y me llegaron los recuerdos en tropel. Por un momento me vi en el baño mientras la mujer del chico minusválido aguardaba afuera y Rodri me amaba cada vez con mayor brío. Y después en el restaurante. Las chicas del equipo deportivo. La madre con el hijo. El matrimonio sin conversación. La pareja de gorditos. Los tres ejecutivos. El joven que no paraba de mirarme. Rodri. Las sonrisas de Rodri. Y el orgasmo silencioso mordiéndome la lengua y el interior de los labios.

—O mucho me equivoco o te estás acordando de aquella noche.

Claudia solía decir que la ignorancia y la felicidad van cogidas de la mano. Y en aquel instante estuve a punto de preguntar a Humberto si era feliz. Me reí. Primero un poco. Luego se me escapó una carcajada. Y ahora lo lamento mucho, pero cuanto más lo veía, enfrente, con aquella estúpida cara de vanagloria, más risa me daba.

—¿Ves?

Intenté aguantarme. Imposible. Se acercó como si fuera a hacer una gran confidencia. Una confidencia que imaginé sería la *superguarradadelsiglo*.

—Yo me acuerdo muchas veces.

—¿De verdad?

—Sobre todo estos días que no hemos estado juntos.

Me divertía cada vez más el contraste. Por primera vez en mi vida podía comparar. Enfrentar a Humberto —su torpe manera de seducir, su torpe y bienintencionada manera de amar— con Rodri, en aquellos encuentros

pasajeros que me habían robado la inocencia.

—Seguro que tú también te acuerdas. ¿Me equivoco?

—No te equivocas.

Allí estaba yo. Yendo. Viniendo. Desapareciendo entre pausas de realidad. Cuando regresaba, encontraba a Humberto enfrente. Más moderno que nunca. Más gilipollas que nunca.

—Lo sabía.

¿Cuántas veces lo había repetido?

—Lo sabía, Sara.

«Lo sabía».

«Lo sabía».

«Lo sabía».

«Lo sabía».

Estiré el brazo y le puse la mano en la nariz.

—Huele.

Me cogió por los dedos e inspiró hondo.

—¿Te gusta? —le pregunté.

Existía un territorio más allá. Un territorio que Humberto desconocía. Un territorio que no habíamos explorado juntos. Un territorio que yo podía mostrarle. Quizá me atrajera mi supremacía frente a su ignorancia.

—No llevo bragas.

Me miró fijamente y cogió su *gin-tonic*.

—De verdad. No llevo bragas. Me las ha quitado el tipo ese en el hotel y las he *tirao* al váter.

De nuevo permaneció en silencio. Mirándome por detrás de sus gafas de pasta negra. Sus gafas de asesor fiscal o de contable o de consultor o auditor o lo que fuera, porque a pesar de los años, a pesar de que me lo había explicado mil veces, aún no sabía catalogar su trabajo. Me miraba como intentando adivinar si decía la verdad o se trataba de una tretas. Una de esas tretas con las que nos excitábamos, aunque supiéramos que solo eran eso: fantasías.

Una vez más el rostro de Humberto se iluminó, triunfal. Debió de pensar algo así como: «Lo he conseguido de nuevo, Sara no puede resistirse haga lo

que haga porque siempre será mía».

Apuró el vaso sin dejar de mirarme. Se dirigió a la barra mientras sacaba con torpeza la cartera de la chaqueta, convertida en un bulto informe sobre la butaca.

Cuando regresó, yo estaba en otra parte. En otra parte mental. No sabía dónde. En otra. Y él tiraba de mi brazo para que nos marcháramos. Salimos medio a trompicones a la plaza. Había comenzado a llover y en las losetas reverberaba el reflejo amarillento de las farolas. De vez en cuando pasaba un taxi sin la luz verde encendida. Sentí mucho frío porque comencé a temblar. Humberto se quitó la chaqueta y entonces noté que quien temblaba era él porque nos habíamos abrazado y ambos virábamos de izquierda a derecha como en un sueño. Al fin nos instalamos en el asiento trasero y me preguntó si me apetecía que regresáramos a casa.

—A casa no, por favor —dije.

—¿Quieres que durmamos en un hotel?

Asentí con un movimiento de cabeza y preguntó:

—¿Alguna preferencia?

Después —no sé cuánto tiempo después—, me recuerdo en una cama infinita en la habitación del Westin. No hace frío, y a mi lado, Humberto respira muy fuerte por la nariz, repite sin tregua «te quiero», «te amo», «no vamos a separarnos nunca más», «no voy a permitir que te vayas», «esta ha sido la última vez» mientras una luz que cambia de color proyecta sobre la pared extrañas figuras.

Sucede por secuencias.

Las manos que me acarician los pechos. Humberto con la cabeza debajo de la falda, entre mis piernas. Devorándome como un carroñero. El pensamiento que viene y va. Imágenes de documentales. Hienas arrancando jirones de carne.

Humberto con la lengua. Rendido al servicio de mi placer. La angustia. La fatiga. El baño resplandeciente antes del vómito. El retrete salpicado como

una estrella que ha perdido el fulgor.

Él, detrás, diciendo: «Cariño, cariño, oh, cariño, has bebido demasiado, cariño, cariño, cariño..., los dos hemos bebido demasiado».

Humberto acostándose. La confusión.

Humberto, Mario, Nat, Rodri.

Rodri. Rodri. Rodri...

—¿Estás mejor?

—Perfecta.

Humberto, recorriendo mi cuerpo con el dedo y besándome tras el vómito. Acoplándose a mí con esa habilidad inherente al transcurso de los años. De dos cuerpos que se conocen como si de verdad hubieran nacido el uno para el otro.

Moviéndose con la uniforme cadencia de nuestros actos amorosos.

A la mañana siguiente, cuando abrí los ojos, la habitación aún daba vueltas. Él me estaba mirando con aquella despreciable bondad que se le escapaba sin querer.

No supe qué decir. ¿Qué retornábamos a la vida después de un paréntesis incoherente? ¿Que nada de lo que había sucedido la noche anterior había sucedido en verdad? ¿Qué había sido el reflejo, la sombra deformada de mi insuperable relación con Rodri? ¿Que lo único que deseaba era que se marchara —vete por favor, Humberto, a la mierda si hace falta— para no volverlo a ver jamás? ¿Que nada me provocaba tanto dolor y tanto asco al mismo tiempo como sentirme sucia por el sufrimiento que le infligía? ¿Que la última frase que deseaba escuchar era la que dijo a continuación y las siguientes, como recién sacadas de un manual de horribles prácticas amorosas?

—Me he tomado el día libre, fea. He llamado a la asesoría y les he dicho que se apañen sin mí.

»A pesar de nuestro estado, anoche lo pasamos en grande.

»Todo va a ser diferente a partir de ahora.

Humberto pensaba que la realidad se podía cambiar a fuerza de repetirla. Cuando algo no le gustaba, afirmaba lo contrario. Muchas veces. Como si deseara convencer al mundo del error pues solo él llevaba razón.

—Lo siento —dije acariciándole las mejillas—. Humberto...

Me levanté y comencé a vestirme.

—Ayer fue un día muy raro y estás confundida.

Entré en el baño y me siguió. El espejo devolvió una imagen para echarme a llorar el resto de la vida. Yo a medio vestir. La falda doblada, el sujetador negro mal colocado y la cara, que reflejaba los estragos de una aventura insólita. También la tristeza, con Humberto, desnudo, babeando a mis espaldas. El vello cano del pecho que caracoleaba alrededor de los rojos pezones, grandes, más grandes de lo normal en un hombre. El torso blanco. Las pecas. El pene cabizbajo y derrotado. Las escuálidas piernas. Y las manos que me acariciaban los hombros. Paternalista. Nauseabundantemente paternalista.

—Poco a poco irás viendo la luz. ¿Recuerdas la última vez que nos...? Le pedí que callara. Pero no con delicadeza. Ya estaba harta de tanta delicadeza.

—Humberto. Por favor, cállate de una vez.

—Sara...

—No quiero que volvamos a vernos.

Se alejó de mí. Un poco.

—De qué tienes miedo —dijo, como si más que una pregunta fuera una aseveración.

—Humberto, ayer me lie con un hombre y ahora estoy deseando verlo. ¿Crees que podemos hablar de futuro y de nuestra relación y de lo que vamos a...?

—Ayer tuviste una relación conmigo.

—Yo no deseaba tener una relación contigo.

—¿Ah, no? Fuiste tú quien me dijo que no llevaba bragas. La que me pidió que te comiera.

—Pero no aquí.

Me ayudó a ponerme la camisa. La camisa roja de Rodri. Y me miró como si se diera cuenta por primera vez de aquella prenda ajena.

—¿No aquí?

Me abotoné y me recompuse el pelo como pude.

—¿Qué significa «no aquí»? —dijo mientras me perseguía por la habitación.

Lo detuve con la mano en el pecho. No soportaba ni un segundo más que me persiguiera.

—Ya está, Humberto. Ya está. No entiendes nada. No puedes entenderlo.

—¿Y qué quieres que entienda?

—Nada.

—Qué absurdo.

—*Mucho. Muy absurdo —me repetí después de que nos despediéramos, mientras caminaba por la calle y marcaba el número de Claudia.*

## *Capítulo VII*

Una hora y tres cuartos después, apenas sin tiempo para sumergirme en la paz del paisaje desértico de la meseta, de árboles solitarios y dispersos que me recordaban las figuras geométricas en la nada que había pintado Rodri, puse el pie en la estación de Atocha.

Aquel guirigay de andenes, escaleras, vías, pasajeros, maletas, ascensores y voces siempre me mareaba un poco.

Claudia no vendría a recogerme porque tenía una mañana ocupadísima con su agotador trabajo de psicóloga errante en las oficinas de una empresa distinta cada vez, así que aproveché para zascandilear toda la tarde en el Retiro. Arriba, abajo. Sentándome en los bancos, mirando los patos. Los paseos en barca con el telón de fondo de mis recuerdos junto a Rodri.

Me había propuesto no llamarlo, pero me pareció divertido escribirle:

«Todavía no llevo bragas».

Por supuesto, no era cierto. Nada más abandonar la habitación del Westin había corrido a una tienda de ropa para comprarlas. También una camisa.

No tardó en responder.

«¿dnde estás?».

«En Madrid».

«q haces ahí?».

«Estoy en el Retiro. Prohibido  
hacer chistes malos».

«a ver».

«A ver qué».

«enséñame una foto».

Aparté el móvil y lo separé cuanto pude para fotografiarme. Salió bastante bien dadas las circunstancias. El pelo despeinado y un bosquejo de árboles y setos indefinido detrás con la luz de aquel día nublado formando sombras. Se la envié.

«no quiero una foto del parque, ni de tu  
preciosa carita de niña malvada en plena  
fechoría, quiero una foto de tus "no bragas"».

Allí estaba de nuevo el Rodri maravillosamente irracional. Ahuequé la mano contra el banco e hice la foto aprovechando la oscuridad.

«No se ve nada, abre bien las piernas.  
quiero ver el contorno de los muslos, si  
no puedes hacértela tu, que te la hagan».

«Jajjaaja».

Y añadí una ristra de emoticonos con el rostro ese en el que saltan las lágrimas.

«de qué te ries».

«De nada. Qué me das a cambio»,  
«te haré un regalo muy especial».



«Qué regalo».

«una sorpresa».

«Me dan miedo tus sorpresas».

Esperé un poco. Miré a un lado, a otro. «Estoy cada vez peor». Vislumbré cuál sería el acomodo, la mejor postura. No había mucha gente. Así que tampoco parecía demasiado complicado. No se me iba a ver la cara, así que ¿quién podía asegurar que se trataba en efecto de mis muslos o mi sexo?

Pero empecé a ponerme muy nerviosa. Me levanté del banco y anduve algunos pasos erráticos, agobiada por si Rodri se impacientaba. Por si creía que estaba indecisa. Que me lo estaba pensando, que un gesto tan nimio, tan al cabo de la calle entre las mujeres con las que él salía, me costaba tanto.

Me adentré en un pequeño bosque enmantado de pinocha y tierra, cercado por unos setos. Una piedra a modo de asiento evitaría que me tumbara en el suelo.

Y casi lo hice sin pensar. Tras una rápida ojeada alrededor.

«Perdona el retraso,  
pero no me iba el *flash*».

«joder, es fantástica, te la has  
hecho o te la han hecho?

«Es un autorretrato. Me debes un  
regalo. ¿Otra cita, quizá?

«estaría bien que te la hicieran,  
saldrán mejor los colores».

«Ya me la harás tú cuando estemos solos».

Tardé un momento en reaccionar.

«Perdón cuando estemos juntos,  
no necesariamente solos. ¿Mañana por la  
noche? ¿En un lugar cutre esta vez?».

De nuevo inserté una ristra de emoticonos.

«propon tú el lugar».

«Café La Infanta».

«yo por cutre entiendo otra cosa, pero vale».

«Di tú el sitio si te parece otro mejor»,  
«el Westin. sigamos siendo chics, vale?».

«Vale».

«te confirmo luego si puedo mañana.  
y a qué hora, cuando me envíes  
la foto que te han hecho».

«Será hijo de puta —pensé mientras releía el mensaje—, nunca tiene bastante». Analizar con Claudia esas perversiones suponía una de los principales motivos por los que me encontraba en Madrid, deseosa de sentarme frente a ella, con tranquilidad, en una cafetería, y de que me diera su opinión clínica acerca del hombre que me estaba robando el corazón, la sesera y buena parte de esa decencia que con tanto ahínco me habían inculcado mis padres.

Coloqué el móvil sobre la piedra y busqué otra en la que apoyarlo. Hice varias pruebas. Tomé referencias. Programé el retardo en la cámara y abrí las piernas.

Debí repetirla cuatro veces para que resultara veraz.

«Antes de que me preguntes quién lo ha hecho,  
te diré que ha sido un estudiante con cara  
de cabrón que se ha quedado de una pieza».

Rodri respondió al instante.

«le has hecho una foto?».

«No ha querido».

«la próxima le pides un selfie...

tú con las piernas abiertas y él señalándote el coño. pq si no, parece que la foto te la hayas hecho tú sola, apoyando el móvil en una piedra».

«Pues no. Ha sido real. Y si no te gusta, la borras».

«vale, la borro».

Claudia me llamó poco después.

—¿Qué haces?

Preferí no entrar en detalles y solo dije que estaba esperándola en el Retiro. Por la entrada principal de Recoletos. Quedamos allí y tardó más de media hora. Se excuso con una frase del estilo:

—He tenido un día...

—Pues yo una noche... Quiero contártelo todo con pelos y señales para que lo analices no como la gran amiga que eres, sino como una profesional con muchos años de experiencia y me digas la verdad.

—Te diré la verdad como siempre. —Señaló un banco que se encontraba cercano—. ¿Prefieres ahí, en una cafetería, en mi casa...?

—Donde te sientas a gusto.

—La que deberás sentirte a gusto eres tú.

—A ver, por dónde empiezo. Cómo juzgarías a una paciente que... durante el tiempo de espera ha estado en el Retiro fotografiándose el coño para enviarle la foto.

—¿Te lo pidió?

—Sí.

—¿Y te apetecía?

—Apetecerme... Hay algo prohibido en la relación que... Bueno no voy a decir algo, voy a decir mucho, que me atrae ¿Lo entiendes?

Asintió y continué:

—Pero no importa tanto esto de la foto. Debes saber lo que sucedió anoche. Y que vayamos montando mi locura por orden cronológico para que te aclares.

Le conté el *affaire* en el baño de minusválidos. Lo de los ejecutivos del restaurante. Las peticiones de Rodri. El abandono. Claudia me escuchó sin anotar. Luego sacó una libreta y comenzó a escribir como si temiera olvidar algún dato. Y permaneció leyendo en silencio.

—Qué —dije, bastante nerviosa—. ¿Te habías encontrado con algún similar?

—Hace años que no trabajo casos clínicos. Ser psicóloga de empresa es bastante más aburrido. Los test para conocer si alguien encaja en el perfil, las pruebas...

—Supongo que me dirás que mientras no haga lo que no desee no hay problema.

—No te lo diría así como psicóloga, pero es un buen consejo de amiga. Nunca deberías sentirte incómoda.

—¿Y si esa incomodidad es precisamente la fuente de la atracción? No estaría hablando de Rodri con tanta vehemencia si su comportamiento hubiera sido el de Humberto. Si solo hubiera una diferencia física entre uno y otro no habría venido hoy a Madrid, ni esperaría con tanta ansia la cita de mañana. ¿Dónde está la frontera? Eso es lo que necesito saber: ¿existe una frontera?

—La frontera de la que hablas reside en el control.

—El control.

—Te puede atraer la transgresión, saltarte normas. La posibilidad de que te vean, la excitación ajena que provocan tus actos, el lado oscuro al descubierto..., todo eso está muy bien, pero ¿qué sucedería si perdieras la voluntad?

Era una de esas preguntas que es mejor no responder. Así que dije:

—¿Y él?

—Él qué.

—Cómo lo catalogarías.

—Parece que conoce bastante bien el terreno que pisa.

—Seguro que lo ha hecho muchas veces.

—Probablemente.

—Qué hijo de puta. Bueno, aunque me da igual lo que haga con tal de que me deje mi racioncita... Es un regalo que me ha caído del cielo. No te puedes imaginar. Uno de esos regalos que les caen a veces a las neuróticas como yo. Fui en busca de la mujer mayor que había seducido a mi hijo, aterrada ante la posibilidad de que fuera un adefesio, y encontré a un amante para mí, mucho más joven que yo.

—Y el problema de tu hijo desapareció al instante.

—De un soplo. Y ya sé que me vas a decir que entonces el problema era yo. Mi ausencia de problemas. Lo que no entiendo es cómo le gusto.

—Le atraes. Aún estás bien. Lo sabes. Te cuidas. Y él siente más excitación cuanto más cohibida pareces. Es consciente de que estás rompiendo esa barrera por primera vez. Se pone en tu piel. Empatiza hasta el punto de que siente tu placer. Es tu propio placer el que lo enardece.

—Por eso me ha elegido.

Claudia hizo una mueca y no estoy segura de que se tratara de asentimiento.

—Por eso y por todo. Igual que tú no le quieres, él no te quiere.

No repliqué. Me resultaba difícil definir con exactitud lo que sentía por Rodri.

»Y no te querrá nunca. Aunque te lo diga. Aunque lo parezca. Te utiliza porque te necesita. Del mismo modo que tú lo utilizas porque deseas que te dé algo que no tenías. Y en ese desequilibrio os encontráis ambos.

—Para equilibrarnos.

—Exacto.

—¡Jo! Jamás se me habría ocurrido pensar en mi relación con Rodri como un equilibrio.

—Pero en el momento en que uno de los dos sucumba, y se deje arrastrar, el otro seguirá demandando equilibrio. A costa de lo que sea.

Habíamos llegado a un receso. Ella controlaba los tiempos de las situaciones de maravilla y sabía cuándo detenerse, cambiar de tema o provocar un giro porque la otra persona estaba perdiendo interés. Pero esta vez, el giro lo di yo. No sabía muy bien cómo decírselo, así que lo solté de sopetón:

—No te he contado lo peor. El motivo principal por el que he venido a verte. Algo que quizá me pase factura en el futuro.

Sin pestañear, Claudia esperó a que prosiguiera y entonces le conté lo que había sucedido con Humberto. La agradable, a la vez que absurda, superioridad que me otorgaba sentirme capaz de cometer actos vedados para él.

Me explicó que, salvando las distancias, era lo que hacía Rodri conmigo. Y se me revolvió el estómago a pesar de que Claudia repitiera varias veces: «salvando las distancias».

—Esa extraña superioridad la siento con todo el mundo. No solo con Humberto. También con la gente que veo por la calle.

—Trastornos de hiperseguridad —dijo en tono de guasa—. Cuando algo nos gusta mucho tendemos a imitar. No de manera voluntaria, sino inconsciente.

—Me encanta hablar contigo porque todo parece más o menos normal siempre.

Claudia concluyó con una de esas frases antológicas que nunca supe si eran de su cosecha, aprendidas en la facultado en alguna de las innumerables revistas que había en su casa. La casa con más revistas del mundo.

—Todo es normal mientras no atente contra la libertad. La tuya, la de él, la de los demás.

## *Capítulo VIII*

Regresé a Valencia a la mañana siguiente, algo cansada porque estuvimos hasta las tantas hablando. No solo de Rodri. También de Humberto y también, cómo no, de Mario. Aparte de los consejos, después de tanta charla, lo que Claudia me transmitió una y otra vez con aquella naturalidad con la que hablaba, era que antes de conocer a Rodri, ya no me encontraba bien. Y me encontraba tan mal que no era capaz de ver lo mal que me encontraba. Eso me llevaba a comportarme por arrebatos. De tristeza y euforia. A fijarme demasiado en los demás. Comprenderlo me ayudaba a sentirme bien. Del mismo modo que la palabra normalidad me tranquilizaba. La repetía una y otra vez mientras, adormilada, cabeceaba sobre el cristal de la ventanilla.

Mentalmente, repasé las subrepticias consignas para no sucumbir a la vorágine de aquella nueva relación y me sentí más serena, más dueña de mí, pero no pude evitar sobresaltarme cuando la lucecita del móvil parpadeó y comprobé que se trataba del mensaje que había estado esperando.

**«nos vemos esta noche, ven sin ropa interior».**

Siguiendo los consejos de Claudia, evalué desde la lógica, jocosamente, si deseaba acudir a la cita sin ropa interior. Pasé un buen tiempo pensando pros y contras y casi sin darme cuenta acabó el viaje. Llegué a casa sobre las doce. Mario estaba en su cuarto. Al verlo, sentí el irreprímible deseo de abrazarlo.

—Ha sido un día muy fructífero —dije al tiempo que lo besaba con

aparente indiferencia—. ¿Sabes lo que me ha dicho Claudia?

Él iba de un lado a otro como buscando algo sin prestarme demasiada atención.

—Que durante un tiempo he estado muy jodida y he proyectado en ti mis propios miedos.

Pareció encontrar por fin lo que buscaba.

—¿Me has oído?

—Sí.

—¿Y qué opinas?

—Durante un tiempo, no. Siempre.

—Ahora va a ser diferente.

—Diferente para ti.

—Diferente para los dos. Escucha, por absurdo que parezca, he comprendido algo que antes me pasaba desapercibido, como a muchas madres.

—Mario cogió la mochila y comenzó a meter los apuntes—. He comprendido que no eres mi niño sino una persona. Un adulto ya, capaz de manejarse en el mundo por sí mismo.

—Un poco tarde eso, ¿no?

Me miró por fin. Se había colgado un pequeño arito en la aleta de la nariz y emitía brillos cada vez que la luz de la ventana lo alcanzaba. Le quedaba fatal. Unas semanas atrás, le habría reprobado con saña semejante estupidez.

—Y ahora tienes que seguir jodiendo. No solo a mí. También a papá.

—Estar con tu padre formaba parte de todo. De mi malestar intrínseco.

—«Malestar intrínseco» —repitió.

—Sí. No es su culpa. Es culpa de todo en general. De cómo han montado esto, la manera artificial en que nuestros antepasados organizaron este mundo, al margen de la verdad. Pero le sigo queriendo y...

—Eh. No. No me des una chapa Disney. Chapa Disney, no, por favor. Lo que tenías que hacer según, tú, ya lo has hecho. Y se acabó.

—Estoy con otra persona. No es una relación seria, pero...

—No quiero saberlo.

—Te lo estoy contando porque quiero que lo sepas. Por si te dicen algo. Por si llega a tus oídos porque alguien lo dice por ahí.

—Alguien como quién.



—Como tu padre.

—¿Él lo sabe?

Asentí.

—Lo que me faltaba oír. —Cerró la mochila y se encaminó hacia la salida —. Tengo que irme.

—Pero lo entiendes, ¿verdad? No entenderlo sería egoísmo —dije al tiempo que cerraba la puerta.

«Egoísmo».

La palabra permaneció en la habitación mientras me ponía el vestido, y allí se quedó en cuanto marché en dirección al Westin, caminando para olvidar la conversación con Mario. Si deseaba sentirme feliz debía pensar en mí y en el presente. Y el presente era aquel paseo. Sin sujetador ni bragas. En busca de Rodri.

Comprobar la indiferencia que el trote de mis pechos provocaba en los viandantes me desanimó un poco. Aunque llegué casi diez minutos pronto, me estaba esperando en la puerta. De pie, con un gorrito rojo, unos vaqueros muy rotos, una camiseta también roja muy vieja o desgastada y unas *pisacacas* azules. Extendí los brazos para que comprobara la ausencia de sujetador. Hizo un gesto de aprobación.

Entramos por la puerta giratoria y dijo:

—Espérame aquí.

Me quedé en el *hall*, debajo de la inmensa lámpara de pedrería que colgaba ostentosa del techo, frente al espléndido jardín que por la noche había adquirido un halo de ensueño. Resultaba reconfortante. Como si al cruzar la puerta se hubieran estimulado de golpe mis sentidos. La música. Los aromas perfumados que casi podía paladear y la hermosa visión de las luces dispuestas entre las plantas. Rodri regresó al instante con una tarjeta.

—El regalo que te prometí.

Había reservado la *Suite Francis Montesinos*.

—Eso debe de costar un dineral.

—Entre semana no tanto. Y la ocasión merece la pena, ¿no te parece?

—Por supuesto.

Me miró otra vez al tiempo que me abrazaba.

—Además, dijiste que pagabas tú.

Nunca habría imaginado que el boato supusiera un aliciente adicional a la pasión. Esas escenas manidas en las que el millonario engatusa a una oficinista o a una cajera de supermercado llevándola por los lugares más lujosos de la ciudad, me parecían solo ficciones propias de película, pero cuando Rodri abrió la puerta e hizo el ademán paródico de subirme en brazos como si nos acabáramos de casar, aquel mosaico de colores y olores, la música encendida en alguna parte, me provocó una emoción cercana al llanto.

La *suite* se llamaba así porque el diseñador había decorado una de las paredes con un mural. Su mural. En el baño burbujeaba el *jacuzzi*. Había otro *jacuzzi* exterior en una discreta terraza. Y de nuevo esas proyecciones de luces multicolores sobre las paredes.

Rodri me dirigió hacia el hidromasaje y me zambulló vestida en el interior.

El agua ardía. En el inmenso espejo que ocupaba tres paredes, me vi reflejada con el vestido verde oscuro pegado al cuerpo, realzando mi silueta, el culo equino, los pechos con los pezones muy marcados. Hasta la negrura del sexo se presagiaba tras la tela.

Fuera de la bañera, Rodri comenzó a desvestirse con parsimonia, sin dejar de mirarme.

—No puedes imaginar cuánto me gustas. Pero no solo a mí. Pregunta a cualquier hombre de treinta años si se sentiría seducido por un cuerpo como el tuyo.

—Sí. Ahora salgo, con el vestido mojado y lo pregunto.

Se quitó la camiseta. Se desabrochó el pantalón y comprobé que no mentía cuando decía que lo excitaba.

Le pedí que entrara en la bañera.

—Espera —dijo—. Quiero seguir viéndote.

Pensé: «Es como un modelo». «Como uno de esos modelos que siempre me han vuelto loca. Depilado, exhibiéndose para mí, remoloneando, reflejado en todos los espejos».

—Si no entras ya, voy a salir a por ti.

Comenzó a acariciarse. Apoyó una mano en la pared de mármol a tres metros de distancia y dijo:

—Súbete el vestido.

Obedecí sin dejar de mirarlo.

—Más —dijo.

Apreté la tela de manera violenta, por encima de la cintura.

—Me encanta, Claudia. Date la vuelta, que te vea bien. Que te vea bien.

Me situé de espaldas. Con el vestido remangado hasta la cintura.

—Si no vienes voy a violarte —dije a la imagen de Rodri reflejada en el espejo.

—¿Te pusiste muy cachonda el otro día en el restaurante?

—Sabes que sí.

—Con el jovencito ejecutivo.

¿Necesitaba aquello para estimularse? ¿No era suficiente con lo que veía?

—¿Sabes lo que hizo después?

—Sé lo que tú imaginas.

—No. No es lo que imagino. Se corrió así, como me estoy corriendo yo.

¿Te gusta?

—Me gusta mucho. ¡Pero ven ya!

—Todo a su tiempo.

—Si me dejas hoy como el otro día, te cortaré eso que tienes en la mano.

—No te voy a dejar.

—Júramelo.

—No te voy a dejar nunca. Ya te lo dije. Pero quédate un poco más. Solo un poco. Cierra los ojos.

Lo pedía con tanto cariño que casi provocaba pena. Como tardé un poco, insistió:

—Vamos, cierra los ojos y piensa en él.

Los cerré.

—¿Estás pensando?

—Sí.

—¿Lo imaginas en su habitación?

—Lo imagino.

—¿Qué hace?

—Se ha bajado el pantalón y se está tocando.

—Cómo lo has puesto.

No supe si se trataba de una pregunta o una afirmación.

—Lo he puesto muy cachondo al pobre.

—Te encanta que te mire. —Esta vez la voz de Rodri sonó muy cerca. Me había rodeado por detrás y me lamía el lóbulo de la oreja.

—Me encanta.

Me sumergí en el agua y comenzó a mordirme la espalda.

—Te encanta el jovencito —insistió.

—Sí.

—Abre los ojos.

Los abrí y me retrae de inmediato en la bañera. Rodri me asió por la espalda. Por un momento pensé en escapar.

—Oh, Dios mío.

—Ahí lo tienes.

Se encontraba frente a nosotros, con la camisa blanca y la corbata con la que lo había conocido en el restaurante. Desnudo de cintura para abajo.

—Vamos. ¿No le vas a enseñar nada al pobre? ¿No ves cómo te lo está pidiendo con la mirada? ¿No ves todo lo que tiene entre las piernas y lo *enfermito* que se ha puesto?

No me había pasado desapercibido lo que el joven ejecutivo *tenía entre las piernas*, tal y como lo había definido Rodri.

—Esto es una locura.

Se trataba de la frase más desacertada. La que delataba mi melindre. ¿Acaso no parecía uno de mis sueños eróticos transformado en realidad? ¿Por qué temer las propias fantasías?

—Quítate el vestido... por favor —susurró el joven en una súplica casi infantil.

Me levanté. Cogí el vestido por la parte de la falda y tiré de él hacia arriba.

—¿Te gusta? —me susurró en el oído Rodri.

—Sí —dije.

El joven se había acercado y Rodri me giró la cabeza para que lo besara. Sabía a chicle de menta. Eso fue lo primero que pensé, y también que acariciaba los pechos con mucha delicadeza, como si tuviera miedo de romperlos. Rodri ejercía de maestro de ceremonias. Dirigió mi cabeza por el torso lampiño del joven. Le desanudó la corbata, le desabrochó la camisa.

Después, el joven me llevó a besos hasta la cama, me tumbó y me poseyó con una fiereza convulsa, sin detenerse hasta mi suspiro final.

Para entonces, Rodri había desaparecido y nos quedamos dormidos en la inmensidad de aquella cama. Cuando desperté, el joven se había convertido en un recuerdo del que solo quedaba el rastro de su aliento mentolado y su perfume impregnando las sábanas.

Rodri trajinaba por la habitación y, en cuanto se cercioró de que estaba despierta, se acostó a mi lado.

—Juraría que me he acostado con otro hombre.

—Lo has soñado.

—Pues ha sido un sueño delicioso. —Me desperecé y aproveché para recorrer mi piel desnuda, primero con la palma de la mano extendida, apenas sin tocarla, luego con los labios, tan suave que en ocasiones dudé si la rozaba.

—Te quiero —dijo.

Era lo último que esperaba. Me dejó inerte.

—Te quiero —repitió—, te quiero mucho, Claudia.

Y siguió acariciándome con una pausa que yo asociaba al amor.

—Yo también te quiero, Rodri. Mucho más de lo que puedes imaginar.

Me subí encima de él, de modo que nos quedamos mirándonos a los ojos, sin hablar, pero sin dejar de decirnos «te quiero».

Comenzó a moverse. Despacio. Muy despacio. Lo quise entonces más que a nadie en el mundo. Me pareció un ser excepcional caído de algún lugar ajeno a este mundo para salvarme. Deseé que no se marchara nunca. Que pasáramos el resto de nuestras vidas amándonos con aquella cadencia sin prisa, hasta que nos transformáramos en viejos artríticos, artrósicos, decrepitos, impedidos y siguiéramos moviéndonos, moviéndonos y moviéndonos sin detenernos.

## *Capítulo IX*

El romanticismo de Rodri higienizaba el recóndito pensamiento de que me estaba convirtiendo en una mujer sucia.

En pocos días nos escribimos muchos wasaps y, por mucho que me hubiera advertido Claudia, aquel fue el momento en el que perdí el control.

Quedé con él varias noches después, en una cafetería de Orriols. Hablamos. O, mejor dicho, hablé. Yo sola. Sentí la necesidad de contarle cosas mías, cómo se había deteriorado la relación con Mario. Que se encerraba en su cuarto a menudo. Aporreaba el teclado a menudo. Hablaba por teléfono a menudo, se sentaba en el sofá muy pocas veces y apenas coincidíamos en las frases de rutina.

Rodri enarcó las cejas y me cogió de la mano. Le dije:

—No te interesa.

—Solo me interesas tú.

—Pero no podemos permanecer al margen de lo que nos rodea. No sé nada de ti. Solo que tienes una academia con tu socia, y pintas muy bien. Ni siquiera sé si tienes hermanos.

—¿Y para qué quieres saber tú si tengo hermanos?

—Pues para conocerte un poco, por ejemplo.

—Claudia, ¿de verdad crees que puedes conocerme cuando sepas si tengo hermanos?

Cada vez que me llamaba Claudia sentía la tentación de confesar mi verdadero nombre. Escuchar cómo sonaba «Sara» en sus labios.

—No creo que haga falta que nos jodamos la vida mutuamente. Eso no es el amor. El amor es dar al otro lo que desea y no contarse los problemas. Para

eso ya están los psicólogos. —Se quedó mirándome un instante antes de añadir —: Te voy a llevar a un sitio muy especial.

El sitio *muy especial* era un antro más o menos oscuro en la confluencia entre los antiguos arrabales y la nueva zona de ricos que había comenzado a edificarse en la época de la especulación inmobiliaria. Al local se accedía por una puerta roja y morada custodiada por un guardia de seguridad amenazante.

—Qué es esto.

Ya presumía lo que era. Un local de intercambios. Rodri me apretó la mano y volvió a susurrarme al oído que me quería. Después dijo que dentro existían una serie de normas.

—¿Normas?

—No vas a hacer nada que no quieras. —Me recordó a los consejos de Claudia—. Si solo te apetece mirar, miras. Si quieres participar, participas. — Esperé a que prosiguiera—. Cuando alguien pasa junto a ti y te desea, te roza con el envés de la mano. Si te gusta, respondes. Si no te gusta, te vas. Así de sencillo.

No me sentía muy predispuesta. En anteriores ocasiones, él había conseguido ir aumentando mi ansia paulatinamente hasta excitarme, pero allí, la puerta, el guardia, imaginar lo que encontraría dentro, tan impersonal, tan vacío...

—Yo estaré todo el tiempo a tu lado.

Me habría encantado decirle que prefería ir a su casa. Dormir abrazados hasta la mañana siguiente. Solo eso. ¡Deseaba tanto seguir en el *modo romántico* de los últimos días!

—Vas a ser la sensación —dijo encaminándose hacia la entrada—. Ya verás.

El guardia de seguridad sonrió afablemente y asintió con un «buenas noches», muy familiar. Entramos. En la guardarropía, una mujer de pelo rojo tintineaba las pulseras cada vez que movía el brazo para repetir las normas que Rodri había anticipado. Nos las dio por escrito. Diez, aunque, como los mandamientos, también se resumían en una: Tratarás al prójimo con el respeto que esperas hacia ti mismo.

Nos preguntó si queríamos máscara o antifaz. Rodri dijo que máscara y la mujer metió la mano debajo del mostrador y las sacó.

Eran muy teatrales. La tragedia y la comedia. El actor que ríe y el que llora. Cogí la del actor que lloraba, más que nada porque prefería ver a Rodri con la risueña.

—Si queréis podéis pasar a la sala para desnudaros. —Señaló una puerta blanca—. Luego me traéis la ropa.

Rodri me miró como esperando que contestara.

—Mejor —dije, y entramos en la sala, un espacio muy pequeño con unas perchas y unos bancos adosados a la pared.

Empezamos a desnudarnos en silencio.

—¿Has venido más veces?

Hizo un ademán alzando un hombro.

—Cada sitio es distinto. Con sus particularidades. Eso es lo bueno. La variedad.

—¿Y no te parece mecánico y frío?

—Me encanta lo mecánico y frío. —Se acercó y comenzó a masajearme el cuello—. Luego, en verdad, no es tan mecánico ni tan frío. Pero relájate. Recuerda que si solo quieres mirar, miras y ya está.

Nos habíamos quitado la ropa y los dos de pie y desnudos parecíamos ridículos. Como en la sala de un hospital esperando a que nos operasen o algo parecido.

Salimos y entregamos la ropa. La chica señaló al frente. Nos adentramos por un pasillo que culminaba en unas cortinas que Rodri apartó.



—Bienvenida al paraíso —dijo.

Se trataba de una sala escasamente alumbrada, con una barra de bar en uno de los laterales y una pequeña pista de baile. Habría unas doce o catorce personas, no más, la mayoría a cara descubierta, mayores que yo. Al menos los hombres.

Salvo dos chicas latinas de unos treinta años, resultaba obvio que el resto de la gente no se preocupaba demasiado por el *culto al cuerpo*. Ni ellos ni ellas.

Rodri señaló hacia la barra y me preguntó qué deseaba tomar. Pronto se acercó una pareja de sesentones. Él, alto, con el pecho cubierto de canas y un miembro larguirucho, me acarició el brazo con el envés y yo negué con la cabeza.

El hombre susurró: «A la próxima», y se retiraron de nuevo al otro extremo de la sala, donde habían empezado a bailar dos parejas.

Poco después llegó un cincuentón calvo con panza de embarazado junto a la joven más atractiva.

Me tocó el antebrazo y volví a retraerme.

Se marcharon en silencio.

—¿No te gusta nadie? —preguntó Rodri, acodado en la barra.

No. Tampoco me estimulaba aquel ambiente rancio y artificial.

—De momento, por lo que veo, no son muy atractivos que digamos.

Se giró con indiferencia.

—A mí hay una que me gusta mucho.

—Ya sé quién es —dije mirando a una de las treintañeras.

Rodri señaló hacia el fondo, donde había una sesentona rubia platino, de pelo corto, nariz larga y carnes prietas, aunque le sobraban al menos quince kilos. Pensé que se estaba mofando.

—¿Te gustaría verme?

No supe qué responder. Me cogió de la mano y se dirigió con paso decidido hacia el otro extremo de la sala. Cruzamos por la pista de baile. Se

acercó a la rubia platino y la rozó con el antebrazo. Ella sonrió, le dio la mano y entraron en otra sala velada por unas sencillas cortinas tras las cuales se extendía un sofá de muchos módulos en forma de «U» donde dos parejas se manoseaban sin orden.

Antes de buscar acomodo en el espacio libre, Rodri y la mujer rubia comenzaron a besarse.

—Me gustas mucho —dijo él.

Ella lo empujó y Rodri se dejó caer en el sofá con cierto histrionismo, los brazos abiertos, como esperando que se lanzara. Se amaron con estruendo después de que ella lo devorara de arriba abajo, mientras las parejas de al lado gimoteaban en un carrusel de movimientos que formaban parte de la trama del sexo. Las luces mortecinas. El olor a orgasmo y perfume trasnochado. El tacto de terciopelo. Las miradas cruzadas entre las parejas. También yo formaba parte. Del deseo. De las miradas. Sobre todo, las de Rodri.

Incitándome.

Hice lo que esperaban de mí. Apoyé la espalda en el respaldo, abrí las piernas y dejé que miraran. El objeto principal del deseo. No solo de Rodri. No solo de los otros dos hombres. También de ellas.

Me sentí la pasión prohibida, la mujer que les negaría el antebrazo por muchas veces que la rozaran.

Las parejas se rompieron. Ya no percibí que se citaran con el consabido roce de antebrazos. Uno de los hombres besó a la rubia platino, y la mujer que iba con él a Rodri y la otra pareja se unió a ellos y se formó un grupo en el que aprecié cierto orden dentro del caos, como si cada cual conociera de antemano el papel que le correspondía y la obligación de no perderme de vista.

Cuando salimos habían pasado casi cuatro horas. El contacto con la realidad me provocó un escalofrío. Rodri se echó el pelo hacia atrás y dijo:

—¿Te das cuenta? Has conseguido manejar tú solita el erotismo para hacernos gozar a todos.

En el fondo pensé que decía la verdad. Que no se trataba de alabanzas injustificadas.

—Bromeas.

—Sabes que no. —Me cogió por los hombros—. Nunca he conocido a alguien como tú.

Me reí.

—Yo sí que no he conocido a nadie como tú.

Se alejó para mirarme. Tan guapo con la media barba, los oscuros ojos brillando, el aspecto de satisfacción plena y la sonrisa.

—Y lo malo es que no tenemos futuro. Los dos lo sabemos, Rodri.

—¿Futuro? Disfrutemos del «ahora».

«Disfrutemos», pensé. Y me cogió las manos antes de decir:

—No arruinemos el presente.

## *Capítulo X*

La tarde siguiente me envió un mensaje:

«paso a recogerte por donde me digas».

«¿Ahora?».

«pq no?».

«No sé. No lo había pensadoooo».

«te lo tienes que pensar mucho  
para quedar conmigo?».

No me lo debía pensar mucho. Y una hora después Rodri aguardaba en el Puente de San José con el coche en marcha encima de la acera. Un Audi pequeño, bastante nuevo.

—Dónde vamos.

—Lo verás enseguida.

Nos adentramos en varias calles antes de tomar el río en dirección al sur.

—¿Es una sorpresa también?

Estuvo un tiempo en silencio, sin apartar la vista al frente, hasta que se giró.

—Me dijiste que nunca te habías corrido en un coche.

—¿Eso dije?

—Sí.

—No sé. Es posible. Empiezo a perder la memoria de...

—Ahora tienes la oportunidad. Anochece. Apenas hay coches circulando, vamos a entrar en la autovía dentro de un rato...

—¿Vamos a entrar en la autovía? Me estoy empezando a asustar.

—¿Por qué? Conduzco muy bien.

—Sí. Pero no me puedo creer que hayas sacado el coche solo para esto.

—Bueno. ¿Y por qué no? Estaba en casa y he pensado: La pobre nunca se ha tocado en un coche, le hará tanta ilusión...

—Me haría más ilusión que lo hicieras tú.

—¿Yo?

—Sí.

—No me parece mala idea. Pero eso aumentará las probabilidades de que nos estrellemos.

—Me excita el peligro.

—Eres como yo —dijo—. Por mucho que intentes disimular.

No entendí exactamente lo que pretendía decir con «disimular». Me puse cómoda y metí la mano por debajo de la falda dispuesta a complacerlo. Le coloqué el tanga en la cabeza.

Entonces me pareció muy gracioso. Rodri conduciendo por las calles de Valencia con mi tanga rojo en la cabeza. Me quité el sujetador y se lo colgué de los hombros.

Nos detuvimos en el semáforo y se puso el sujetador en los ojos.

—Si condujera así, y tú me indicaras, sería mucho más divertido.

—No vamos a hacer eso.

—¿Te provocaría?

—Nos mataríamos o mataríamos a alguien. —Le retiré el sujetador de la cara—. Así que ya puedes cumplir con tu parte y tócame.

—¿Sin que te quites el vestido?

—Si me lo quito, cariño, nos detendrán. Y no podremos ultimar nuestra fantasía.

—Ummmm. Sería divertido que nos detuvieran. Seguir las caricias en el coche patrulla... ¿Te gustan los policías? —preguntó riéndose mientras me acariciaba la pierna. Recuerdo que estaba un poco frío. Cruzamos frente a la Ciudad de las Ciencias, entramos en el túnel hacia la autovía. Seguía conduciendo con la mano izquierda.

—Te diré lo que haremos —dijo—. Tú llevas el volante y yo te devoro.

—Claro —asentí pensando que se trataba de otra broma, como lo de los policías, pero dijo:

—Es muy fácil. —Y con una sonrisa maquiavélica, añadió—: Continúa todo recto.

Soltó las manos del volante y por inercia, yo lo tomé. Introdujo la cabeza entre mis piernas.

—Qué haces, para. Para Humberto, por favor. Para. Para.

—No me llamo Humberto —dijo sin incorporarse.

Yo intentaba mantener derecho el rumbo.

—Rodri... Más despacio, por favor.

—¿Más despacio mi lengua o el coche?

Apretó el acelerador. De tanto en tanto, se retiraba para mirarme desde abajo con aquella cara de cabrón que habría doblegado hasta a la mujer más casta.

No podía dejarme vencer por el orgasmo. Estirar los brazos. Cerrar los ojos. Retorcerme. No mientras tuviera el volante entre las manos.

—Rodri, por favor. Para. Nos vamos a matar. Nos vamos a matar. Nos vamos a matar. Nos vamos a matar.

Nos vamos a matar. Nos vamos a matar. Nos vamos a matar... Parecía ese sueño en el que remaba contracorriente en un río, cada vez con más energía, hasta que saltaba de la cama, empapada de sudor, pero despierta, antes de precipitarme en el vacío de la catarata.

Y la catarata quedaba tan cerca... tan cerca, conmigo despierta. Sentí el vacío bajo los pies. El vértigo de la caída. No resultaba tan aterrador como placentero.

Grité. Me temblaron los brazos. Aferré el volante. El coche dio un pequeño bandazo y Rodri me remató mordiéndome.

Se levantó después para tomar de nuevo las riendas del vehículo. Dijo:

—Descansa.

Cerré los ojos. Y creo que lloré. Que me reí al mismo tiempo. Lo siguiente que recuerdo es que estábamos en la rotonda de la Albufera. Rodri conducía. La melena despeinada, concentrado en la carretera. Me recompuse el vestido. Pensé en decir algo así como «Estás loco y me encantas» o alguna frase de la

Sara mojigata, pero preferí el silencio. El silencio resultaba más elocuente.

Nos adentramos por la carretera del bosque del Saler, rodeados de pinos a ambos lados. «Ha llegado tu turno», me dije. No sé si Rodri lo estaba esperando. Supongo que sí porque se anticipaba siempre a los hechos. Habría imaginado que toda aquella escena de la conducción y del peligro, concluía con la acción inversa. Él conduciendo y yo arrancándole el placer, porque en el momento en que me agaché, se bajó el pantalón con una rapidez inusitada y comenzó a restregarme el sexo por la cara, fustigándome en las mejillas y en los labios. Apenas me dio tiempo a morderlo. Eyaculó con dos espasmos y el semen salió proyectado hacia el volante.

Entonces detuvo el vehículo.

Y con una naturalidad impropia del momento, dijo:

—Hemos llegado.

Había anochecido por completo. Al otro lado de las ventanillas se adivinaban sombras de árboles y arbustos. La tupida vegetación y un camino que se perdía en la oscuridad.

—¿Se puede saber qué es esto?

—El Mirador.

—¿El Mirador? —No había vista alguna. Me peinó con la mano—. ¿Qué hacemos aquí? —Comenzaba a vislumbrar la respuesta. No hacía falta ser muy lista para imaginarla. Pero más semejaba una secuencia de terror que un juego erótico. Entrecerré los ojos intentando descubrir algo en la negrura.

Habría querido preguntarle qué le excitaba de aquello. Me acariciaba muy despacito, los labios, los pómulos, con delicadeza, como consciente de que nos estaban mirando. Pero fuera solo existía oscuridad.

—Déjate llevar.

Continuaba con el ritual. Eso pensé. Seguía un protocolo. En el fondo, sus juegos sin límites también estaban sujetos a unas normas escritas o tácitas. Como el matrimonio o la maternidad. Como todo. Nadie escapaba del imperio de las normas.

Un débil resplandor rompió la negrura y me sobresalté. Rodri me cogió la mano.

—Rodri...

Al otro lado de la ventanilla alguien había encendido un mechero. No podía distinguirlo bien porque solo veía la llama tras la cual oscilaba un rostro simiesco.

Rodri comenzó a manosearme por debajo del vestido y luego lo retiró. Pronto apareció otro rostro, cuyas facciones se deformaron al pegarse al cristal. Él, imperturbable, seguía con el rito.

Otro mechero se encendió afuera y aprecié las siluetas de los hombres entre las sombras, de pie, como un ejército de zombis.

—Quiero que nos marchemos.

—...

—Por favor, Rodri. Quiero salir de aquí. Me estoy, me estoy agobiando. Me estoy agobiando mucho.

—Si nos vamos ahora no les va a hacer gracia.

—¿Y cómo termina esto?

—Termina como queramos.

—No me parece excitante.

—Porque, como siempre, el miedo no te permite disfrutar. —Me cogió del brazo—. Pero si consigues, si consigues combinar el placer y el miedo, llegarás a lugares que nunca has imaginado.

No sentía solo miedo. Me daba asco también. Pero eso, por supuesto, no se lo confesé. Ni siquiera en aquel momento, porque sabía que, para Rodri, los juegos constituían su religión, la manera de explorar los rincones de la vida en busca de algo mejor, y yo me había vuelto un poco imbécil.

—Es que no sé si voy a poder.

Encendió la luz interior del vehículo. Me dijo:

—Abre la guantera y saca una bolsa que hay dentro.

Se trataba de una bolsa de plástico.

—Para qué.

—Siempre la llevo. Reducir el oxígeno, aumenta el gozo.

—No pienso ponerme eso.

—Disfruta del momento. ¿Recuerdas? Yo me la pondré. Sube encima de mí



y disfruta del momento. Del momento.

Me tomó por los hombros y me encaramó sobre sus piernas.

—Del momento, Claudia —repitió.

Cerré los ojos e intenté extraer el residuo erótico de la escena. Me llegó la expresión de ese modo: el «residuo erótico». Sus manos desnudándome para que me vieran, su incansable lengua, el recuerdo de lo que había sucedido en el viaje. Al principio permanecí con los ojos cerrados. Luego los abrí para mirar, cada vez más osada, los rostros pegados al cristal, deformados, en contraste con la seguridad de Rodri, su voz: «Lo estás haciendo muy bien, cariño. Muy bien, ¿ves?, Claudia. Muy bien». Me sentí protegida en la frágil burbuja que conformaba el vehículo.

Aquellos desechos circenses babeaban deseo en las ventanillas mientras yo me mostraba. Podía abrir la puerta y permitir que me tocaran. Pero no quería. Solo deseaba provocarlos. Que se deshidrataran masturbándose. Que llegaran a casa y arremetieran contra sus mujeres pensando en mí. En mí. En mí.

—En mí, Rodri, en mí.

En mí.

Como si nunca hubieran existido, cuando Rodri encendió el motor y las luces, los mirones espectrales se habían esfumado y solo quedaba de ellos la estela del recuerdo. Como en un sueño.

Salimos de las carreteras accesorias hasta la principal. No lo había defraudado. Y eso me hacía feliz. Me acordé de Mario, cuando se ilusionaba al superar una prueba en el videojuego y pasaba a la siguiente pantalla. Me había ganado el derecho a continuar. Aunque, la verdad, no podía imaginar cuál sería la pantalla siguiente. Quizá el gran premio que esperaba consistiera en un poco de estabilidad en aquella vorágine.

Rodri me explicó que había asistido al sexo salvaje en contraposición al sexo domesticado del *swinger* y aunque no comprendí muy bien lo que pretendía transmitir, tuve la certeza de que no quedaba mucho terreno por

explorar.

—Nunca pensé que pudiera haber tanta gente ahí agazapada, un jueves por la noche esperando. ¿Y si no llegamos a venir?

—Siempre hay alguien.

Intenté visualizar la escena. Cuatro o cinco coches y la gente emergiendo de los arbustos entre la oscuridad.

—¿Qué habría pasado si hubiera bajado?

—Como mínimo, te habrían manchado.

—¡Va! En serio, qué habría pasado.

—Lo que tú hubieras querido. No son monstruos. Son personas corrientes. Ciudadanos. A veces la gente olvida eso.

Ciudadanos. Me costaba despegarles la etiqueta de depravados que les colgaba la sociedad, y yo por añadidura.

Y me costaba, más aún, asimilar que podían encontrarse en cualquier parte. Ser cualquier persona. El dependiente de la tienda. El marido de mi amiga Ana. El endocrino. El mejor amigo de Humberto. El profesor de Mario...

Entramos en la autovía.

—¿Te apetece un café o una cerveza sin sexo, Rodri?

—¿Por qué sin sexo?

—Porque alguna vez estaría bien que habláramos y nos conociéramos un poco más.

—Nos estamos conociendo.

—Solo una parte de nosotros.

—La parte.

—La parte. Para ti solo existe esa parte.

—Todo lo demás es impostura.

—El amor no es impostura.

—Qué amor.

—El amor hacia los hijos, por ejemplo. Me cuesta encontrar algo más auténtico.

—No tengo hijos. No te puedo decir.

—Pues ya hemos encontrado una cosa en la que tengo más experiencia que tú.

—Una experiencia que no me sirve, porque jamás voy a tener hijos.

—Eso no lo sabes.

—Sí. Sí lo sé.

—¿Y no te parece una postura egoísta?

—Ey, ey, ey... ¿qué es esto, Claudia?, ¿un test de personalidad?

—Solo quería conocer tu opinión.

—¿Y para qué narices quieres saber mi opinión?

—Porque no sabemos nada el uno del otro.

—Así no esperarás nada y nunca te sentirás defraudada.

Lo único que puedes esperar es lo que te muestro. Y lo que te muestro te gusta, ¿no?

—¿Y qué hay debajo de eso?

—Lo que haya o no haya da igual porque no lo verás nunca. Y nunca es nunca. Así que ningún problema.

—Pero a veces pienso que todo es superficial.

—Superficial —repitió—. Me encanta la palabra superficial. Lleva aparejada tan poco compromiso...

Encendió la radio. Llevaba un USB con canciones y apretó varias teclas antes de que sonara una canción.

Se giró y me acarició la cara.

—Me encanta Miss Li. Y esta canción, *Dirty Old Man*. Y tú, Claudia. De verdad. Nunca me he colgado tanto por una mujer. Eso es bastante, ¿no?

Bajé la voz de la música.

—Es mucho. Solo que me gustaría que me contaras las *superficiales* cosas cotidianas.

—Las superficiales cosas cotidianas... Trabajo dando clases de pintura y de escultura a un montón de gente de manos y cabeza atrofiadas para el arte, pinto cada vez menos y cada vez peor.

—Háblame de Nat.

—Qué.

—Háblame de tu socia. Nunca me has hablado de ella.

—¿Para qué quieres saber tú de...?

—No sé. Tengo curiosidad.

—¿Te gustaría que participara?

—¿Qué? ¡No!

—Se lo puedo pedir, aunque te advierto que...

—No. Te he dicho que no.

—... que está liada con el hijo de tu amiga.

—¿Cómo?

—Con el hijo de tu amiga. Está liada con él. Ya te dije que os gustan los jóvenes.

—Pero si es un niño.

—No tan niño por lo que dice Nat.

—Un niño que dejará cuando se canse.

—Eso como todos. Todos nos deberíamos dejar cuando nos cansamos. Lo que sucede es que aún existe gente, mucha gente, que resiste. Resiste no sé por qué.

## *Capítulo XI*

Al día siguiente, Humberto me envió un mensaje al móvil. Me abordó un sentimiento de tristeza o una rara nostalgia al ver que regresaba a la carga en su peor versión.

«Hola, *femme fatale*,  
¿Nos vemos esta noche en *La Infanta*?».

Releí el wasap varias veces. Aquello sonaba a casposa estrategia con su hermana Reme y tecleé varios mensajes que no llegué a enviar hasta que respondí:

«Humberto...».

«Ya sé que soy un *pesao*, pero solo quería decirte que voy asumiendo mi nueva situación y que aún sigo teniendo ganas de verte. Como amigos. Como tú decías. Amigos para siempre».

«Amigos para siempre». Lo fui repitiendo mientras me cambiaba. «Amigos para siempre». ¿Sería posible que fuéramos amigos para siempre? El móvil parpadeó de nuevo. Esta vez se trataba de Rodri.

«tienes ordenador?».

«Claro».

«con cámara?».

«no lo sé. ¿Qué narices se te está ocurriendo ahora?»

«fíjate en la pantalla, si lleva un orificio redondo arriba».

Fui al cuarto de Mario. La pantalla estaba encendida. En los laterales había pegadas muchas notas con papel adhesivo amarillo. Y entre las notas, arriba en el centro, el orificio descrito por Rodri.

«Tengo».

«conéctate a skype».

«No sé».

«es muy fácil, solo tienes que buscar el icono, si te conectas verás algo que te va a sorprender».

Comencé a impacientarme. Moví el ratón. Un galimatías de pequeños símbolos ocupaba la totalidad de la pantalla.

«Es verde», escribió Rodri.

«Verde», repetí virando de un lado a otro. Ví «Microsoft Excel». Después «Spotify» y estuve a punto de pincharlo. Deprisa, porque Mario no tardaría en llegar.

Al fin lo encontré: «Skype».

«Marca este número» —dijo. Y me envió un código que apunté precipitadamente. Lo marqué y poco después Rodri apareció en la pantalla, sentado en una silla de ordenador, desnudo de cintura para arriba salvo por una corbata roja. Llevaba un ramo de flores en la mano.

Fui a escribir que había sido una maravillosa sorpresa cuando escuché su voz por el altavoz.

—No hace falta que escribas. También se oye.

—Lo último que esperaba es un regalo como este.

—Te lo daré personalmente.

—¿Cuándo?

—Antes de que se mustien.

—Cuándo —insistí.

—¿Mañana? Paso a recogerte. Iré en coche. Dime dónde. Iba a responder que de nuevo en el Puente de San José, cuando escuché el inconfundible sonido de la puerta.

Mario acababa de llegar.

Apagué el ordenador y al instante entró. Se había cortado el pelo casi al cero. Pero no me dio tiempo a preguntar, porque dijo mirando a un lado y a otro:

—¿Qué haces aquí?

—No estaba haciendo nada.

—¿Nada? —Se acercó—. ¿Nada? Me has apagado el ordenador.

—Yo no lo he apagado.

—Qué estabas mirando.

—No estaba mirando nada. Te lo juro.

—Te lo juro... ¿No decías que ya lo habías superado? ¿Ya habías superado la puta manía de entrometerte en mi vida? —Tiró las llaves sobre la cama—. Pues vaya mierda de superación. Cada vez vas a peor. A peor. —Le temblaban las manos mientras lo encendía—. ¿Se puede saber qué estás buscando?

—Mira, Mario. No estaba buscando nada. Estaba hablando con un amigo.

—Hablando con un amigo.

—Por Skype.

Me miró.

—Hostia...

—No quería que te enteraras.

—Te habías enchufado al Skype en mi ordenador para hablar con *tu*

*amigo.*

—No hay otro ordenador en la casa.

Golpeó la mesa.

—Pues compra uno. Pero no vengas tocando mis cosas. Yo no me meto en tus cosas. Tú no te metes en las mías. ¿Vale?

—No estaba metiéndome en tus cosas. Solo estaba hablando. Nada más. Y no puede ser que te tenga miedo.

—¿Miedo? Yo sí que te tengo miedo.

Salí, cerré la puerta de un portazo y me eché a llorar en el sofá. No quería llorar. Pero no conseguí evitarlo. Me alegró entonces haberme masturbado en un restaurante, haber follado en un retrete de minusválidos, haberme liado con un desconocido en una *suite* de lujo, me alegré de haber ido al *swinger*, al Mirador. Me alegré mucho de romper con aquella sociedad injusta donde un niño que lo había tenido todo y por quien había dado la vida, podía gritarme de ese modo, reclamando los derechos de propiedad de SU ordenador, aunque no hubiera trabajado en la vida. Me alegré de cagarme en tanta hipocresía, de constatar la idoneidad del modelo de vida sin problemas ni ataduras que promulgaba Rodri, pero seguí llorando toda la tarde. Y solo me recompuse un poco mientras me pintaba, casi por obligación, para acudir a la cita nocturna con Humberto.

Cuando lo vi junto a sus dos *gin-tonic*, suspirando porque yo había llegado muy, muy, muy tarde, supe que podía hacer con él lo que quisiera.

Aunque debo confesar que, al principio, me costó comprender la estrategia que había preparado para aquella ocasión porque me asaltó con una frase insólita.

—¿Te das cuenta de que nuestro instinto de supervivencia es tan fuerte que las decisiones que tomamos a lo largo de la vida se orientan por lo que nos aleja más de la muerte?

Si pretendía sorprenderme, lo había conseguido.

—¿Has venido metafísico, poeta o cómo has venido?



—He venido en taxi.

¡El humor! ¿Reme le había dicho que me sorprendiera y me hiciera reír? El humor siempre funciona, pero, la verdad, Humberto solo conseguía ser un poco gracioso, solo un poco, cuando no lo pretendía. Así que se trataba de una estrategia condenada al fracaso pues fallaba el actor principal.

—Estaba dándole vueltas a eso antes de que vinieras y ahora cuando has preguntado... pues me has dejado a huevo lo de «en taxi» —explicó, lo que convertía la gracia en *aún más irritante*.

Deseé quitarle la impostura de súbito. Después, se lo contaría a Rodri. Detalle a detalle. Me hacía ilusión regalarle una aventura de verdad.

—Yo no he venido en taxi. He venido en tanga.

Humberto se removió en la silla.

—¡Ah! ¿No me das más información? ¿Color, encaje...?

Me seducía introducirlo en los tortuosos caminos que Rodri desbrozaba para mí. Para nosotros. Me agradó la idea: no solo era mi *sherpa*, también el de nuestro matrimonio. Había llegado de un lugar remoto para salvarnos en serio, no con la *moderne* que nos habría hundido aún más.

—Di —insistió—, ¿es rojo también?

—Compruébalo tú.

¿Y qué hizo? Al más puro estilo Lewis o Sellers en alguna de esas comedias vacuas con tropezones que le encantaban y que yo nunca he podido soportar, tiró el posavasos al suelo y agachó la cabeza. Abrí las piernas.

Cuando alzó la cabeza, enardecido y despeinado, abrió los ojos como si hubiera visto algo maravilloso e ignoto pese a la oscuridad del local. Y dijo «joder», porque el taco formaba parte del atrezzo necesario para completar la escena. Cogió mi posavasos, como otra de sus geniales ocurrencias, y lo echó también al suelo.

Por debajo de la mesa trasteó como un colegial. Cuando alcé la vista, descubrí tras la barra a la misma chica de siempre, mirando y sin mirar, mientras abrillantaba con un trapo las copas. La camiseta negra dejaba al descubierto los hombros llenos de abalorios y la imaginé en el *swinger*. Conmigo, con Rodri. Conmigo, con Humberto. Imaginé a mi marido o mi ex marido o lo que fuera echando posavasos al suelo para verle las bragas, para morirse de gusto viéndole las bragas, y a mí retirándolas a un lado para

mostrarle su pubis depilado.

—¿No vas a hacer nada?

Me encantó que respondiera, tan novato:

—¿Qué quieres que haga?

No lo dijo con ironía ni envalentonado, sino con ese candor aprehendido durante años en el que no cabe un acto como el que le pedí a continuación:

—Muérdeme.

Su canosa cabellera regresó a la superficie de la mesa. Sonreía autocomplacido como si hubiera conseguido conquistarme con unas cuantas palabras raras.

—¿No vas a morderme?

—Pues claro que voy a morderte. Voy a morderte y no dejaré ni los huesecillos. Ahora mismo pago y nos vamos a la habitación de...

—No. No. No. No lo entiendes. Quiero que me muerdas aquí.

Se subió las gafas con dos dedos y miró a la chica tras la barra. Me encantó que la mirara. Volví a imaginarlo alargando el brazo para acariciarla, para romper con años y años de hipocresía.

—Nos verán.

—Este es nuestro sitio. Nuestro lugar de reconciliaciones. ¿Por qué habrías de morderme en otro sitio?

—Estaremos más cómodos. Te lo aseguro.

Me acerqué a él. Creo que lo cogí por el gaznate.

—Humberto: aquí, o no me muerdes.

Sentí cómo se azoraba. Casi podía escuchar su corazón acelerado tras el pecho. El temblor de las manos. El leve cosquilleo en el estómago. ¡Conocía tan bien aquellos síntomas! Imaginé su miembro gordezuelo y corto desperezándose asustado debajo del calzoncillo. Allí estaba la barrera, y había que saltarla para entrar en el delicioso mundo de lo prohibido.

—Vamos, ¿te estás haciendo de rogar?

Suspiró.

—Hostia. Qué ganas tienes, ¿no?

Tenía ganas. Muchas. Ganas de que gozara. Como yo había gozado. Ganas de que experimentara lo que yo había experimentado. Ganas de verlo desde mi suprema posición, derritiéndose por mí. Ganas de sentir su placer. De

escuchar sus gemidos. De verlo feliz. De romper la barrera. Ganas de sentirme Rodri.

—Baja.

Ya no había más posavasos que tirar. Humberto se giró hacia la barra con el disimulo que lo caracterizaba y no me cupo duda de que la chica supo al instante lo que pretendía.

—¿La ves?

—¿Tú qué crees? Y ella también nos ve.

—¿Te gusta?

—Me gustas tú.

—No. No te he preguntado por mí. Te he preguntado por ella. Te he preguntado si te gusta ella.

—Pero Sara...

—¿Te gusta?

—No está mal.

—No está mal... está muy buena. Muy buena.

—Sí.

—Pues entonces mírala y repite: está muy buena.

—Está muy buena.

—Me encantaría follármela.

—...

—¡Vamos!

—Me encantaría follármela.

—Y comértela.

—Comérmela.

—Comértela como me vas a comer a mí.

Asintió. Estaba rojo, muy rojo, e intercambiaba miradas rápidas entre ella y yo. Como si hubiera perdido el juicio. Se quitó las gafas y, con una lentitud impropia del frenético estado que aparentaba, se perdió debajo de la mesa. Tardé un tiempo en notar sus dedos torpes retirando la goma del tanga y su viscosa lengua empapándome.

Agaché la cabeza y dije.

—Piensa que es ella.

En la barra, la chica había desaparecido. Pero desde su posición,

Humberto no podía darse cuenta.

—¿Lo imaginas?

Me mordió con más fiereza. Su modo de responder que sí. Y lo imaginé entre las piernas de la chica, con ese rostro desorientado de cuando lo sacaban de su odioso orden.

Se retiró de súbito, como si le hubiera asaltado una horrorosa visión o hubiera comprendido lo que estaba haciendo. En la superficie, boqueó en busca de oxígeno.

—Nos hemos vuelto locos.

—Lo ha visto todo, Humberto. ¿Y sabes lo que estará haciendo? ¿Lo imaginas, Humberto? Estará en el baño, soñando que te la estás tirando.

Cogió el *gin-tonic*. Se disponía a beber cuando se acercó un chico guapo con el pelo largo, también con camiseta negra y dijo.

—Perdón —Y lo señaló—. ¿Podríamos hablar un momento?

Humberto asintió con el rostro ensombrecido por la vergüenza. Me entraron ganas de reír. No solo de reír al apreciar su cómico apuro, sino de reír al comprobar que yo no sentía nada. Que no me importaba en absoluto lo que pudieran decirnos. Humberto apareció poco después, con el semblante desencajado. Recogió la chaqueta sin mirarme, dijo muy flojito:

—Nos echan.

Salimos a la plaza. Le cogí la mano y dije:

—¿Aún estás a cien?

—¿Tú qué crees?

Alcé el brazo para dar el alto a un taxi.

—¿Qué haces? ¿Dónde vamos?

—Te voy a enseñar un sitio muy especial.

Al principio, Humberto se negó a entrar al *swinger*. Con las mismas reticencias con las que yo había dicho a Rodri: que no le apetecía mezclarse entre la gente y que todo aquello le parecía muy frío.

Incluso dijo que ya no estaba a cien. Me recordó tanto a la Sara miedosa y

mojigata que se había resistido levemente a la proposición de Rodri, que, de súbito, me pareció que lo quería más. Me atraía protegerlo, el poder sobre su desvalimiento, mostrar lo que yo había sido capaz de hacer sin él.

Aunque quién sabe. A veces pienso que uno de esos múltiples «yos» en mi interior aún solicitaba su aprobación, como si yo no fuera capaz de obtener el título de *libre total* sin que él me diera el diploma. Necesitaba verlo, *pecando*, para redimirme yo.

Cruzamos la puerta del local y se repitió el protocolo de máscaras, antifaces y normas.

—No tienes que hacer nada que no quieras —le dije—. Yo siempre estaré a tu lado.

—¿Has venido muchas veces? —Y en sus ojos solo quedaba tristeza.

Entramos en la sala. Nos acogió una música apenas perceptible. Señalé hacia la barra y pedimos otro par de *gin-tonic*. Humberto se quedó mirando a una pareja que bailaban abrazados en medio de la pequeña pista. Él era mucho más joven que ella. Frente a ambos, en los sofás, un hombre de su edad acariciaba a discreción el muslo de una muchacha. Y unos metros a la derecha, dos mujeres se besaban sin demasiada pasión.

—¿Qué es lo que te atrae de todo esto?

Su desidia cambiaba mi percepción del lugar. Y por un instante sentí que me estaba equivocando. Aquel camino solo nos llevaría a un precipicio.

—¿Quieres saber lo que me atrae? —Y tiré de él hacia el interior de la sala—. ¿Quieres saberlo? ¿De verdad quieres saberlo? Pues lo vas a ver enseguida.

Rocé el brazo del joven que se encontraba en medio de la pista y este me inspeccionó de arriba abajo antes de besarme.

Cuando me giré, Humberto se había marchado.

Me estaba esperando en la puerta. Fumando. Sin gafas y pinzándose la nariz con los dedos.

Nos despedimos con un adiós y un beso desnaturalizado.

—¿Me llamarás, Humberto?

Hizo un vago gesto de asentimiento y se despidió.

De regreso, me obsesionó la maldita idea de que aquella noche se había desenamorado de mí. Se había dado cuenta *por fin* de que yo no era la mujer de su vida y de que, en consecuencia, había vivido engañado mucho tiempo.

Me dolió tanto...

## *Capítulo XII*

Pasé muy mala noche, atormentada por el recuerdo gris de Humberto en la puerta del *swinger*. De Mario, enojado por lo que había sucedido con el ordenador. Me levanté fatal, pero unas horas después, Rodri me escribió.

«he pensado algo que te va a encantar».

«Cuando peor estoy, apareces, como si  
estuvieras velando por mi felicidad».

«por la tuya no, por la mía».

«por eso nos va tan bien».

Estuve a punto de ponerle *jajaja* y la ristra de emoticonos, aunque solo fuera por curiosidad, para saber qué respondía. Pero preguntó:

«tienes bici?».

«Cómo».

«eso. que si tienes bici».

«¿Vamos a pasear en bici?»

«¿Esa es la gran sorpresa de hoy? No  
esperaba algo tan bucólico».

«tienes o te consigo una?»

«Tengo».

«quedamos en el cauce del río, a

la altura de la Escuela de Idiomas».

«Mejor quedamos en la Escuela de Idiomas. ¿Cuándo?».

Nos citamos para una hora más tarde. Desempolvé mi *preciosa* Orbea rosa y blanca de paseo, regalo de Humberto para conmemorar no recuerdo qué aniversario, le hinché las ruedas y me dirigí al encuentro, preguntándome qué se le habría ocurrido esta vez a Rodri.

Cuando llegué a la Escuela de Idiomas, ya estaba allí. Se apeó para besarme y dijo:

—¿Vamos?

—Adónde.

—A la aventura.

—La aventura, a plena luz del día y en bicicleta. Qué misterio.

Bajamos al río. Rodri delante. Se giraba a menudo.

—¿Qué miras?

Esperaba que respondiera alguna galantería acerca de lo bien que me sentaba el chándal o algo por el estilo, pero preguntó:

—¿Sabes manejarla bien?

—Mejor que tú.

—Hagamos una carrera.

Comencé a pedalear con todas mis fuerzas y lo dejé detrás. Un pequeño triunfo. Él me persiguió. Parecíamos dos niños.

—Vamos, no te pares. ¿Cuánto aguantas?

—Aguanto mucho.

Pensé que aquel pueril juego era la sorpresa. Una sorpresa inocente y simple. Como las que yo necesitaba. El máximo exponente de esa felicidad idílica y tranquila que me habría encantado compartir con él, del mismo modo que me encantaba compartir con Humberto el lado oscuro.

Rodri dijo:

—Subiremos por aquí.



Entramos por la calle paralela al tranvía, al lado de la vieja estación de ferrocarril de vía estrecha convertida en un cuartel de policía.

—Dónde vamos.

—Allí.

Señaló una pista deportiva. Tras la reja que la separaba de la calzada y la convertía en algo parecido al patio de una cárcel, entrenaban una decena de muchachos. Tatuados. Musculosos. Sin camisetas o con camisetas interiores. Haciendo ejercicios en las barras laterales de las porterías.

Rodri dijo sin mirarme:

—Calienta motores. —No entendí a qué se refería. Alzó la cabeza y extendió el brazo para dirigirse a ellos—. ¡Eh! ¡Eh!

—Qué haces.

—¡Eh, vosotros!

—Rodri...

Los muchachos alzaron las cabezas. Al unísono. Como un adiestrado ejército. A unos veinte metros. Detuvieron los ejercicios. En sus rostros quedaba patente que tampoco comprendían.

—¡Sois una pandilla de hijos de puta! ¿Me oís? ¡Y estoy harto de follarme a vuestras madres!

No me dio tiempo a observar cómo reaccionaban. Ni a comprender lo que estaba sucediendo. De inmediato Rodri exclamó:

—¡Corre!

Salimos pedaleando entre gritos, amenazas e insultos. Corrían detrás. Muy cerca. Casi podía sentir sus alientos. Rodri se reía.

—Son rápidos.

Nos detuvieron en el cruce con la avenida Primado Reig. Solo entonces, me giré para observar que habíamos logrado cierta ventaja. Pero quizá insuficiente para aguantar mientras el semáforo seguía en rojo.

—Si nos cogen... —dijo Rodri y se llevó los dedos al cuello para simular que nos cortarían la cabeza.

Yo no podía hablar. No me quedaba aliento para recriminarle que con aquellos juegos perversos solo iba a conseguir que nos mataran tarde o temprano. El semáforo cambió por fin a verde.

—Sigue recto.

Entramos en la avenida Alfahuir. A ambos lados, edificios y solares en los que empezaban a construir promociones con grandes zonas comunes y piscinas.

Nuestros perseguidores se habían quedado en el otro lado de Primado Reig, el semáforo había vuelto a cambiar. Los coches les impedían el paso y Rodri bajó de la bici para provocarlos desde el otro lado con carcajadas y peinetas.

—Por favor —supliqué—. Por favor... Tras el grupo apareció una moto con dos muchachos. Nos señalaron. Rodri volvió a levantar el pedal. Gritó:

—¡Corre!

Bajamos por la avenida. De nuevo la huida. La sensación de que iban a alcanzarnos. Señaló un solar lleno de matorjos.

—Ahí —dijo.

—Por favor...

—Vamos, entra.

Escondimos las bicicletas entre los matorrales y nos agazapamos abrazados.

—¿Por qué hacemos esto? —le pregunté—. Nos van a encontrar.

Todas las motos me parecían *la moto*. Hasta que no me cupo duda de que sí. De que era la moto. La estaba viendo circular despacio por encima de la acera. Con los dos chicos tatuados encima. El conductor sin camiseta, mirando a derecha e izquierda. El acompañante hablando por el móvil.

Incluso tan cerca que pude escuchar lo que decía. Gritando.

—El primero que los encuentre que avise. Se han *desviao* por alguna calle. Después pasaron dos más, corriendo.

Y en medio de aquel terror, Rodri comenzó a acariciarme. Lo aparté. Se llevó el dedo a los labios para reclamar silencio. Volvió a la carga. Me entraron ganas de llorar mientras le retiraba una vez más las manos. Insistió. Y así estuvimos. Él, divirtiéndose. Yo rechazándolo.

Hasta que cayó la noche.

## *Capítulo XIII*

Al día siguiente le envié un wasap. No respondió. Vi que lo había leído y como continuaba en silencio le envié otro.

Y más tarde:

«¿Estás ahí?».

Y mucho más tarde:

«Soy yo la que debería estar enojada».

Y mucho, mucho más tarde (al menos para mí):

«No tiene gracia esto»

Tampoco respondió.

Comencé a ordenar la habitación de Mario. Al limpiar por el teclado, el

disco duro comenzó a emitir el ronroneo metálico con el que se desperezaba. Me asusté. En la pantalla negra aparecieron los iconos superpuestos a la fotografía de los dos perros negros y aspecto asesino que Mario había utilizado como fondo. Arriba, en el escritorio, una carpeta con un nombre más que sugerente requirió mi atención: «Nat». Y estuve un instante dudando antes de llevar el ratón hasta allí, en un rápido movimiento que saciara la curiosidad. «Deprisa», me dije escrutando la puerta de la calle, recordando la última broma, aún consciente de que estaba en clase y tardaría en llegar. Apareció entonces un mensaje que me pedía autorización para revisar el ordenador y ejecutar cambios o algo así. Pensé: «¡Más cambios no, por el amor de Dios!

Pulsé el botón de «cancelar», pero otro recuadro apareció en la pantalla: «Iniciando la revisión».

Debajo del mensaje, un marcador a toda velocidad indicaba los archivos revisados.

Había comenzado la cuenta atrás.

No apareció barra alguna que mostrara el tiempo restante como sucede en otras ocasiones y, por si fuera poco, tampoco se podía detener. Abajo, otro contador indicaba las amenazas detectadas, que también ascendían a velocidad meteórica, como si todo el sistema estuviera infectado. Pero la peor amenaza es que transcurrían los minutos y no se detenía.

A las siete, Rodri seguía sin responder a mis wasaps y el contador de la instalación en el ordenador permanecía imperturbable. Apreté unas teclas y otras, en un desesperado intento de abortar el proceso. Inútil. Aporreé el teclado como hacía mi hijo, pero la pantalla siguió igual.

Entonces decidí apagarlo. Pulsar el botón. Tampoco sucedió nada. Mantuve el botón pulsado más tiempo, hasta que por fin el equipo se desconectó.

Cuando lo encendí pasados los minutos que me parecieron de prudencial espera, comprobé con espanto que el cuadro de diálogo permanecía con el

recuento sin alteración alguna. Y en el colmo de la desesperación, hice aquello a lo que estaba acostumbrada.

Llamé a Humberto.

—Tengo un problema —dije apenas sin aliento—. Un problema muy gordo.

—Qué te pasa.

—Necesito que vengas.

—Pero ¿estás bien?

Le conté lo que había sucedido y Humberto dijo:

—Me habías asustado.

Eso mismo repitió media hora más tarde, cuando apareció por casa. Entró en la habitación, se inclinó sobre la mesa. Tomó el ratón.

—Pero ¿qué estabas haciendo aquí?

—No sé. Ha salido eso de pronto. No quiero imaginar cómo se pondrá tu hijo cuando lo vea.

Apretó varias teclas y apareció un recuadro en el que indicaba si deseaba finalizar la tarea.

—Dile que sí —grité, como si hubiera descubierto yo el modo de solucionar el problema.

Le dio a aceptar y la pantalla se quedó negra, lo cual me provocó un revoltijo de tripas. Por fin, regresó a la imagen principal, de los dos perros, libre del maldito cuadro.

Me eché en los brazos de Humberto.

—Eres grande.

En los ojos tristes de él apareció un mensaje con letras mayúsculas: «AÚN TE QUIERO. ES INEVITABLE. HAGAS LO QUE HAGAS, TE QUERRÉ SIEMPRE», y me dolió no poder corresponderle. Al menos no con amor.

—Estos trastos siempre me sacan de mis casillas —dije mientras se sentaba para deslizar el puntero del ratón de un lado a otro de la pantalla intentando abrir el archivo llamado «Nat». Lo pulsé y volvió a aparecer el cuadro de diálogo. Me eché hacia atrás.

—Otra vez.

Le dio al *escape* y el cuadro desapareció. Me quedé en la silla y resoplé.

—Qué susto.

Humberto había apoyado las manos en mis hombros.

—Eso era lo que estabas intentando. Fisgonear en la vida de Mario.

—No me riñas ahora. Te aseguro que no es el mejor momento.

Comenzó a masajearme. Despacio.

—No puedes seguir así.

Cuánta razón llevaba. Pero entonces me pareció una de esas advertencias paternas que invitan a la rebeldía. Ahora sé que no podía detenerme. Que existe un punto en que solo es posible si te estrellas. Y en ese punto me encontraba yo, aunque entonces no lo imaginara.

—¿Te gusta?

—¿Seguir así?

—Lo que estoy haciendo.

Con los dedos pulgares ejercía cierta presión sobre mi columna, hasta llegar a la nuca. Una y otra vez.

—Es relajante —dije sin dejar el ratón. El puntero se movía entre los iconos.

—Qué buscas —preguntó apenas sin entonación, observando la pantalla.

—No lo sé. Algo que funcione. ¿Ese mensaje sale siempre o solo cuando pinchas el archivo de «Nat»? —Y apreté dos veces el botón derecho sobre el único icono que estaba segura había funcionado con anterioridad.

Skype.

No apareció ningún cuadro de diálogo como sucedía con los archivos. Se abrió sin anomalía.

—Es un programa de...

—Sé lo que es —dijo Humberto—. Lo he utilizado.

—¿Lo has utilizado? ¿De verdad lo has utilizado?

—A veces, en la oficina. Para mantener reuniones con clientes.

Una idea adorablemente perversa me sedujo. Una idea que anulaba al mojigato «no puedes seguir así» de Humberto y que me haría más fuerte. La asociación resultaba inevitable. Skype, las manos de Humberto y yo. Qué

hermosa sorpresa se llevaría Rodri al responder al otro lado.

—Espera —dije.

Humberto se retiró un paso hacia detrás.

—Voy a buscar algo. —Y como me miraba con evidente perplejidad, añadí —: Vengo en menos de un minuto.

Regresé enseguida con el móvil en el que había grabado el código. Humberto me miró en silencio y volvimos a ocupar la anterior posición.

Yo, en la silla y él, detrás, masajeándome los hombros. Ambos reflejados en la pantalla.

—Qué tramas.

Marqué el número del Skype. Comenzaron a sonar los tonos. No hubo suerte. Después de varios intentos, apareció un mensaje:

«El destino no responde, ¿desea conectar pasados unos minutos?».

Respondí que sí.

—Imagínalo.

—Qué quieres que imagine.

—Lo que iba a hacer.

Humberto apareció reflejado en la pantalla, masajeándome. El mismo Humberto de la *moderne* de cuatro tacos y la postura de falso progre que se había desinflado tras la visita al *swinger*. El mismo que había solucionado el problema del cuadro de diálogo. El mismo del «no puedes seguir así».

Comenzó a mordisquearme la nuca.

—Creo que sé a quién ibas a llamar, Sara.

—¿Sí?

—Era un hombre.

—¿Hubieras preferido una mujer?

—No sé...

—Un hombre al que le encanta verme desnuda, observar cómo me tocan, cómo me acarician, y a quien le encantaría más que nada, más que nada, que seas tú.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé.

—¿Y a ti? ¿Te gusta que sea yo quien te toca?

Mirábamos la pantalla como si de verdad estuviera allí. Pensé que

Humberto estaba comenzando a asimilar lo que suponía saltar las barreras. Ir al otro lado de verdad. Siguió recorriéndome con la lengua y los labios por la columna. Hasta que regresó a la nuca. Se demoró en las caricias y sus manos fueron bajando y bajando hasta mis caderas. Jugeteaba con la yema del dedo alrededor de mi sexo, lo que me excitaba y me ponía nerviosa al mismo tiempo. Una pequeña muestra de lo que siempre sentí por él.

Ponía cara de cabrón y eso me encantaba porque en él, ese cabrón que todas las personas llevan dentro, no aparecía nunca. Hasta el punto de que había pensado que no existía. El comedido, el triste, el buena persona, el educado, el responsable, el serio, el finolis..., todos ahogaban al irresistible cabrón.

Pero no aquella tarde.

El cabrón se reflejaba en la pantalla. El cabrón que al fin metió la mano donde yo quería, los dedos donde yo quería, con la energía precisa. Entrando. Saliendo.

—Me vas a correr.

—¿Y?

—Me vas a correr si sigues.

—¿Y eso es malo?

—Humberto... Humberto —repetí antes de que sonara un bip en alguna parte y en la pantalla del ordenador parpadeara un mensaje:

«El número xxxxxxxx está intentando contactar con usted. ¿Desea responder a la llamada?».

\*\*\*

Los dos lo vimos. A la vez. Y nos demoramos en responder, conscientes del poder de aquella demora. Humberto esperando que yo apretara el *Enter*, y yo con la ilusión de que fuera él quien lo hiciera.

Cada milésima de segundo nos acercaba más a la catástrofe de que colgara.

Fui yo quien acabé cediendo, y en la pantalla apareció Rodri, sin camiseta,



con un pantalón granate, como de seda, y se quedó en silencio.

—¿No vas a decir nada? —dije.

—¿Hay que decir algo?

Humberto alzó la cabeza y observó la pantalla. Dije:

—Nos lo estábamos pasando en grande aquí los dos y he pensado que a lo mejor te gustaría verlo.

—¿No vas a presentarnos?

—Claro. —Apoyé la espalda en el respaldo—. ¿Lo ves bien?

Rodri estiró un poco el cuello.

—Echaos un poco hacia atrás. —Obedecimos—. Un poco más.

Nos retiramos hasta la mitad de la habitación.

—¿Lo ves?

Alzó el pulgar.

—Perfecto.

—Pues este hombre que me está metiendo mano con tanta dulzura es... mi querido esposo.

—Hola, querido esposo.

Humberto tardó un instante en responder.

—Hola.

Le presenté a Rodri.

—Y el chico que se está poniendo tan cachondo al otro lado de la pantalla... porque te estás poniendo cachondo, ¿no?

—Ya estaba.

—¿En serio? ¿Qué estabas haciendo?

—Me estaba acordando de lo bien que lo pasamos el otro día en el Saler. —Por un instante pensé que Humberto se marcharía. Tan serio. Allí de pie. Con las gafas algo empañadas. Le cogí la mano para que me acariciara y no protestó—. Con aquellos tipos pegados al cristal de la ventanilla, corriéndose mientras te miraban. —Hizo una pausa—. Y antes, también me estaba acordando de cuando íbamos hacia allí, en el coche. ¿Le has contado lo que hicimos en el coche?

Humberto respondió por mí.

—No.

—Pues que te lo cuente, querido esposo. Le encanta recordarlo. ¿Cuántas

veces te has corrido recordándolo?

Coloqué la mano de Humberto entre mis piernas, él se dejó llevar y me mordió el lóbulo de la oreja. Lo noté detrás. Pegado.

—Contesta.

—...

—Contesta, vamos. Querido esposo, pídele que conteste.

—¿Cuántas veces te has corrido recordándolo?

—Muchas.

—Muchas —repitió Rodri.

—Sí.

—Y que te cuente, querido esposo, que te cuente cómo fue. Que te cuente lo que hicimos en el viaje hacia el Saler para ponernos muy cachondos antes de llegar al Mirador y que todos aquellos tipos se derritieran piernas para abajo con el delicioso cuerpo de tu esposa. Me encanta tu esposa. —Hacía mucho hincapié en el «tú», resaltando la pertenencia—. Me encantan las tetas de tu esposa. Ni grandes ni pequeñas, ese culo aún prieto de tú esposa, esa barriguita...

—Esperad —dije. Y desaparecí para regresar al instante con una de las sillas del salón. Cuando llegué, Rodri se había bajado el pantalón y se acariciaba sin masturbarse, pero con una notoria excitación.

Humberto, enfrente, de pie, me observaba en silencio, como no queriendo mirar la pantalla. Le brillaban los ojos. Situé la silla al lado de la otra. Rodri soltó una carcajada.

—Querido esposo, creo que más que contártelo, lo va a representar.

—Siéntate aquí —dije a Humberto, y él obedeció sin rechistar—. Imagina que este es el asiento del conductor. Y que vas conduciendo.

—Hacia el Saler —matizó Rodri.

Humberto hizo como que cogía el volante.

—¿Así?

—Exacto. Así.

—Vamos muy rápido —dijo Rodri—. A ciento cuarenta o ciento cincuenta o ciento sesenta o más.

—Bueno, eso cuando llegamos a la autovía, porque antes, antes por la ciudad yo ya había hecho algo. O tú ya habías hecho algo. Habías metido la

mano por debajo de la falda. —Cogí la mano de Humberto para escenificarlo y comenzó a acariciarme. Había entornado los ojos y parecía un poco hijoputa, solo un poco, porque no se le podía pedir más, pero suficiente, suficiente para empaparme las nalgas como si me hubieran conectado la alcachofa de la ducha.

—Así. —Abrí las piernas—. ¿Lo ves? ¿Lo ves bien?

—Perfecto —dijo Rodri sin dejar de acariciarse.

—Cuéntame, querido esposo, ¿está cachonda?

Humberto afirmó con la cabeza. Y le salió una voz ronca que no parecía la de él.

—Mucho.

—Empezó a meterme la mano así, Humberto.

—Sigue querido esposo. Haz que gima. Que se retuerza, que se muera de gusto como le pasó en el coche. Y después jugamos a algo muy divertido. Enséñale el juego. Algo parecido a la gallinita ciega.

—Cabrón.

—Oh, ya estamos con lo de cabrón. Cuando está muy cachonda le da por insultarme, ¿te hace a ti lo mismo, querido esposo? ¿Te llama querido cabrón?

Humberto dijo:

—A mí no me habla.

Rodri soltó una risotada.

—Hemos llegado a la autopista, cariño. Cambiamos de papeles —dije.

Humberto se detuvo. Algo desorientado, como si se hubiera perdido un poco. Y me reconocí en él, con esas variaciones que yo experimentaba con Rodri, entre la perplejidad y el deseo.

—Suelta el volante. Yo conduciré —le dije.

Abrió un poco los labios, entrecerró los ojos y frunció el ceño. Para una persona tan juiciosa como él, comprender semejante irresponsabilidad en la autovía debió de parecerle la locura del siglo y me miró como queriendo decir: «¿Eso hicisteis?». Incluso en aquella parodia, en la habitación de Mario, sentados en dos sillas, le costó soltar el hipotético volante y cederme el honor de conducir.

—¡Os vais a matar! —repetía Rodri.

Humberto me mordió con mayor ímpetu. Me retorció en la silla y Rodri

gimió en el interior de la pantalla.

—Sigue —dijo Rodri—. Ahí no acabó la historia.

—No. No acabó ahí —dije. Me giré hacia Humberto—. Ahora te toca a ti.  
Coge el volante.

Él obedeció de nuevo. Le desabroché el pantalón, metí la mano por debajo del calzoncillo. Y me llevé una gran sorpresa.

—Joder. ¿Ya te has...?

Me miró algo avergonzado.

—Pero cuándo...

—Cuando te estaba comiendo.

Rodri aguardaba en la butaca, frente al ordenador, ajeno al sigiloso orgasmo de Humberto.

—Anda —dijo—. Cuéntale lo que me hiciste de camino.

Me agaché y Humberto volvió a coger el hipotético volante. Entonces Rodri empezó a decir mientras se acariciaba:

—¿Has visto cómo le encanta verme?

»Se pone fatal.

»Tienes una mujer que folla de puta madre.

»Adoro a las ninfómanas como tu esposa.

»¿La has oído llorar de gozo? ¿Llorar, querido esposo? Un día quiero que veas cómo llora conmigo. Lo vas a pasar en grande.

»Me pirran las manos de tu esposa. La tibieza...

»Y los labios. O las rodillas...

»Y los pezones, ¿no crees, querido esposo, que no hay ninguna mujer que tenga unos pezones tan grandes como los de tu esposa?

»Di. Di. Di...

Se ahogó en un grito. Y al instante fue como si regresáramos de golpe desde una carretera de ficción a un cuarto real, profanado por los padres, en busca de los archivos de su hijo. Todo pareció un poco extraño. Humberto se quedó cabizbajo y Rodri dijo muy protocolario:

—Claudia, recuerda que hemos quedado el miércoles. Y que te he preparado algo muy especial.

—Lo recuerdo —dije, temerosa de que Humberto confesara que no me llamaba Claudia. Pero no sucedió.

Rodri dijo:

—Adiós, querido esposo, ha sido un placer.

—...

—Espero que repitamos pronto. Y no de manera virtual.

Al instante, desapareció su imagen y en la pantalla salió un nuevo mensaje para limpiar los virus del ordenador. Humberto lo quitó con cierta premura pues nos asaltaron las prisas por recoger, dejarlo todo como estaba, ducharnos y empezar un sinfín de tareas domésticas con las que pudiéramos evitar mirarnos de frente.

Necesitábamos la rutina, los quehaceres diarios, las conversaciones intrascendentes o un gran tema para subir de nuevo al tren de la pareja. Primero se duchó Humberto, después yo, y cuando salí, con una toalla en la cabeza, se encontraba sentado en el sofá, se le había borrado la cara de hijo puta y guardaba silencio como en la sala de espera de un dentista.

—¿Ha venido Mario? —pregunté, aunque conocía la respuesta porque había escuchado su voz.

Humberto señaló hacia el interior de la casa y se llevó el dedo al labio.

—¿Qué pasa?

Negó con la cabeza y me acerqué en busca de la respuesta.

—Ha venido llorando.

## *Capítulo XIV*

Humberto se levantó del sofá. Triste, dolido por los devastadores efectos del *paso de la frontera*.

—Puedes quedarte esta noche si quieres.

Negó con la cabeza. Le pregunté:

—Dónde vas a ir.

—No sé. A casa de mi hermana, supongo. O igual me paso a ver a mi madre.

No insistí. Si se quedaba, la noche siguiente debería dejarlo en casa mientras me marchaba con Rodri. Y no estábamos preparados.

Intentó vestir de indiferencia aquella congoja diciendo:

—Mañana quiero irme a comer con Mario. Preguntarle a ver qué le ha pasado.

—Sí. Mejor. Porque si le pregunto yo, solo me voy a llevar gritos.

Se despidió con aparente tranquilidad, pero estuve convencida de que fingía. Le salía fatal interpretar papeles ajenos. El de moderno, el de más moderno. Me habría encantado que se quedara y que cuando le dijera que había quedado con Rodri, me hubiera ceñido por la cintura, para decir algo así como: «Se han acabado las tonterías. Esta noche te quedas conmigo», con tal autoridad que no me quedaran fuerzas para réplica o pataleo.

Pero la noche siguiente, Humberto no daba señales de vida, Mario seguía con su hermético mutismo, y yo acudí a la cita con Rodri como una especie de liberación. Nos citamos en un restaurante de Benimaclet. *Pata Negra*. Cuando llegué estaba sentado a una mesa situada al fondo, en el pequeño patio interior.

—Qué guapa —dijo al verme.

Nunca sabía si hablaba en serio o en broma. Pero si mentía, era de manera muy diferente a la torpe interpretación de Humberto.

Él también iba guapo. Mucho. Con un suéter gris anchísimo que, junto a la barba, le confería un aspecto bohemio y hogareño.

—¿No ha venido Querido esposo?

La pregunta me pilló de sopetón. Me provocó una punzada en la boca del estómago.

—Muy gracioso.

—Por qué muy gracioso.

—Pidamos. —Cogí la carta, un vinilo sobre el que habían impreso los platos—. Tengo hambre.

—No me has contestado.

—Es que no quiero hablar de Humberto.

Pareció muy sorprendido.

—¿Por qué? Es tu querido esposo. Me dijiste una vez que nunca habías sido infiel.

Pensé una vez más: «Qué hijo de puta».

—Ahora estoy contigo. No con él. Solo quiero estar contigo, ¿entiendes? Y olvidarme del resto.

—Quieres hacer un paréntesis.

—Eso. Aunque supongo que es imposible. Porque si tú fueras... fueras otra persona... distinta, sería mucho más fácil. Pero eres Rodri.

—Sí. Aunque por ti sería quien quisieras.

—Vale. Ya está bien de piropos. No sé si me sientan bien hoy los piropos.

Suspiró como si se pertrechara de paciencia.

—No te das cuenta de que he perdido la cabeza por ti.

—Rodri...

—Lo digo en serio.

—No puedes decirlo en serio.

—¿Y por qué no puedo decirlo en serio?

—Porque, porque no, porque es imposible, porque... —No sabía cómo explicarme—. Porque yo no quiero enamorarme de ti.

—Me parece genial. Yo no te pido que te enamores. Yo quiero que sigas enamorada de querido esposo.

—¡Eso es imposible mientras tú existas!

El camarero se acercó y pedimos la cena. Por supuesto, no recuerdo qué.

—Claudia... No vas a poder evitar que me enamore.

—Yo tampoco quiero que te enamores de mí. Porque nos vamos a hacer mucho daño, ¿lo entiendes?

—No te estoy pidiendo nada. Así que tú no me lo pidas. Yo haré lo que quiera y tú harás lo que quieras.

—Qué fácil.

—Pues sí. Muy fácil. Así de fácil. Pero la gente se empeña en que parezca difícil.

Cuando hablaba siempre me parecía que llevaba razón, que no lo podía contradecir desde la lógica.

—¿No lo pasas bien conmigo? —preguntó.

—Sabes que sí.

—Pues entonces olvídate de lo demás.

—¿De verdad me quieres?

—Mucho. Pero si eso va a perjudicar nuestra relación, no te lo diré más.

Estaba tan atractivo... Y sonaba tan de verdad... por mucho que yo pensara que yo estaba más enamorada que él, mil veces más enamorada o al menos enamorada en el sentido con el que siempre había comprendido el amor.

—Es una locura.

—La vida es una locura. Y si no es una locura, es una mierda.

—Y tú no sabes la verdad —le dije.

Se echó un poco hacia atrás. Repitió:

—No sé la verdad.

—No. No toda la verdad.

Otro en su lugar habría preguntado «qué verdad». Pero se limitó a decir:

—No me importa la verdad. Solo quiero disfrutar los momentos.

—Ni siquiera me llamo Claudia.

—Para mí, sí.

—Mi verdadero nombre es Sara.

Se rio.

—Eso qué importa. Un nombre...



—Y soy la madre de Mario. El novio de Nat.

Abrió los ojos mucho. Pregunté:

—¿Y puedes imaginar por qué fui a la academia el día en que nos conocimos?

—No me lo digas. Déjame que piense —Se llevó la mano a la barbilla y miró hacia arriba—. ¡Oh, no!

—No te lo tomes a guasa. No tiene ni pizca de gracia.

—La madre protectora en busca y captura de la mujer que sale con su niño.

—Te he dicho que no te rías.

—Ahora me pones más.

—Vale. Deja de jugar conmigo.

—No estoy jugando. Te estoy diciendo la verdad. Me encanta que nuestro fortuito encuentro haya venido propiciado porque la mamá protegía a su pollito, y entonces... aparecí yo. —Alzó los brazos, triunfante.

—Si te sigues mofando, te aseguro que me marcharé.

—Adoro que te enfades. Que pongas delante esa careta del enfado para negarme.

—Estás enfermo.

—Sí. —Observó al camarero que se había acercado para descorchar el vino y servirlo en las copas—. Muy enfermo. Enfermo de ti sin poderlo remediar.

—Vale. No tiene por qué enterarse nadie.

El camarero sonrió y dijo antes de marcharse:

—Por mí no hay problema.

Rodri entrelazó las manos sobre la mesa.

—Hoy no vamos a tener sexo —dijo cuando se hubo marchado.

—¿No?

—No.

—¿Y qué vamos a hacer?

—He preparado una sorpresa.

No podía poseer la capacidad ilimitada para asombrarme. Cuando se acabaran las sorpresas, parecía evidente que nuestra relación decaería.

—No quiero que sea como la otra vez.

—Qué otra vez.

—Como lo de las bicis.

—Oh, no tranquila, estoy seguro de que te encantará. Está ahí detrás.

—Pero el qué.

Rodri cogió la copa de vino, movió el contenido antes de beber.

—Así que eres la madre de Mario.

—Sí.

—El chico por el que mi socia ha perdido la cabeza.

—Creo que él también la ha perdido por ella. Y no sé si equivocadamente.

—¿Por qué equivocadamente?

—No sé. Estoy hecha un lío con eso. Mi hijo ha cambiado mucho desde que la conoce. Ayer vino llorando. Me da la impresión de que Nat es una de esas mujeres caprichosas que lo maneja a su antojo, una mujer rara que...

—Bueno. Y si es rara, qué. Todos somos raros. ¿O tú no eres rara? ¿Querido esposo no es raro? ¿Alguien a tu alrededor no es raro? Si no es raro dímelo porque no quiero conocerlo.

—Cuéntame más acerca de ella.

Rodri dijo que ya estaba bien de hablar. Que había llegado el momento de irnos. Llamó al camarero y pidió la cuenta. Se levantó para ir al baño y cuando regresó, ya había pagado yo.

\*\*\*

Serpenteamos entre las callejuelas del barrio.

—¿Dónde vamos?

—A casa de un amigo. Aquí al lado. Ya verás.

Se detuvo poco después frente a un portal que daba miedo y pulsó el timbre de manera frenética.

—Es que no va bien. —Se retiró unos pasos y miró hacia la fachada. Volvió a pulsar el timbre—. Entre eso y que está un poco sordo...

Al fin, tras un horrisono chirrido, Rodri empujó la puerta. Subimos por una angosta escalera que olía a humedad y en la que apenas se veían los peldaños.

—Rodri, por favor. Qué narices se te ha ocurrido esta vez.

Al final, en el rellano del segundo piso, un joven achinado nos esperaba tras unas gafas grandes.

—Lu, te presento a Claudia.

—Sara.

—Claudia —repitió Rodri.

Lu hizo una reverencia oriental, reclinando la cabeza con las manos juntas debajo de la barbilla.

Entramos. Me sorprendió gratamente la casa. Con ese desorden rayano en el caos. Infinidad de libros y cedés por todas partes, varios pufs y un aroma a incienso mezclado con hierbas.

Al fondo, tras unas cortinas de tiras, se vislumbraba una camilla.

—¿Queréis algo de beber?

Rodri dijo que no con el dedo.

—Acabamos de cenar.

—Tampoco —me apresuré a decir.

—Bueno —dijo Rodri—. Aquí la tienes. ¿A qué es tan guapa como te había dicho?

—Guapa, sí.

—Qué puedes hacer.

—Maravillas —dijo Lu.

—Eh, eh. Espera, espera, ¿no te parece que ha llegado el momento de que me digas qué hacemos aquí?

Rodri señaló a Lu.

—Lu es un artista. De los buenos. El mejor.

Lo inspeccioné de arriba abajo. Me pareció menos chino y más friki. Con la gorra del revés y las gafas de cristales amarillentos como del siglo pasado.

—Un artista de qué.

—Del, tatuaje.

—¿Cómo?

—Es capaz de replicar cualquier obra.

—¿No pretenderás... no estarás insinuando que...?

A Rodri se le reblandeció la severidad de las facciones cuando dijo:

—Me haría mucha ilusión.

—Pero yo no quiero tatuarme nada. Me parece horrible.

—No sabes lo que quiero que te tatúes.

—Sea lo que sea —Los dos se quedaron en silencio. Como esperando que yo preguntara—: Qué has pensado que me tatúe.

—Mi mujer geométrica.

—Tú... qué.

Lu fue al cajón de la estantería y regresó con una especie de postal. La mostró y Rodri dijo:

—Mi obra maestra.

Se trataba de la mujer del cuadro que presidía la recepción de la Bruc Co.

Me pareció una aberración llevar tatuado algo parecido. Recordé a Claudia «Nunca hagas lo que no deseas. Ahí se encuentra la frontera».

—Y dónde se supone que quieres que me la grabe.

—La grabe donde la grabe y suceda lo que suceda, será la demostración de que siempre me llevarás contigo.

—Joder... —Deambulé entre los trastos de la estancia, tocándolo todo y sin saber muy bien qué decir. Por supuesto, no deseaba que me marcaran la piel, me parecía una moda aberrante. Por otra, no quería defraudarlo, y no podía negar que la idea de llevar a su mujer geométrica siempre conmigo formaba parte de una hermosa simbología seductora que me provocaba cierto orgullo.

Volví a mirar la postal.

—Te recomiendo la espalda —dijo Rodri.

—En la espalda no podré verlo.

—Pero siempre sabrás que está ahí.

Aquellas palabras me parecieron una especie de despedida. Imaginé a un Rodri seductor, grabando su gran obra en el cuerpo de todas las mujeres que conquistaba. Una especie de marca registrada.

Miré a Lu:

—¿Duele?

Él movió la gorra de izquierda a derecha.

Rodri me abrazó.

—Sabía que me complacerías.

—Solo he preguntado si duele. No he dicho que acepte.

—Pero yo sé que lo harás.

Un poco sí que dolió. No fue una sensación agradable. Y duró muchas horas. Yo tumbada en la camilla, Lu tatuándome, y Rodri paseando por la sala, acercándose cada minuto, exclamando jubiloso: «Genial, está quedando genial».

Al terminar, Lu me cubrió con una pequeña toallita y dijo que debía guardar reposo. Entendí que se refería al dibujo, no a mí, pero permanecí tumbada en la camilla mientras ellos hablaban en el salón. Rodri se acercó en varias ocasiones para preguntar:

—¿Bien, Claudia?

—Sara —rectificaba yo.

Pasamos el tiempo de espera bebiendo cerveza con Coca-Cola y un licor azul de muchos grados, una mezcla muy rara que tomaba Lu y de la que bebimos más de la cuenta.

Salimos de allí a las cuatro y media de la mañana. Había comenzado a llover y Rodri me refugió con su camisa, como si pudiera guarecerme.

Dijo:

—Mira que si se te borra con el agua...

Después:

—O se destiñe.

Caminamos sin destino, cada cual sumido en sus propios pensamientos. Solo de vez en cuando nos encontrábamos en la cuneta de alguna conversación abandonada. Le pregunté por qué la mujer del cuadro era geométrica y explicó algo como que existían muchas mujeres y muchos hombres que no conseguían abandonar su geometría. Llegamos al río y nos sentamos en un banco. Se intensificó la lluvia y la recibimos con las caras levantadas retándonos sobre quién era capaz de beber más.

Permanecimos así, empapados, haciendo el tonto, hasta que Rodri dijo:

—Será mejor que te lleve a casa.

—¿Así? ¿Ahora?

—No sé si es bueno mojar el tatuaje. Se lo tendríamos que haber preguntado a Lu.

—Pero yo no puedo ir a estas horas a mi casa, empapada por completo, con el aliento apestando al licor ese, y un emplasto aquí en la espalda como la cajita donde llevan las pilas los muñecos.

—¿Y qué quieres hacer?

—Vayamos a la tuya. Nunca he estado en tu casa.

—Mi casa no te gustaría.

Permanecí un rato pateando el charco que se estaba formando a sus pies.

—Tú me pides cosas y te complazco. Yo te pido solo una, ¿y qué haces?

—Yo no te pido que me complazcas. Tú haces lo que quieres y yo hago lo que quiero.

No hubo forma de convencerlo. Y como me sentí bastante defraudada, después de lo que me había sacrificado por él, y quería magnificar el enfado, cogí un taxi y no me despedí.

—A cualquier hotel de cuatro estrellas.

—¿El Inglés está bien?

Emití un sonido gutural con el que pretendía decir que sí y el taxista se inclinó sobre el taxímetro, musitó algo así como «vaya nochecita» e inició la marcha y una especie de conversación que se entremezclaba con el repiqueteo de la lluvia.

Llegamos al hotel y pedí una habitación.

—¿Y habría alguna posibilidad de que secaran mi ropa?

La muchacha dijo que la dejara colgada de una percha en el pomo de la puerta, que pasarían a recogerla y que a las nueve la encontraría seca y planchada.

Me desvestí, me duché con agua caliente e intenté sin éxito retirar el parche, que Lu había realizado a conciencia.

Así que me acosté boca abajo con los brazos extendidos y no estuve muy segura al día siguiente de si me había dormido o había perdido el conocimiento.

Me despertó la luz de la mañana. Por fin el sol. Y el móvil, que

parpadeaba con una luz roja para indicar que apenas quedaba batería.

Eran las siete y veinte. Volví a intentar arrancar el emplasto. Sin éxito.

Abrí un resquicio de puerta y tanteé. Aún no habían dejado la ropa. Pero ya se la habían llevado. Paseé desnuda por la moqueta de la habitación, mirándome de cuerpo entero en los numerosos espejos. El grotesco parche de la espalda me hizo sentir una caricatura. Alguien desdibujado, como la ciudad vacía bajo la lluvia a través de la ventanilla del taxi. Me tumbé en la cama y me volví a dormir. El móvil vibró. Vibró de nuevo. Y mucho después, cuando lo cogí, ya se había agotado por completo la batería.

En la puerta, colgada de una percha, habían dejado la ropa planchada. Olía muy bien y parecía nueva. Me adecené en el espejo y cuando abandoné la habitación, eran las dos y media. De regreso, pensé en cómo estaría Mario, si habría ido a comer con Humberto y si se le habría calmado el insondable berrinche.

No había nadie en casa. Cogí el cargador y tardé en recomponer la batería para que se pusiera en marcha.

Encontré varias llamadas perdidas. Once. Todas de Mario. Y muchos mensajes de wasap que se resumían en uno solo. Casi podía escuchar a mi hijo llorando, implorando que volviera, diciéndome:

«Papá se ha puesto muy mal».

Lo habían ingresado en el Hospital Clínico. Acudí en taxi y el destino quiso que entre los cientos de taxistas que circulaban por Valencia me recogiera el mismo que me había llevado al Hotel Inglés. Uno de esos guiños burlescos que a veces depara la vida.

—Ayer cerré con usted la ronda de la noche y hoy abro con usted la ronda de la mañana. Vamos a tener que casarnos. —Se rio él solo. Ordenó mecánicamente las monedas y preguntó—: ¿Regreso al hotel?

—No.

Le dije que iba al hospital y permaneció callado el resto del tiempo. Solo cuando pagué la carrera dijo:

—Que vaya bien.

En la sala de Urgencias había mucha gente. De pie. Gente mayor también de pie. Hacinados en un pequeño espacio donde una enfermera morena, muy gruesa trataba con evidente desprecio y poca educación a los pacientes.

Mario se encontraba al fondo de la sala. Lloraba y apenas podía hablar.

—Pero qué, qué le ha pasado.

Se friccionó las sienes y entrecerró los ojos. Insistí:

—¿Ha sido un infarto? ¿Qué ha sido?

—No han dicho nada.

—Por favor, ¿estaba consciente? ¿Hablabas?

Negó con la cabeza.

Y entonces también yo arranqué a llorar.

—Se pondrá bien, ya verás —dije. Aunque me rondaba el mismo presentimiento que cuando murió mi padre.

Esa mierda de presentimientos que nunca fallan.

Nos llamaron por un altavoz tres horas después. «Familiares de Humberto Uriarte pasen por el box número tres». Como si fuéramos coches en una carrera. El box número tres. Para entonces ya habíamos preguntado un millón de veces y la enfermera había discutido con Mario y conmigo. Nos había gritado en medio de la sala delante de un cartel grotesco que indicaba: «No agredir al personal de servicio». Y por un momento pensé que todo era irreal. Una gran broma.

La sala. El cartel. Los pacientes. El ataque de Humberto. La odiosa



enfermera... Que alguien saldría de allí para comunicárnoslo, pero el único que salió fue aquel hombre de la bata blanca y nos sonrió con infinita clemencia mientras acomodaba en el rostro un guiño de fastidio.

—Está la cosa un poco regular.

Sin duda se trataba de un eufemismo. Lo comprendí al instante. Para mí, un poco regular tenía otro significado. Muy distinto.

—Hemos estabilizado las constantes, pero no sabemos cómo reaccionara.

—Qué le ha pasado, por Dios.

Se me quedó mirando.

—¿Es diabético?

—No que sepamos.

—¿Hay algún diabético en la familia?

—Su madre.

—¿Insulinodependiente? ¿Se pincha?

—Sí.

Nos dijo que los síntomas coincidían con los de un coma diabético.

—¿Un coma diabético?

—Por sobredosis de insulina.

—¿Y eso qué significa?

Abrió las dos manos. Se encogió un poco de hombros.

Preguntó si padecía depresiones y entonces comprendí que estaban pensando en la hipótesis de que Humberto hubiera decidido matarse. No pude seguir mirándolo, trastabillé y recuerdo que el doctor me abrazó.

—Vamos a hacer todo lo que esté en nuestra mano. Esté tranquila por eso...

Salimos de allí y nos dirigimos hacia la sala sin encontrar un lugar en el que arrinconar las desdichas pues todas las sillas permanecían ocupadas. No podía apartar de la cabeza la última vez que había visto a Humberto, sentado en el sofá, tan modoso, como si aquel no fuera su sofá ni su casa, aunque los hubiera pagado gracias a su esfuerzo diario en la asesoría, a su dinero, porque hacía siglos que yo no aportaba un solo céntimo a la economía familiar.

Allí estaba, sentado, con su aspecto imperturbable, como si pudiera sobreponerse sin dolor a las desdichas propias y ajenas, convenciéndose de que todo se iba a arreglar.

A mi lado, Mario se enjugaba las lágrimas con la bocamanga. Dije:  
—Ahora solo queda esperar y confiar.  
Intenté cogerle la mano.  
*Pero me rechazó.*

## *Capítulo XV*

Y esperamos y confiamos. Del hospital a casa. De casa al hospital. En poco tiempo nos acostumbramos a aquella forma de vida. Como un continuo en el que no existían novedades. A veces pensaba que era mejor así. Porque la novedad podía suponer la peor noticia. Y teníamos miedo a *la peor noticia*.

Cada día recibía el parte del médico. Invariable:

—Todo igual.

»Igual.

»Igual.

»Igual.

»Igual.

Ya no confiaba en las anécdotas. «Un amigo de mi hermano estuvo ocho días en coma y luego salió». «Yo conocí una señora que después de varias semanas de inconsciencia, despertó perfectamente»... No me creía nada. La moneda dando vueltas en el aire. Caería de cara o de cruz. Nos salvaría o nos condenaría.

Volví a rezar. También Mario, porque una tarde lo sorprendí en la habitación hablando con alguien situado más allá del techo o las ventanas. En algún lugar invisible e indeterminado. Y supuse que sería un ser supremo o algo parecido a Dios. Muchas veces me había dicho que no creía. Ni en las religiones, ni mucho menos en la iglesia, y me enterneció observar cómo renunciaba a sus principios por aferrarse a cualquier esperanza porque su padre prevalecía por encima de los valores o las ideas.

Y entre tanta tristeza, la culpabilidad. A pesar de que Claudia me hubiera repetido por teléfono que cada cual era responsable de sus actos, no podía

evitar el corrosivo pensamiento de que nada habría sucedido si me hubiera comportado de otro modo. Si no hubiera escapado de esa normalidad fuera de la cual solo existe peligro.

Durante aquel tiempo encapsulado, tras el último encuentro bajo el aguacero en el que me marché sin despedirme, Rodri no llamó. Seguro que pensó que yo sucumbiría como siempre. Pero esta vez era distinto, estaba convencida de que si cogía el teléfono para hablar con él, una fuerza invisible acabaría destruyendo a Humberto para siempre.

Ese tranquilizador distanciamiento duró bastante días, semanas y se rompió una mañana, mientras preparaba con prisas la comida antes de regresar al hospital. Me envió, un escueto wasap.

**«Nat me ha contado lo que le ha pasado  
a querido esposo. puedo ayudarte».**

No reparé en la relación Nat-Mario-Rodri-Yo hasta que las palabras aparecieron en el móvil. Como si se me hubiera olvidado o perteneciera a un tiempo tan remoto que ya ni siquiera adquiriría el rango de pasado.

Escribí:

**«¿Puedes ayudarme? ¿De verdad crees que puedes  
ayudarme? No hay ayuda posible para esto».**

Me preguntó si podía llamarme y titubeé antes de responder que no, pero de inmediato el número parpadeó en la pantalla.

Escuché su voz:

—Lo siento, Claudia.

No lo contradije. Estaba cansada de pedirle que me llamara Sara y me pareció banal discutir sobre el nombre. Mejor, además, que quedara en la memoria de Rodri y en la mía como Claudia. Una mujer ajena. Una fantasía,

nunca la persona real que pudiera identificarse conmigo.

—No sé si seré capaz de soportar que algo le pase. Lo quiero. Lo quiero mucho.

—Claro que le quieres.

—No. No lo entiendes. Lo quiero más que a nada en el mundo.

—Por supuesto. Pero eso no significa que no me quieras también.

—Mira, no estoy ahora en condiciones de pensar en ti.

—Nadie deja de amar de la noche a la mañana.

—Sí, si existe un motivo.

—Un motivo ajeno a nosotros.

—¿Ajeno?

—No tienes que demostrarle nada. Ni demostrarte nada. Negar no arreglará lo que pasa. No le va a salvar la vida. Eso no depende de ti. De tus actos. Ni de la clemencia infinita de un ser que premie o castigue. Por mucho que te pongas una venda en los ojos...

—No me estoy poniendo ninguna venda. Tú y yo estuvimos juntos. Me volví un poco loca, es verdad. Y entré en un mundo que desconocía.

—Que te sedujo.

—Me dejó una secuela imborrable. Ahora no puedo evitar sentirme sucia. Y eso es bastante doloroso cuando tu marido está conectado a un montón de tubos en estado vegetal.

—Pero no por lo que hayas hecho o dejado de hacer.

—¡Rodri! Ya está bien. No puedo. Me asalta una vez tras otra el recuerdo de... —Quería referirme al encuentro virtual en la habitación de Mario, pero preferí no evocarlo—. Por favor. Si es que es tan... tan. Siempre dispuesto a complacerme. Por mucho que le doliera. ¿Cómo puede estar tan ciega?

—Quizá no obrara pensando solo en ti. A lo mejor era tan bueno porque necesitaba sentirse mártir para quererte.

—No voy a discutir sobre los sentimientos de Humberto. Solo faltaba eso, que ahora tú... Mira... es mejor que... que... no sigamos viéndonos.

—Cómo.

—Lo siento.

Cuando colgué sentí que había dado un importante paso hacia la curación de Humberto, en el restablecimiento de lo que yo misma había destruido, la

unión familiar por la que habíamos luchado tantos años.

Rodri llamó varias veces y no respondí. Me bombardeó entonces con nuevos wasaps:

«no pienso dejarte».

«somos tal para cual, Claudia, lo sabes».

«por mucho que te esfuerces es inevitable».

«no permitiré que te marches».

«nunca».

...

Permanecí ovillada en el sofá muchas horas, sin comer, mirando cómo parpadeaba la lucecita del móvil y cómo aparecían los mensajes. Hasta que fue Mario quien escribió para recordarme una obligación insoslayable.

«¿Vienes ya?».

De regreso hacia el hospital, las frases se alternaban en mi cabeza hasta mezclarse: «No permitiré que te marches». «¿Vienes ya?». «No pienso dejarte». «¿Vienes ya?». «Por mucho que te esfuerces es inevitable. ¿Vienes ya?». «Somos tal para cual ¿vienes ya?...».

Cuando llegué a la habitación, mi hijo salió de la eterna sala de espera con

una noticia alentadora:

—Han dicho que está mejor.

—Qué.

—Ha despertado.

Nos abrazamos y se nos escaparon un millón de lágrimas. Recuerdo que alcé la vista hacia el amarillento techo del hospital y que apreté el puño para agradecersele al Supremo o a quien fuera. Yo cumplía y Él cumplía. Todo en orden.

A nuestro lado, Reme, la hermana de Humberto, ajena a nuestra espontánea complicidad, también lloraba.

El doctor salió después:

—No está fuera de peligro, pero que haya despertado no es mala señal.

—¿Podemos verlo?

Nos dijo que de uno en uno, y primero entró Mario. La enfermera le advirtió:

—Cinco minutos. Y no intente forzarlo para que hable.

Mi hijo salió poco después, bastante peor de lo que había entrado. Hizo una seña como queriendo significar que pasara la siguiente. La enfermera abrió un poco la puerta, me dio unas pantuflas verdes, un gorro, y entramos.

Humberto se encontraba tumbado en la cama. Conectado a varios goteros, tal y como había imaginado. Pero mucho más viejo, delgadísimo, con media barba cana y el pelo crespo. Avejentado treinta años.

Desde la puerta, lo saludé con la mano y forcé una sonrisa que, supongo, debió de parecerle muy falsa.

—Estás muy feo —le dije, utilizando sus métodos de acercamiento en época de crisis.

Ni siquiera parpadeó.

Le cogí la mano. Estaba tan fría que me asusté. Los ojos habían empequeñecido hasta transformarse en dos puntos lejanos. Mantenía la boca prieta y el conjunto le daba un aire de viejo cascarrabias.

Saqué un pañuelo para limpiarle los labios. Un acto instintivo, inútil, porque tenía la piel áspera y seca. Me costó creer que se tratara de Humberto. No solo por la súbita decrepitud, sino por el rictus de mal genio y la mirada que lo transformaban en una persona diferente.

Le acaricié el envés de la mano.

—Te quiero —le dije.

Y no lo solté durante el tiempo que estuve allí.

—Cuando salgas, vamos a tomarnos la vida con un poco más de calma.

Intercalaba algunos silencios entre frase y frase, como esperando que las digiriera.

—Con mucha calma. Los dos juntos.

—...

—Sin *moderneces* ni imposturas. En nuestra casa, disfrutando de la bendita rutina. De nuestros juegos de crímenes perfectos. Solos. Con Mario. Sin nadie más.

—Y no anticiparé los problemas. Esperaré a que lleguen, si llegan.

—...

—Lo vamos a pasar mejor que cuando éramos jóvenes.

Por unos segundos la mente se me fue casi treinta años atrás. Allí estaba Humberto. Medio rubio, medio pelirrojo, medio castaño, medio de todo, dentro de una chaqueta Graham Hill negra y brillante anudada con un cinturón que formaba una faldita que ya entonces me parecía ridícula, aunque fuera la moda.

—Mañana vendré a verte, amor.

No le había dicho «amor» en mucho tiempo. Y me salió tan natural que me extrañé.

Lo besé en la frente, le di un apretón en la mano, y cuando abrí la puerta, la hermana de Humberto entró sin preguntarme.

El médico nos dijo que, si todo marchaba bien, a la siguiente semana lo subirían a planta. Entonces deberíamos establecer turnos y prepararnos para una nueva etapa que quizá fuera muy larga.

Salimos los tres a la calle por la puerta principal del hospital a tomar oxígeno. Reme se quedó un rato hablando con Mario. Y yo iba a regresar a la sala de espera cuando me detuve. Horrorizada.



Allí estaba Rodri. Por terrible e incongruente que me pareciera. De pie. Junto a las barras metálicas donde se atan las bicicletas, mirándome.

Quise correr. Transformarme en invisible. Escapar. Del espacio. Del tiempo. Volver a la plácida vida de sofá y manta.

Mario se giró hacia él. Se habían visto. Y se quedaron un tiempo parados mientras se me desbocaba el corazón. Por un momento no entendí muy bien qué sucedía. Mario se acercó a Rodri y se abrazaron. Me temblaban las piernas aun sin presagiar el gran engaño que corroboré cuando mi hijo se separó de él y dijo, al tiempo que lo señalaba como en una especie de presentación desabrida:

—Quiero que conozcas a Nat.

Miré a un lado y a otro en busca de ella, pero Rodri, tras una pequeña reverencia, dijo:

—Encantado.

—¿Nat?

—Sí. Nat.

*Perdí la estabilidad. Me apoyé en la pared y el mundo comenzó a dar vueltas antes de que me desplomara.*

## *Capítulo XVI*

Cuando abrí los ojos, me encontraba en los brazos de Rodri, que estaba diciendo:

—Ha sido un pequeño desvanecimiento. ¿Quiere levantarse, señora?

«Señora». Sonaba tan falso en sus labios... en los labios de Rodri. Del Rodri que había dicho que me amaba. Que nunca me dejaría.

«Señora».

—Ya estás recuperando el color —dijo Mario.

Quizá solo fuera la manifestación de la ira. Entre los dos me ayudaron a incorporarme y renqueé varios pasos.

Pensé: «No voy a precipitarme. Precipitarme no. Debo regurgitarlo todo con calma para comprenderlo. No hablar. Hablar es lo peor».

—Estoy un poco mareada.

—Le voy a traer agua fresquita. ¿O prefiere un café? —El Rodri de la primera vez. Cuando nos habíamos conocido. ¿Disfrutaba también con aquella fantástica farsa?

Intenté calmarme, pero me sentía cada vez más aturdida. Porque a medida que recapacitaba, y eso sucedía poco a poco, y las imágenes del recuerdo iban apareciendo, el pánico se iba apoderando de mí.

—¡Dios!

—Qué.

—Estoy muy mal.

—¿Quieres que entremos en el hospital?

—No.

—Aquí está el agua —dijo Rodri, Nat, acercándose con un vaso de

plástico y una insolente sonrisa.

Le di un manotazo y el agua salió por los aires.

—¡Mamá!

—No te preocupes. —Sacó un pañuelo para secarse.

—¿Que no me preocupe? Pero... Lo siento, Nat. —Me miró—. Pero qué te pasa. ¿Vuelves otra vez a...?

—Quiero ir a casa.

—Te vamos a llevar al médico.

—No. No quiero ir al médico. Quiero ir a casa. A casa. ¿Entiendes? ¡A casa!

Me llevaron tal y como había pedido. Nat aguardó fuera de la habitación mientras Mario me asistía.

—Te ayudo a desvestirte.

—¡No!

—Está bien, está bien.

—Podemos llamar al médico para que venga aquí —dijo Nat desde el salón. Y lo imaginé regodeándose con las fotos de la vitrina. Mario de pequeño. Humberto y yo mucho más jóvenes. Por primera vez lo percibí como el monstruo que era. El monstruo cínico capaz de la más horrenda perversidad.

Mario me ayudó a acostarme. Se sentó en el borde de la cama. Se quedó mirando como si no supiera muy bien qué decir.

—Ahora ya lo sabes todo. Siento que haya venido así. De golpe y en este momento. Quería decírtelo con calma, ir preparándote. Pero ya está. Nunca es fácil. Y aunque esperaba una reacción como esta, vuelves a conseguir que me sienta culpable.

—Calla.

Como si en vez de pedirle que callara le hubiera pedido que se levantara, Mario se puso en pie. Negó con la cabeza.

—Me habría gustado que lo comprendieras. Pero cómo vas a comprenderlo. Tú. Que nunca has comprendido nada.

—Eres tú el que no comprendes nada.

Abandonó la habitación despacio. Antes de cerrar la puerta dijo:

—Será mejor que llames a tu amiga.

No supe si lo sugería de verdad o con ironía porque él no toleraba muy bien a Claudia. Me quedé a solas con el miedo. Con las ganas de llorar.

Y sí, marqué el número de Claudia, me costó mucho acertar con las teclas y tardé bastante en articular palabra.

Al otro lado se hizo un silencio. Hasta que dijo.

—Sara... —y tras mi silencio— ¿Se ha puesto peor?

—No. Ha despertado.

—¡Pero eso es una buenísima noticia!

—Poco a poco irá mejorando. Han dicho.

—¿Lo has visto?

—No te llamo por Humberto. No te llamo por Humberto, Claudia. No te llamo por Humberto.

—Qué pasa.

—Es él.

—...

—Nat.

—Nat —repitió.

—He estado... he estado liada... joder... he estado liada todo el tiempo con... Nat.

—Cómo que has estado liada.

—Me he liado con el novio, el amigo o quien coño sea de mi hijo que... he... he... no puedo creerlo.

Hubo otro silencio en el que Claudia, tan sagaz como siempre, debió de recomponer el pequeño jeroglífico.

—Rodri era la famosa Nat.

—Sí.

—¿Cómo?

—No lo sé. Pero ahora está ahí fuera. Con... mi hijo. En el sofá. Y Mario cree que estoy así porque me ha revelado o he descubierto su... homosexualidad. Tengo que salir, preguntar a ese hijo de puta de qué va esto. Qué trama. Cómo coño ha urdido esta locura, preguntarle qué ha hecho con

él...

—Te acabas de enterar. Estás muy nerviosa y todo lo que hagas se volverá en tu contra.

—Me da igual.

—Ahora puede que te dé igual, pero luego no te dará igual.

—Me da igual el luego. ¿Sabes? Es que... estoy hecha una mierda. Soy un puto desastre. Y no quiero pensar... ¿Qué le puede haber hecho? ¿Qué le habrá hecho ese cabrón?

Ya no pude seguir. Las escenas que había vivido con Rodri adquirirían una nueva dimensión. En el baño de minusválidos del Westin, en el restaurante y en la habitación con el joven ejecutivo, en el café de *La Infanta*, en el *swinger*, en el coche, en el Mirador del Saler, con las bicicletas...

Me aferré a la tabla de salvación de la venganza para no seguir los pasos de Humberto. Como había dicho Claudia, quizá al día siguiente pudiera pensar con más calma, con la calma que requería un plan. Un plan. Pero pasé la noche hilvanando momentos para comprender lo que había sucedido y el pensamiento se me marchaba a menudo a recuerdos adulterados en los que Mario aparecía en mi lugar.

Intenté serenarme. Como una obligación. «Sara, compórtate como una persona racional, aunque sea una vez en tu vida».

Debía permanecer más tranquila que nunca. Arrancar a Mario de las manos de Nat se convirtió en una prioridad. Pero ¿cómo? No podría convencerlo, y la idea de confesar, confesarle las aventuras que había vivido con él me angustiaba aún más.

A la mañana siguiente, marqué el número de Nat, que en el móvil aún aparecía registrado como Rodri. Sonaron dos tonos antes de que descolgara.

—Hola, Claudia —dijo con una pasmosa tranquilidad.

—Qué quieres.

—A ti.

—Dime. En serio. Qué quieres.

—A ti —repitió.

Respiré hondo.

—No te lo voy a repetir. Te lo diré solo una vez. Deja a Mario. No sé lo que has hecho o dejado de hacer con él. No sé cómo hemos llegado a este punto ni cómo he estado tan tonta, ni desde cuando supiste quién era yo. Pero no me importa el engaño. Lo único que quiero es que lo dejes. Que lo dejes.

—¿Y por qué habría de dejarlo?

—No me seas hijo de puta. No me seas hijo de puta. Has estado jugando con los dos. Has estado...

—Yo no he estado jugando con nadie.

—Déjalo. ¿Me oyes? No te lo diré más.

—En todo este tiempo no has comprendido nada.

—Sí. Claro que lo he comprendido.

—No.

—He comprendido que hay gente sin escrúpulos, capaz de lo que sea mientras dice que te quiere.

—Y te quiero.

—¡Rodri! O Nat, como coño quieras llamarte. Deja de jugar conmigo. Con Mario. Esto no es una broma. No puedes imaginar lo que puedo hacer por mi hijo. No puedes imaginarlo.

—Claudia... ¿es una amenaza?

—¡Me llamo Sara! —grité.

—Porque como amenaza no convence. Y eso es lo peor que les puede pasar a las amenazas.

—Sal de mi vida. De nuestra vida. Haré lo que sea, lo que sea, para que eso pase. ¿Te suena a amenaza ahora, hijo de puta?

—Ahora está bastante mejor. Pero, en cualquier caso, ¿tú crees que esta es una conversación que debemos mantener por teléfono?

Quedamos esa misma tarde. Sin abandonar aquella sorna con la que sin duda pretendía sacarme de sus cabales, propuso varios sitios:

«café la infanta?».

«restaurante del westin?».

«la habitación del westin? (con un joven ejecutivo como testigo)».

«el mirador?».

«¿tal la habitación de mario? (por skype)».

Y cuanto más me enardecía, más divertido parecía. ¿Cómo no había sido capaz de captar lo retorcido que era en realidad? ¿Tanto me había cegado el amor? Al fin escribió:

«solo estoy intentando que te des cuenta de que le das mucha importancia a algo que no la merece».

No respondí. Quedamos en un bar cercano a la Brun Co. Tardó casi media hora en aparecer. Durante ese tiempo, se me ocurrieron las más disparatadas ideas, pero quizá la que más me incomodó fue la de que apareciera con Mario.

Se asomó al fin desde la puerta, alzó la cabeza al verme y se acercó. Intentó darme dos besos y rehuí.

—Cómo puedes ser tan... Estás enfermo. ¿De qué va esto? ¿Lo sabías? ¿Desde cuándo lo sabías? Y esa mujer, tu socia, la supuesta Nat...

—Negociemos los términos de la rendición. ¿Para qué vamos a perder el tiempo discutiendo? —dijo al tiempo que se sentaba—. Al fin y al cabo, estamos aquí para eso, ¿no?

—¿Es dinero lo que quieres?

—Por favor, Claudia...

—Entonces ¿por qué? ¿Por qué has hecho esto?

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí. Los dos nos hemos cambiado de nombre, hemos mantenido relaciones y hemos gozado como nunca.

—No es lo mismo.

—¿Ah, no?

—¡No! Tú estás liado con mi hijo.

—¿Y qué cambia eso?

—Pero ¿cómo que... qué cambia? ¿De verdad no lo ves, eres tan imbécil que no lo ves o me estás tomando el pelo una vez más?

—Tú estás liada con Humberto.

—Es mi marido. ¡Mi marido! No tiene que ver nada contigo.

Se río.

—¿No?

—¡No!

—¿Y cómo puedes estar tan segura?

—Tan segura de qué.

—De que no tenga nada que ver conmigo.

—Pero de qué coño estás hablando ahora. Se acabaron tus días de engaño de...

Alzó la mano y citó al camarero. Le pidió una cerveza.

—¿Por qué habría de querer yo engañarte?

—El porqué no lo sé. Eso es lo que me he preguntado mil veces en las últimas veinte horas. ¡Por qué! —Lo agarré del brazo—. Dímelo tú: ¡por qué!

Intentó cogerme la mano y me zafé al tiempo que el camarero dejaba la botella y una copa en la mesa. Nat la llenó con parsimonia y yo me armé una vez más de paciencia ante tanto cinismo.

—Tú no comprendes que...

—No he venido a hablar de mí. De lo que comprendo o dejo de comprender. Yo no importo. He venido a exigirte, a pedirte, a suplicarte de rodillas si es necesario, que lo dejes en paz.

Tardó un tiempo en repetir:



—Que lo deje en paz...

—Sí.

—Que me olvide de él.

—Que te olvides, sí. Que te olvides de una puta vez. Para siempre.

—Así, tan fácil. Tú sabes que los sentimientos no se pueden manejar.

—No me hables de sentimientos. Tú no tienes sentimientos.

—¿No?

—¡No! Los dos sabemos que solo deseas aplacar esa pasión enfermiza que te obsesiona día y noche. Pero para eso existen miles de hombres, mujeres o... lo que necesites, muy dispuestos a seguir con...

—Esa pasión te volvió loca.

—Loca. Sí. Loca. Tú lo has dicho. Me volví loca. Me arrastraste durante un tiempo en esa locura. Pero no pienso pagar eternamente. Mario no tiene nada que ver. ¿Entiendes? ¡Nada!

—Hablamos dos lenguajes distintos.

Le brillaban los ojos. Iba peor afeitado que otras veces y me pareció mucho más zafio.

—No, Rodri. Tú sabes muy bien de qué te hablo. Dime qué coño hiciste con él. Qué le hiciste malnacido. ¡Qué!

¿También le decías que lo amabas mientras ibais a esos...? Dime que no, que lo has respetado porque se trata de un niño. Solo un niño por Dios. Un niño. Mi niño.

—Lo que haya hecho, o dejado de hacer no importa. Yo te quiero y...

Le lancé la botella. Golpeó en su hombro y saltó por encima de él hasta explotar en la pared. Se llevó la mano al lugar del golpe y se rio.

Cuando llegó el camarero, Nat dijo:

—No le gustaba la marca.

Reinicié el inútil combate dialéctico, por Mario, sacando fuerzas de no sabía dónde, aunque cuanto más peleábamos, más disfrutaba él. No de muy buen grado, el camarero nos envió a otra mesa y comenzó a recoger los restos

de la botella.

—No permitiré que juegues con él como jugaste conmigo.

—Yo no estoy jugando. Te empeñas siempre en que estoy jugando.

Inspiré hondo, pero el aire no me entró del todo en los pulmones.

—Me has arruinado la vida.

—Tu vida ya estaba arruinada.

—¡No estaba arruinada!

—Sí. ¿No te acuerdas? Me lo contabas tú. Yo no lo pedía, pero te empeñabas en contarlo. —Fingió una voz mucho más aguda con la que sin duda pretendió imitarme— «Se me comía la rutina. Los días resultaban idénticos y no conseguía disfrutar con nada. No amaba. Vivía en un espacio y un tiempo gris donde todo resultaba anodino».

—Eso ya pasó.

—Pasó gracias a que me encontraste.

—Eso ya pasó y ahora Mario está en peligro, yo hecha una mierda y Humberto jodido, muy jodido por tu culpa.

Abrió mucho los ojos, frunció el ceño y se señaló.

—¿Por mi... culpa?

—Sí. Por tu culpa. Desde que irrumpiste en mi vida no has dejado de joderme.

Se echó hacia atrás y dijo con socarronería:

—Eso es muy cierto.

—Qué buscas. No es posible que solo desees destruirnos. ¿Es eso? ¿Quieres destruirnos?

—Yo no... ¿destruiros?

—Porque si deseas destruirnos lo vas a tener muy difícil. Lo primero que voy a hacer...

—Sara, ¿de verdad piensas que ya no estás enamorada de mí?

—Pero tú... cómo... ¿Tú qué coño crees?

—Que no conseguirás olvidarme nunca. Por mucho que te lo propongas. Y que lo mismo le sucede a Mario. Porque el amor se encuentra por encima de la voluntad de las personas. Por eso estamos condenados. Los tres. Mario. Tú y yo. Y Humberto si se recupera.

Inspiré hondo para acopiar valor.

—¿Qué piensas que hará la policía cuando sepa que en ese antro que llamas academia te encargas de abusar de los alumnos menores de edad? Olvídate del trabajo. Porque mi hijo es menor de edad. ¿Lo has pensado?

—Qué.

—Lo has oído muy bien. Es menor...

Nat tomó un largo trago de cerveza y el rastro de la espuma se le quedó en los labios.

—Claudia... ¿qué insinúas? Mario no comprenderá que intentes separarme de él, apartarlo del hombre que ama por culpa de la retrógrada moral de las familias acomodadas. —Hizo una pausa—. Porque eso es lo único que podrás argumentar. A menos que le cuentes la verdad entera.

Me acerqué a él.

—No le vas a contar nada. ¿Oyes? Y si se lo cuentas, no te creerá.

—¿No me creerá?

—No.

—Ya.

—No te creerá —insistí.

Nat sonrió. Como si hubiera esperado el momento.

—¿Te has mirado al espejo últimamente?

Pensé que estaba refiriéndose a que había envejecido diez años de golpe desde lo de Humberto. En que seguramente estaría horrible. Pero no caí en lo que deseaba decir hasta que añadió con cierta sutileza:

—Por... ¿la espalda?

Se me revolvieron las tripas. La imagen de la mujer geométrica apareció ante mí como la gran amenaza de la que nunca podría librarme. Y, sin embargo, no había sido capaz de pensar en ello hasta entonces.

—Hijo de puta.

Alzó las palmas de las manos. Cogió la botella de cerveza, me la acercó al tiempo que preguntaba:

—¿Quieres lanzármela?

—Lo tenías todo pensado.

—No.

—Lo habías planeado antes de que sucediera. Desde el principio. Desde el mensaje. Eres maquiavélico, eres...

—No había planeado nada.

—Mentiroso.

—Solo quería que me llevaras para siempre. Contigo. Fuera donde fueras.

—¿Estás gozando?

—Qué.

—Di. ¿Se te ha puesto dura? ¿Te gusta verme así? —Apreté el puño delante de sus narices—. ¿Vencida? ¿Te pone? Te pone ver cómo me arrastro, ¿verdad? Imagino lo dura que la tienes.

—Compruébalo tú misma.

Ya no pude reprimirme. Me abalancé sobre él y comencé a arañarlo. A morderlo. Le escupí. Lloré. Grité...

Hasta que un grupo de gente vino a separarnos. El camarero dijo que iban a llamar a la policía.

Y Nat dijo:

—Sí. A la policía.

Cuando salí, me di cuenta de que Claudia me había llamado cinco veces. Marqué. Pero no fui capaz de articular una sola palabra. Me había sentado en uno de los bancos del jardín que daba a la antigua y ruinoso muralla. Unos niños correteaban entre los columpios y recordé a Mario algunos años atrás — solo unos pocos—, con la melenita morena al viento, y a mí persiguiéndolo a todas partes por si se caía de morros o lo golpeaba uno de esos odiosos columpios que son una silla atada con cadenas a una estructura metálica. Y también vislumbré a Humberto. En el banco. Con el periódico entre las manos, diciendo: «Déjalo».

Volví a marcar.

—Quiero matarlo.

—...

—Quiero matarlo. Es él o yo. Él o nosotros.

Claudia dijo que iba a arreglarse el trabajo para venir esa noche.

—No quiero hablar. De verdad.

—Claro que quieres hablar. Me has llamado porque quieres hablar.

—No. Solo quiero acabar con ese hijo de puta. Solo estaré bien cuando sepa que no existe.

—Escucha. Sé muy bien lo que te pasa, lo que te preocupa y lo que debemos hacer para solucionarlo, así que tranquila. Es muy sencillo. En tres horas y media estamos juntas.

Aguanta ese tiempo, solo te pido ese tiempo, y verás como la vida tiene otro color.

Me quedé en aquel banco después de colgar. No podía contener el llanto. Sin duda, estaba dando un pésimo espectáculo a los niños del parque. Sus madres, sus padres me miraban como una amenaza. No supe exactamente de qué. Pero una amenaza para sus idílicas felicidades de ropitas y primeras palabras, primeros pasos, primeros mamá y papá, de la hermética alegría que no admite tristezas.

Un hombre mayor llegó arrastrando una silla de ruedas. Se situó a mi lado. En la silla llevaba a un niño. No un niño pequeño. Un niño a lo mejor de veinte años. Un niño con las manos dobladas hacia adentro, hacia los antebrazos como una mantis religiosa, que movía la cabeza ladeada en lo que parecía un continuo e inútil esfuerzo por mantenerla erguida.

Sin decir palabra, el hombre me puso la mano en la espalda.

Pensé: «Es un mago y, con el calor que irradia, conseguirá borrar el tatuaje para siempre».

Y seguí llorando, cabizbaja, mientras el niño emitía sonidos incomprensibles. Un gorjeo como si fuera a atragantarse y que me pareció el sonido más terrible que había escuchado jamás.

—No le gusta que llore —dijo el hombre. Y al alzar la cabeza comprobé que quizá no fuera tan viejo. Solo unos años mayor que yo. Unos años solo.

Hice un gesto con el que deseaba comunicar que no podía evitarlo, y el hombre dijo:

—Todo pasa. No sé lo que le habrá ocurrido, pero estoy casi seguro de que su vida no habrá sido ni la mitad de desgraciada que la mía. Y, si de algo me he dado cuenta, es de que nada es perpetuo.

Miré al chico en la silla. El hombre continuó:

—No le voy a contar mis penas, pero ¿sabe lo que pensaba yo en los peores momentos?

Negué con la cabeza.

—En el universo.

Pensé: «Como Nat».

—En la grandeza del universo.

«En la grandeza del universo». Dentro de mi enorme desgracia se había colado un resquicio cómico, acaso grotesco. Un hombre a quien no conocía, llevando a un niño en una silla de ruedas —un niño como el que aguantó el *pipí* en el Westin mientras Nat y yo ocupábamos el baño—, que hablaba de la grandeza del universo como paliativo de las penas.

Prosiguió:

—Pensaba en lo insignificantes que somos. Lo poquita cosa para preocuparnos de nuestras desgracias. Quizá le parezca una tontería, pero a mí me ayudaba bastante.

Pensé: «Por Dios, qué mal me encuentro».

—También me decía —continuó el hombre— que no sabemos nada. Que no comprendemos nada. Ni siquiera las tristezas más obvias. Ni por qué lloramos o nos sentimos tristes o alegres. Y que haya lo que haya por ahí arriba, formemos parte de lo que formemos, resulta bastante significativo que no lo comprendamos. Que seamos tan ignorantes. ¿Y sabe lo que concluí después de todo eso?

—...

—Que sufrir supone la gran derrota de nuestra insignificancia. —Se calló un instante y prosiguió con más fuerza—: Y podemos vencer. Somos más o menos felices según cómo asumamos lo que sucede fuera. Es curioso, pero hasta lo que carece de solución, se resuelve dentro de nosotros.

Recordé a Claudia diciéndome aquello de: «Yo nunca lloro ante las derrotas» y lo de «tu felicidad solo depende de ti» y me pareció que el hombre era un enviado de ella o algo por el estilo. O que el mundo entero había aprendido el mismo mensaje para que comprendiera mi incompetencia en el modo de sobrellevar la vida. Deseaba marcharme. Lo necesitaba. Lejos. Lejos de aquel hombre. Lejos de la ciudad.

Lejos de mi familia. De Humberto. Lejos de Mario. Lejos de Rodri. Lejos

de mí. Lejos y para siempre.

—Y ese es el secreto —dijo el hombre a modo de colofón, aunque su discurso no concluyó ahí pues estuvo hablando mucho tiempo, hasta que cayeron las primeras sombras de la noche, en una marabunta de mensajes caóticos.

«Huir al Universo —pensé—. Quizá nunca haya pertenecido del todo a este mundo».

Cuando Claudia me llamó para decir que había llegado a Valencia, aún me encontraba en el mismo banco. Había anochecido. No quedaba ni rastro de los niños ni del hombre con el chico de la silla de ruedas.

Le pedí que acudiera a casa. Cuando llegué, estaba allí con Mario. Y no supe lo que habían hablado o dejado de hablar, pero él no me recriminó que hubiera hecho novillos de hospital todo el día.

Claudia y yo salimos a dar un paseo por las cercanías del parque de Marchalenes, junto a las antiguas vías del tren.

—No le habrás contado nada.

—¡No!

Bordeamos el parque. Adentro, la oscuridad resultaba amenazante.

—Esta vez creo que va a ser un poco difícil que me ayudes.

—Ayudarnos los unos a los otros nunca es fácil.

Había salido la Claudia de las grandes frases, de las putas revistas a las que estaba suscrita.

Inspiré hondo antes de preguntar.

—Pero qué me pasa, Claudia. Qué coño me pasa. Qué es lo que tengo yo que todo me sale...

Nos detuvimos. Me cogió de las dos manos.

—Sé lo que más te atormenta.

—Yo también lo sé. Lo que más me atormenta es...

—Espera. Intentaré explicártelo de una manera sencilla: Aunque hayas disfrutado con lo que has hecho con Rodri...

—Nat.

—Aunque hayas disfrutado en tus relaciones con Nat —prosiguió Claudia—, te has sentido indecente. Y ahora temes que tu hijo haya seguido o pueda seguir tus pasos, disfrutar del mismo modo, con la rémora del pecado. Hasta ahí es obvio.

—No quiero pensar en mi hijo, en...

—No es mi pretensión tranquilizarte, ya sabes que me gusta ir con la verdad por delante, pero me atrevería a afirmar que Nat no se habrá comportado con él igual que contigo.

—Tú no conoces al hijo puta ese.

—Quizá no lo sepamos nunca. Pero es posible que esté tan obsesionado con mantener la pureza de tu hijo como en llevarte al lado oscuro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estudio patrones de conducta. Y creo adivinar en la compleja personalidad de Nat que necesita pertenecer a los dos mundos.

Aquella fue la mejor medicina que me han dado nunca. Un bálsamo instantáneo.

—Pero hay otro tema que te preocupa.

—Qué.

—El chantaje. —Me cogió de las manos—. Debes contárselo a Mario, Sara. Contarle que tuviste una relación con Nat sin saber que era él.

—¡No puedo hacer eso!

—Sé que es duro. Pero yo te puedo ayudar, puedo...

—No. No es duro. Sencillamente es imposible.

—Ni tú ni él habéis mentido. Os habéis dejado seducir. Solo eso. Pero os mintió. A los dos.

—No. No puedo contárselo a Mario.

¿Qué imagen le iba a quedar de mí si le confesaba lo que había sucedido? ¿Qué recuerdo prevalecería cuando fuera a dejar un ramo de flores en el búcaro del cementerio al lado de mi foto? Se borrarían las caricias y los abrazos. Los cuidados y los mimos de años y años de amor.

Los besos.

—Es la única manera de protegerlo.

—No. No. Puede, puede que... tengas razón. Joder, puede que tengas



razón, pero cómo coño va a digerir Mario que su madre se ha liado con el hombre de su vida y... ¿le cuento las vejaciones? ¿Le cuento cómo se la chupé de camino al Saler, cómo yo cogía el volante mientras él me masturbaba?

—No hace falta entrar en los detalles.

—No. —Me cubrí la cara con las manos—. No. Por favor no me pidas eso. No podría resistirlo. ¿Y lo de Humberto? ¿Lo de Humberto también se lo cuento? ¿Le digo que su padre también estuvo implicado? ¿Los dos en la habitación mientras Rodri...?

—No hace falta que me lo expliques. No quiero saberlo.

—Es... es...

—Si no se lo cuentas, siempre estarás atenazada por tus fantasmas.

—Prefiero estar atenazada.

—Y hará de ti lo que quiera. ¿Entiendes? Lo que quiera. Y en consecuencia...

—Qué.

—También con Mario.

Claudia se marchó al día siguiente. Me reforzó la medicación para que estuviera más tranquila y dijo que volvería pronto, que hablaríamos todos los días por teléfono.

Así sucedió e intenté aferrarme a la rutina del hospital como un paliativo. Humberto parecía más sereno. Con los brazos sobre el pecho. Los ojos cerrados. Y aunque el doctor aseguraba que había salido del coma, yo no encontré demasiadas diferencias. A media mañana llegaron las enfermeras para limpiarlo y lo llevaron a una nueva cama. A las dos horas, llegó otro paciente. Un joven de aspecto cadavérico al que acompañaba su madre, una mujer regordeta que olía mucho a pescado.

Yo no tenía ganas de hablar. Me funcionaba muy despacio la cabeza, pero la madre del chico señaló a Humberto.

—¿Su marido?

Asentí sin dar más explicaciones. La señora insistió:

—Qué le pasa.

A duras penas le dije que había estado en coma. Y por cortesía pregunté por el estado de su chico, aunque parecía evidente que bien no estaba.

—Lo de siempre —dijo, y se llevó el pulgar y el índice a la vena del brazo—. Con la metadona se queda tranquilo unas horas.

—...

—Es algo contra lo que no podemos luchar. —Me miró con ternura—. ¿Tiene usted hijos?

—Uno.

—¿Y está bien?

Respondí que sí.

—Pues no sabe lo que vale eso.

Se me quedó la frase. «No sabe lo que vale eso». La rumié durante la noche en el sillón del hospital. ¿No lo sabía? ¿No era consciente del valor que *eso* añadía a mi vida? Claudia decía que las cosas importantes pasaban desapercibidas hasta que se perdían.

Y yo poseía la salud de Mario. Como un bien. La salud ajena a Nat. Solo debía luchar para que desapareciera la amenaza.

Tan sencillo y a la vez tan difícil...

## *Capítulo XVII*

Los días avanzaron como uno solo. Humberto mirando la nada y el chico drogadicto durmiendo bajo los efectos de la metadona mientras la madre cabeceaba adormilada en la silla.

Mario y yo apenas hablábamos. De vez en cuando, decía alguna frase sin abandonar el tono de tristeza. Se dirigía a Humberto, pero a mí me gustaba pensar que se trataba de un sutil intento de comunicarse conmigo porque estábamos abocados a la reconciliación.

Siempre hablaba de Nat.

«Ha empezado a pintar una serie de cuadros titulados *Deseo de madurez*».

«En cuanto te pongas bien del todo, nos iremos a vivir juntos».

Aquellos escuetos mensajes, me recordaban los créditos finales de las películas.

«Cuando salgamos de aquí, te enseñaré su academia».

«Ahora necesita una persona que le ayude».

Yo intentaba aparentar indiferencia, pero con la tentación cada vez mayor de revelarle:

—Nat y yo hemos mantenido una relación a tus espaldas.

¿Cuántas veces lo imaginé?

Mario se queda perplejo antes de fruncir el ceño y decir:

—No entiendo.

—Hemos estado saliendo.

—¿Saliendo? ¿Tú y... Nat? ¿Cómo, cómo vais a estar saliendo tú y Nat?

—No solo hemos estado saliendo. Hemos ido mucho más allá.

Mario entrecierra los ojos intentando comprender.

—Qué significa más allá.

—Hemos mantenido relaciones con otras personas. Incluso con tu padre. Hemos gozado del sexo en público, porque nos estimulaba y un amigo suyo me grabó en la espalda el cuadro *La mujer geométrica*. Mira.

Me levanto la camisa para dejar la espalda al aire y Mario se echa las manos a la cabeza.

Y mientras me atormentaban tales pensamientos, la perversa mano del cínico seguía manejando sus marionetas desde la distancia. Eso fue lo que pensé cuando en otra de aquellas interminables tardes de hospital, Mario rompió la barrera de nuestra comunicación indirecta para decir que Nat había pensado en mí.

—¿En mí?

—Para ayudarle en la academia.

Así podría distraerme, continuó diciendo Mario, y tendría un horario flexible para seguir cuidando de Humberto.

Pensé: «Hijo de puta». Habían transcurrido casi dos semanas desde que le había roto la cerveza en el hombro. Mario y él seguían juntos. De nada habían servido los ruegos, las súplicas, las amenazas. ¿Cuál era la siguiente *sorpresa* que me había preparado aquella mente ilimitada para asombrarme?

Mario dijo que debía realizar una especie de entrevista donde me informaría acerca de las condiciones del puesto.

A aquellas alturas ya había comprendido que con Nat no servían evasivas. Debía obedecer. Acudir a su llamada. Lo más pronto posible. Como siempre.

*Y concertamos la entrevista esa tarde.*

\*\*\*

Cuando llegué a la Brun Co., estaba esperándome en la recepción y antes de que dijera cualquier palabra que pudiera desestabilizarme, señalé el cuadro de la mujer geométrica. Dije:

—¿Sabes que se pueden borrar los tatuajes? ¿Que existe un método con el que no queda ni rastro?

Nat hizo un vago mohín.

—Buf.

—Buf qué.

—Que cuesta un montón.

—No me importa el dinero.

Me miró de arriba abajo.

—No me refería a dinero. Me refería a tiempo. Al menos siete u ocho sesiones bien espaciadas entre ellas. Y no tengo la seguridad de que se borre por completo. Siempre quedan rastros. Hay rastros indelebles. —Me miró fijamente—. Pero supongo que no has venido a hablar de tatuajes. No puedes imaginar cuánto lamento que quieras quitártelo. Es como si te despojaras de lo mejor de mí.

Pensé: «Por lo único que te interesa el tatuaje es porque supone un testimonio de nuestra relación. Pero es verdad: no hemos venido a hablar de tatuajes».

—¿Estás solo?

—Sí.

—¿No hay clases?

—Hasta las siete, no.

Nos adentramos en aquel pasillo de techo alto y puertas blancas, antiguas, a ambos lados. Él delante. Yo detrás. Señaló a la derecha.

—¿Recuerdas?

Se trataba del almacén donde habíamos consumado la primera cita. Cuando me pintó desnuda y permanecí tanto tiempo con los ojos vendados sin saber qué ocurría.

Abrió la puerta de su despacho. Me ofreció café.

—Vete a la mierda.

Se me quedó mirando un instante. Después, se sentó, cogió un montoncito de folios y los reordenó con unos golpecitos verticales y horizontales sobre la mesa.

—Muy bien. Vayamos a la entrevista. Hábleme de su experiencia.

—Mi experiencia.

—Sí. Dónde ha trabajado, ¿ha mantenido relaciones con sus jefes, ha fantaseado con ellos...?

—No comprendes la gravedad de tu situación.

Anotó mientras repetía en voz alta:

—La gra... ve... dad de la si... tua...

—Estoy aquí no porque me hayas llamado, sino porque te voy a dar un ultimátum.

Asintió y siguió escribiendo.

—¿Me has oído?

—Otro ultimátum. —Señaló el folio como si lo hubiera apuntado allí.

Inspiré hondo para mantenerme serena porque sabía que le provocaba ponerme nerviosa.

—Vas a dejar a Mario hoy.

Siguió anotando.

—Hoy.

—Sí. Hoy.

—El día de la entrevista de trabajo de su madre.

—El día de lo que sea.

—No pensará que ella ha influido en la separación.

—Ha llegado un punto en que ya no me importa tanto lo que piense sino lo que suceda. Vas a cortar. Te guste o no te guste.

—Muy bien.

Aguardé a que prosiguiera. Al principio pensé que lo decía en ese tono tan irónico característico en él.

—Puedes burlarte todo lo que quieras.

—No me estoy burlando. Si quieres que lo deje, lo dejaré. Solo pediré una condición.

—Cuál.

—Que sigas conmigo, por supuesto.

Solté una carcajada.

—No estoy para bromas.

Y él puso una voz pusilánime como fingida.

—Yo nunca hablo en broma.

—¿Y cómo piensas que puedo volver contigo después de...?

—Porque sé que piensas en mí todas las noches, por mucho que te duela, y porque te encantaría tener una excusa para follar de nuevo conmigo. Revivir

aquellos momentos, en el Westin, en el Mirador...

—¡Calla!

—... en cualquier lugar donde alguien permanezca al acecho. Incluso desearías que...

Se acercó. Intenté zafarme de él.

—¿Me has traído aquí para... para... me has... traído hasta aquí para...?

—Es el único modo de que goces sin el peso de la conciencia. ¿No lo has soñado alguna vez? ¿No forma parte de tus oscuras fantasías?

Comenzó a arrancarme el vestido. Le llamé hijo de puta, lo amenacé con denunciarlo... Lo golpeé.

Poco a poco fui perdiendo energía. Nat se encaramó sobre mí sin soltarme las muñecas. Aguardaba a la expectativa un gemido de mis labios que le otorgara el triunfo definitivo. Entramos en un estado de calma tensa. Un remanso tras la lucha. Me penetró regodeándose en el recorrido, despacio, hasta el fondo. Solo cuando estaba muy dentro de mí, arremetía con vigor.

—Te gusta.

Le escupí.

—No puedes negarlo. Eso te duele y provoca que te guste mucho más.

—Hijo de puta.

—Pero al mismo tiempo es una sensación intensa. Muy intensa. La impotencia llevada al extremo. Nada provoca tanto placer como la impotencia al límite, cuando uno te has rendido al miedo.

Se movía con la misma cadencia. Muy lento. Demasiado lento. Exasperante. Deseé que terminara de una vez, que me dejara libre para acudir a la policía, contar a Mario las atrocidades de aquel loco.

Rodri continuaba moviéndose.

¡Tan despacio!

Intentaba besarme y yo lo esquivaba. Una vez. Otra. Cuando se acercó de nuevo, le mordí en el pómulo. Noté cómo los dientes se hundían en su carne y, cuando lo solté, le había provocado una herida.

Pero seguía con el mismo ritmo.

A veces se paraba. Dentro de mí. Mirándome con mucha intensidad como si fuera capaz de leerme el pensamiento. Hasta que reanudaba la marcha. Sin variar la cadencia. Buscaba un suspiro. Un signo, un atisbo de pasión.

Cerré los ojos.

Pensé en Humberto, recostado en la cama, mirando a ninguna parte.

En Mario, vejado en el Mirador, desnudo mientras él lo manoseaba delante de un grupo de viciosos. En que me encontraba sometida al poder plenipotenciario de Nat y que no podría escapar del pasado porque poseía la información que acabaría conmigo.

Y él seguía, despacio, sin pausa.

De nuevo pensé en Humberto. Tan delgado. En Mario, tan inocente; en Humberto, tan serio; en Mario, enterándose de la verdad acerca de su madre; en Humberto, con los labios torcidos por el encono del viejo cascarrabias en el que se había convertido; en Mario, en casa, fuera de sí, rompiendo cuanto caía en sus manos; en Humberto antes de pincharse la insulina, diciendo: «No quiero vivir»; en Mario, después de enterarse de lo nuestro: «No quiero vivir»; en mí: «No quiero vivir».

«No quiero vivir».

Nat continuaba moviéndose, sin soltarme las muñecas.

—Termina ya, termina...

Sentí cómo se le ponía más dura. Entonces aumentó la velocidad.

—¿Así?

—...

—¿Así?

Más rápido.

—¿Te gusta así?

—No me gusta, no me gusta, hijo de puta. Solo quiero que me dejes, hijo de puta. Que termines. ¿No te das cuenta, hijo de puta?

—Me encanta que me llames hijo de puta.

Regresó a la exasperante parsimonia anterior. El recorrido. El largo recorrido.

Y el golpe final.

—Me encanta que me llames hijo de puta —repitió.

—Por favor...

Se tornó muy dulce para preguntar:

—¿Quieres que me mueva más rápido?

Me dolían las muñecas. Los riñones. Las piernas, el cuello, la cabeza, el



cuerpo entero. Todo me dolía excepto el sexo, que se había adormecido. Y tenía tantas ganas de llorar que no podía llorar.

—¿Más rápido?

—Termina.

—Pídeme que me mueva más rápido si quieres que termine.

—...

—¡Vamos! ¿Te gusta un poco más fuerte, un poco más deprisa?

Por toda respuesta apreté los puños. Pensé de nuevo en Humberto, tumbado en la cama, ojeroso y moribundo. En Mario, llorando incrédulo mientras se agarraba la cabeza. «No quiero vivir».

—No queremos vivir.

—¿Así?

Se movió de manera convulsa. Salvaje. Primitivo. Como si fuera a desgarrarme por dentro.

—¿Así?

Hasta que se detuvo.

—No me dices nada.

Ni siquiera quedaba la opción de llamarlo hijo de puta. De escupirle. Porque con todas las vejaciones parecía disfrutar. Y mucho menos quería pedirle que siguiera.

—¿Cuánto va a durar esto?

—Toda la vida.

—Déjame, por favor.

—Me encanta que me supliquen.

—¡Es una pesadilla!

De nuevo arremetió con fuerza.

Se detuvo.

De nuevo arremetió con fuerza.

Se detuvo.

De nuevo arremetió con fuerza.

Se detuvo.

De nuevo arremetió con fuerza.

Se detuvo.

Hasta que supliqué:

—Termina. Termina de una vez.

Entonces me recorrió con la lengua como un poseso, mientras me penetraba. Más bárbaro. Más feroz. Más baboso.

—¿Así?

—No te oigo, amor. No te oigo.

—...

—Qué.

Pensé en Humberto, con los ojos abiertos, muerto. En Mario, con las venas cortadas. La mirada perdida.

—¿Más fuerte?

—...

—Te quiero, Claudia, te quiero. Te quiero...

Me mordí los labios. Hasta sangrar. Porque necesitaba el dolor. No podía consentir que aquel hijo de puta me arrancara un minúsculo gemido.

Contraje la vagina, pero fue mal remedio. Nat aulló como si lo hubieran abatido con balas de plata. Aquel aullido ha seguido apareciendo un día tras otro en mis peores pesadillas. Después, se retiró a un lado. Yo apenas podía moverme. No tenía conciencia del tiempo que había durado la tortura. Pensé en la mantis religiosa, que tras el apareamiento arranca la cabeza al macho.

—A partir de ahora vamos a tener que hacerlo así —dijo mucho después—. Necesitabas un polvo como este para excusarte, para...

—¡Me has violado, hijo de puta! —Intenté incorporarme. Sentí una lacerante punzada en los riñones, como una inyección. Miré alrededor buscando un objeto punzante o contundente, algo con lo que golpear a Nat y aplacar la rabia inmediata. Entrecerré los ojos. Me temblaba el cuerpo entero. Saqué el móvil.

—¿A quién llamas? —preguntó mientras abandonaba la sala sonriente.

No acertaba con los números. Lo conseguí después de muchos esfuerzos. El teléfono me golpeaba en la oreja, en las sienes. Escuché una voz grave al otro lado: «Policía». Y me costó arrancar con las palabras precisas.

—Me han... Me han... —De nuevo me asaltó el maldito llanto.  
Entonces apareció Nat. Desnudo. Hablando por el móvil. Tan jovial...  
—Pues bien, Mario. —Me miró—. Me pregunta tu hijo que cómo te ha salido la entrevista. Si te vamos a coger en la academia.  
Al otro lado del teléfono, el policía preguntó:  
«¿Señora?».

Colgué.

Nat siguió hablando con el mismo tono.

—La verdad es que lo ha hecho muy bien. —Se quedó escuchando y dijo —: Sí, te la paso.

Negué airada con los brazos, junté en vano las dos manos en una súplica, pero el teléfono apareció frente a mí. Gigantesco.

—Ten. Mario quiere que te pongas.

Escuché la voz de mi hijo. Insultantemente animado en comparación conmigo, tan distinto al Mario de unos días y unas semanas y unos meses atrás.

—Ya me ha dicho Nat que bien.

Aparté el teléfono para que la respiración entrecortada no me delatara.

—Sí —dije tragándose las lágrimas.

—¿Pues sabes qué?

—Papá ha dicho la primera palabra.

Nat se acercó y me abrazó. Le di un codazo, pero insistió. Me acariciaba obscenamente. Los hombros. Las caderas. El culo.

Iniciamos entonces una ridícula huida y persecución por la sala.

—¿Me has oído?

—Sí.

—Es una buena noticia. El doctor dice que es una buena noticia.

»¿Y sabes qué palabra ha dicho? Bueno, la verdad es que no sé si la he entendido bien, porque era difícil y estoy condicionado, pero ¿sabes? Yo creo que ha dicho... ¿Estás ahí?

Nat continuaba persiguiéndome. Colgué y le tiré el teléfono. Fui

lanzándole todo lo que había en la sala. Lienzos. Botes de pintura. Botellas de trementina. Pinceles. Un busto inacabado. Otro. Hasta el caballete. A él parecía divertirse mucho.

Cuando ya no pude más, me dejé caer en el suelo.

Entonces dijo:

—Voy a comprarte un vestido.

No sé muy bien lo que sucedió el tiempo en que estuve esperándolo. O no esperándolo. El tiempo que pasé allí, en el suelo, tiritando de frío. Una chica entró en la academia. Escuché su voz lejana en recepción y cómo preguntaba:

—¿Hay alguien?

Después Nat entró en el despacho y dijo:

—Creo que es tu talla.

Dejó un vestido rojo de algodón sobre el respaldo de la silla y desapareció.

Pensé: «He de llamar a Claudia».

Y de inmediato: «A Claudia no, por favor».

Sabía lo que iba a decir. Por nada del mundo deseaba que me repitiera:

«Tienes que contárselo a Mario».

«Mientras no se lo cuentes estarás en sus manos».

«Debes contárselo todo. Ya».

«Todo».

«Ya».

Habría estado bien regresar a casa con el labio herido y haber tenido el coraje de revelar a mi hijo que su novio me había violado escudándose en el secreto de una relación anterior y haber podido denunciarlo para que lo metieran en la puta cárcel.

Pero a medida que me acercaba, con el vestido rojo y el intenso dolor entre las piernas y en el corazón, no se me ocurría cómo empezar. El móvil vibró en mi mano para anunciar un nuevo wasap. Era Nat.

«no me ha quedado claro. has aceptado el empleo?».

Parecía otra burla más. Pero el siguiente mensaje me hizo comprender que no se estaba mofando.

«le puedo decir a Mario que lo has aceptado?».

Empleo equivalía a pacto. Yo por Mario.

En casa, el espejo me devolvió un rostro cansado y triste. Entré en la ducha y estuve lavándome a conciencia. Me curé los labios con yodo. En realidad, parecían las pústulas de un herpes más que voraces mordiscos para evitar cualquier atisbo de placer.

Caí rendida en la cama. Boca arriba. Sin pensar. Me quedé dormida y desperté sudada. Volví a recaer en el aturdimiento y a despertar, y después anduve por la casa sin saber muy bien qué hacía. A las siete, regresé al hospital. Iba a resultar muy, muy difícil sobrellevar mi nueva vida sin demostrar lo rota que estaba por dentro. Aferrarme de nuevo a la superficialidad. No pensar. No recordar. No preguntarme nada. Seguir sin mirar a los lados. Solo al frente.

En el hospital, Humberto seguía igual. Aunque hubiera dicho la primera palabra.

—Qué te ha pasado —preguntó Mario mirándome el labio.

—Fiebre. —Señalé a Humberto—. ¿Ha dicho algo más?

Mario le cogió el moflete.

—Está muy perezoso. Ha pasado el médico y ha dicho que empecemos a estimularlo. Intentemos que sonría, que nos mire, que nos escuche. Es bueno que hable. Que no se quede adormilado.

Me acerqué a él.

Pensé: «Lo siento, Humberto. De verdad. Lo siento».

—Se cortó la llamada antes de que te lo dijera, ¿sabes cuál ha sido su primera palabra después de todo? —preguntó Mario.

«No puedes imaginar lo que estoy sufriendo y lo que me gustaría que estuviéramos juntos, sin *moderneces*, tapados con una mantita en el sofá, saboreando esa felicidad insulsa de los sábados por la noche».

—¿Me has oído?

«Y no sabes lo que voy a tener que hacer para salvar al niño. Pero no te preocupes, porque cuando te recuperes, ya todo habrá pasado. No tendrás que sufrir más por mí. Te lo prometo, Humberto. Te lo prometo».

—¿Me oyes?

—Qué.

—¿Sabes cuál ha sido esa primera palabra?

—Mario —respondí.

Él negó con la cabeza y se quedó esperando a que siguiera. Iba a decir «Sara», pero Mario se anticipó:

—Nat.

Y pensé que lo había imaginado.

## *Capítulo XVIII*

Empezó aquella nueva etapa. La redención. La del pacto. La de salvar a mi hijo del lobo. Una etapa en la que Claudia debía permanecer al margen. No la soportaría repitiendo: «Tienes que denunciarlo», pues implicaba sacar a la luz una verdad inconfesable.

En la penumbra amarillenta de la habitación donde Humberto parecía haberse instalado para siempre, alimentado por una sonda, me resultaba imposible comprender cómo mi vida había llegado a tal extremo. Sí. Puede que me volviese loca. O que ya estuviera loca de antes, había sufrido más de una vez crisis transitorias. Claudia había estado a mi lado siempre. Pero yo nunca sané del todo. Seguía con aquel comportamiento inconsistente que me llevaba a la deriva.

Días después de la primera entrevista, Nat me escribió un mensaje.

«¿Cuándo vas a empezar a trabajar?».

No se trataba de una pregunta sino de otra amenaza, y recorrí resignada el trayecto hasta la Brun Co. convencida de que solo de ese modo retendría a Mario lejos de él.

La puerta de la entrada estaba abierta y cuando sonaron las campanillas, Nat gritó desde el interior:

—¡Ahora salgo!

Esperé en una de las dos sillas de la recepción, frente al cuadro de *La*

*mujer geométrica.*

Salió con una botella de agua en la mano y antes de que hablara, le espetó a bocajarro:

—Estoy aquí porque quiero salvar a mi hijo. Porque hemos hecho un pacto y porque confío en que serás, al menos, honesto para cumplirlo. Lo recuerdas, ¿verdad? ¿Recuerdas el pacto?

—Schhhh. No grites. Por supuesto que lo recuerdo.

—El pacto empieza con que dejas a Mario. Lo dejas en paz. No lo ves nunca más. Primera parte del pacto.

—Eso ya está hecho.

—No está hecho.

—Pregúntale.

Dejó el bolso sobre la silla. Él se quitó la chaqueta.

—Qué le has dicho.

—Que se acabó.

—¿Y el motivo?

—Que había una mujer en mi vida.

—¿Una mujer? ¿Qué mujer?

—Una.

Odiaba aquellas respuestas. Tan ambiguas como todo lo que decía. Me acerqué a la mesa.

—La segunda parte del pacto es que jamás le contarás lo que sucedió entre nosotros. Ni le dirás que estuvimos juntos. ¿Lo tienes claro?

—Claro como el agua clara. —Alzó la botella—. Ahora empieza a trabajar.

—Qué quieres que haga. ¿Me abro de piernas aquí ya, en recepción?

—¡No! Quiero que conozcas a alguien. Lo único que debes decir es que eres mi socia. —Se encogió de hombros—. Y que te llamas... Nat.

—¿Cómo?

—Eso. Solo eso. Ya sabes... El pacto.

Tiró de mi brazo y entramos por el pasillo hasta el despacho donde una cincuentona esperaba sentada con un arrebol en la mejilla y el rostro, de una mansedumbre ansiosa, a punto de quebrarse.

«¡Dios!», pensé.



Parecía una mofa. La recreación de aquel martes en que acudí a conocer a la mujer que estaba robando el corazón de Mario. Entonces había sido engañada. ¿Por otra de las tantas amantes de Nat a la que pidió exactamente que ejecutara el papel que ahora yo debía interpretar?

La mujer me examinó de arriba abajo con cierto pudor.

—Nat, esta mujer deseaba que la informaras de tus cursos de pintura.

Titubeé.

—Son los martes y los jueves. No hay que formalizar matrícula, así que... puede venir cuando quiera. —Se levantó y me pareció que deseaba preguntar. La imaginé con el corazón acelerado después de conocer a la mujer mayor que se había liado con su hijo. Forzó una sonrisa—. Si me disculpa...

Escuché que Nat se excusaba a mis espaldas y cerraba la puerta. Me cogió del brazo.

—Has sido un poco antipática.

Le señalé la cabeza.

—Qué tienes ahí dentro. ¿Qué coño tienes ahí dentro? —Y en ese instante, me aguijoneó la idea de que, desde el principio, lo hubiera planeado todo para destruirnos. Porque no existía mayor placer para él que la destrucción—. Qué cojones tienes.

Él volvió a cogerme del brazo.

—Ven. Te lo voy a enseñar. Aún estamos en horario laboral.

Me llevó hacia el interior de la academia. A una pequeña galería que daba al patio de luces. Me quitó la blusa y entrecerré los ojos. Comenzaba el martirio y la redención. Cada vez que me pusiera la mano encima, cada vez que la hiciera partícipe de sus asquerosos juegos, yo purgaría un poco de culpa. Como el inevitable castigo para salvarme.

—Sube.

—Qué.

—Sube. Sube aquí.

Se trataba de la pequeña baranda de seguridad que separaba la galería del vacío de seis alturas.

—¿¡Cómo voy a subir ahí!?

Me cogió de los muslos, me levantó.

—Cógete.

Intenté asirme al pasamanos de la barandilla y a un pequeño enganche para el toldo incrustado en la pared. Me aferré convencida de que no sería capaz de resistir el peso y que acabaría precipitándome abajo.

—Voy... voy a matarme.

—No si te coges bien —dijo mientras se desabrochaba el cinturón.

No me caí. Pero la sensación de vértigo aún permanecía cuando llegué al hospital. Me veía una y otra vez intentando cogerme a la barra, con la incertidumbre de si sería capaz de aguantar, mientras Nat seguía arremetiendo contra mí.

En la habitación, Humberto permanecía como siempre. Al verme entrar, Mario se levantó del sillón.

—He empezado a trabajar —dije.

Pero mi niño, lejos de alegrarse, se levantó dispuesto a marcharse. Y me costó preguntar sin que resultara irónico:

—¿Estás bien, Mario?

—Me voy. Llevo un montón de horas aquí metido y tengo ganas de llegar a casa. Tumbarme.

Se encaminó hacia la puerta. Lo detuve con una voz.

—¡Mario...!

Pensé en preguntarle: «¿No has quedado con Nat?», pero cuando se giró solo me atreví a decir:

—Nada.

\*\*\*

Rodri cumplía su parte del pacto, y aquel era mi único alivio. Por la noche, la quietud de la habitación me provocó mayor desasosiego. Humberto seguía dormido y tanta calma contrastaba aún más con mi agitada situación interior, donde se entremezclaban recuerdos e imágenes inexistentes acerca de lo que podía tramar aquel loco. Cuál sería el final de la tragedia a la que me había visto abocada por querer saltar la frontera. ¿Había valido la pena experimentar aquellos placeres ahogados en la memoria por el dolor?

Llevaron las cenas un poco antes de hora. El muchacho con el que compartíamos habitación pasaba por uno de esos momentos plácidos en los que no le incomodaba la abstinencia y parecía tranquilo. La madre había bajado unos minutos antes.

—Así me apaño y ya estoy lista. ¿Puede estar al tanto? —me había pedido. Y yo había respondido que sí. Desde entonces el chico no paraba de mirarme, mientras Humberto dormitaba en su estado casi vegetal.

—¿Quieres que te ayude con la cena? —le pregunté, pues comenzaba a incomodarme.

Al muchacho le costó empezar a hablar. Tendría unos veintitantos y estaba delgado como a punto de la muerte.

—Sí.

Abrí los cierres metálicos de la bandeja de color crema. Aún permanecía caliente. Una vaharada de caldo concentrado me golpeó en la cara.

—¿Quieres sopa?

Por toda respuesta, el chico abrió la boca. Cogí la cuchara, comprobé que no quemaba y se la di.

Pensé: «Podría dedicarme a cuidar enfermos».

Me temblaban demasiado las manos para acertar y el chico tragó con dificultad. Inspiró hondo. Miró a Humberto. Luego a mí.

—No se despierta.

Le faltaban muchos dientes y por eso, cuando pronunciaba las «s», emitía un sonido silbante, como un bífido.

—No.

Introduje de nuevo la cuchara en la sopa y el muchacho se incorporó un poco y me cogió por la muñeca.

—¿Qué haces?

—Yo a usted la conozco.

Añadió:

—La he visto. —Le sobrevino un ataque de tos—. La he visto.

Miré a Humberto. Luego a él.

—Déjame. Se lo contaré a tu madre.

Pero no me soltó.

—La he visto. Dentro del coche.

Un calor se apoderó de mí al instante.

—De qué coche.

—Del Audi.

Me quedé parada, con la taza de sopa en una mano, la cuchara en la otra.

—Allá, en el bosque.

—No sé a qué te refieres.

—Sí que lo sabe. La he visto. Con su amigo. En el bosque. A mí no se me escapa ninguna cara del bosque. —Tosió. Hizo un gesto con la mano reclamando el agua y se la di—. No se me olvida ninguna. Se me quedan aquí... vamos... Las recuerdo después en casa. —Carraspeó y le salió la voz más fuerte—. Y las busco por la ciudad.

Lo imaginé pegado a la ventanilla del Audi mientras Nat me abría los muslos, retiraba las bragas, para que me vieran bien.

Para que me vieran bien.

El chico prosiguió.

—Me gustó mucho.

Me pareció absurdo seguir negándolo.

—Hay unas normas.

—Sé que hay unas normas.

—Fuera del Mirador no existimos.

—Ya sé que no existimos, esas son las normas, pero ahora la veo aquí y no puedo evitar recordarla. Y pienso...

Alzó un poco la sábana. Se rio.

—Mire, mire si existe.

Se le había escapado el pene del pijama azul. Delgado y enhiesto.

—Tápate.

Comenzó a acariciarse. Lo cogía de la punta pues tenía un prepucio muy largo y lo movía haciendo círculos como si estuviera preparando mahonesa.

—Enséñeme algo.

—Tápate.

—Enséñeme algo y me tapo. Necesito ver algo o empezaré a chillar.

Miré de soslayo a Humberto.

—Venga, enséñeme.

Me levanté un poco la falda hasta los muslos y el chico se retorció como si

le hubiera dado la corriente.

—Más.

—No.

—¡Más! —exigió.

Me recogí la falda con las dos manos y tiré de ella hacia arriba en un visto y no visto.

Lo tapé con la sábana y él se destapó.

—Las tetas —dijo.

—Ya está.

—Quiero ver las tetas. —Entrecerró los ojos mientras seguía acariciándose—. Las quiero ver bien.

Fui hasta la puerta. Abrí. Comprobé que no había nadie en el pasillo y volví a situarme de espaldas a Humberto. El chico seguía cada uno de mis movimientos con manifiesto deseo, sin dejar de acariciarse.

Me costó agachar el escote del vestido para sacar el pecho por encima del sujetador.

Cuando lo conseguí, el joven dio un suspiro. Movié la mano, más rápido.

—Me encanta.

Estuve un tiempo eterno mostrándome. Por el modo en que gemía y la velocidad de sus movimientos, supuse que llegaría enseguida al orgasmo, pero se demoró.

—Tóquese el pezón.

—Vamos. Date prisa.

Me acaricié.

—Así. —Se incorporó un poco—. Acérquese. Quiero tocarla un poco.

Miré hacia detrás de nuevo. Pensé: «Por favor...».

—Acérquese, vamos. Y enseguida llego.

Obedecí. Me adelanté un paso. El muchacho extendió el brazo izquierdo y me agarró el pecho con su cadavérica mano.

—Eso. Muy bien. Está muy bien. Así. Así... Así. Me encanta. Me encanta. ¿Ve? Va a ser muy rápido. Me encanta —dijo de nuevo antes de bizquear, estremecerse y saltar como una rata herida.

Me recompuse el sujetador. Se había quedado tumbado en una postura antinatural. De contorsionista. La cabeza ladeada y a la vez sumergida en el

colchón. Con el espasmo se había arrancado el gotero.

Todo pareció urgente entonces. Taparlo. Pedirle que se colocara en una posición normal. Mirar a Humberto. Recomponerme el vestido. Avisar a la enfermera.

—Te has arrancado el gotero.

No respondió.

En la bandeja de comida había restos de semen. Había comenzado a limpiarlos, aguantando la repulsión, cuando entró la madre.

—Qué ha pasado.

—Se ha... se ha arrancado el gotero.

—Ay por Dios. Siempre igual.

La madre pulsó el botón. La enfermera apareció más tarde y, con ella, la calma; pero no conseguí quitarme de la cabeza lo que había sucedido. ¿Quién me aseguraba que no se le iría la lengua alguna de aquellas tardes con Mario? «Yo conozco a tu madre». «La he visto» Sentí un escalofrío. «En un Audi A3 junto a un hombre más joven, moreno...».

Pensé: «¿Y el resto?». En el *swinger* había ido con la cara cubierta. Pero no en el Mirador. Ni en el restaurante. Ni en el café *La Infanta*.

¿Cuántas personas serían capaces de reconocerme? ¿Cuántas que supusieran una amenaza del mismo calibre que Nat?

Me acomodé en el sillón a la espera de que me entrara sueño. El chico parecía dormido. La madre parecía dormida y Humberto parecía muerto. Di varias vueltas erráticas por la habitación. Me encontraba muy mal. Cada vez peor. Me pareció que Humberto abría los ojos. O que ya los tenía abiertos. Que todo el tiempo los había tenido abiertos. Y se me revolvió el páncreas al imaginar que nos hubiera visto.

Respiraba por la boca con dificultad, emitió un sonido hosco, una mezcla de gemido y tos.

—¿Quieres algo?

Volvió a emitir el sonido. Esta vez más gutural. Como un lamento.

—¿Llamo a la enfermera? ¿Estás bien?

Me cogió como si sufriera un dolor. Volvió a carraspear y se quedó en suspenso.

—Humberto, por favor... ¿Estás bien? ¿Quieres decirme algo? ¿Quieres decirme...?

Acerqué la cabeza. El oído.

Y entonces lo escuché. Tal y como había aventurado Mario. Inconfundible. Como el innecesario aviso de la gran amenaza que se cernía sobre nosotros:

—Nat...

Salí de la habitación. Recuerdo que apenas podía respirar ni estar de pie porque el presagio de una verdad terrible que comenzaba a tomar cuerpo en mi cabeza, me provocaba un temblor incontrolable.

Llamé a Mario:

Contestó antes de que sonaran dos tonos. Dije:

—Ha vuelto a decir el nombre.

—Qué.

—Tu padre. Ha dicho Nat.

Estuvo un tiempo callado como intentando comprender. Al fin lo escuché suspirar al otro lado.

—Joder, qué susto.

—Cómo es posible.

—Cómo es posible el qué.

—Cómo es posible que diga Nat. Él no lo conoce. ¿No? ¿O sí lo conoce?

—Bueno, le he hablado de él todo el tiempo y poco antes de... de... ese día, fuimos a comer, yo estaba *plof*, le dije que habíamos discutido y... que estábamos saliendo.

—Ya.

—A partir de ahí me encontré un poco mejor. Y empezamos a pensar estrategias para contártelo. Porque, la verdad, era difícil. Muy difícil. Hasta bromeamos.

—¿Bromeasteis?

Se rio. Una jocosidad tan ajena a cómo yo me sentía...

—Sí. Porque no solo estaba saliendo con un hombre, sino con un hombre mayor y con un hombre que tenía dos perros. Dos perrazos. Gigantescos. Y cuando le enseñé la foto a papá...

—Qué foto.

—La foto de Molotov y Cóctel.

—La foto de Molotov y Cóctel —repetí.

—Una foto muy chula.

—¿Una foto de los perros?

—No solo de los perros.

Le pedí que la enviara por wasap y antes de que abandonara el pasillo había llegado.

Debí morderme la lengua para evitar un grito.

Junto a los perros, Mario y Nat. Abrazados.

Mirando a la cámara con ojos vidriosos.

El resto de la noche solo hubo en mi cabeza espacio para una escena. Vivida como un recuerdo. Tan segura estaba de cómo había sucedido:

Humberto, las horas previas a su ingreso hospitalario. Mario le confiesa que se ha enamorado de otro chico, que mantiene una relación de luces y sombras.

Hasta ahí todo normal. Humberto se encogería de hombros como queriendo significar que el amor carece de fronteras; incluso puede que dijera esa misma frase: «El amor carece de fronteras».

Después Mario le muestra la foto.

Humberto traga saliva, apenas le salen las palabras para preguntar:

—¿Es... es Nat?

Unas horas antes lo ha visto. Desnudo. Frente a él. En la pantalla de ordenador.

Comprendí entonces que no había sido capaz de soportar la traición.



No le dice nada. Guarda en silencio y finge una sonrisa. Espera a que se marche para acudir a al botiquín donde guarda los repuestos de insulina de su madre.

No conseguí conciliar el sueño. Por la mañana, cuando las primeras luces comenzaron a clarear por la ventana y el bullicio se adueñó del silencio por el trasiego de enfermeras, carritos de comida, de limpieza y de curas, escribí a mi cuñada Reme.

«Si no quieres venir, no vengas.  
Me quedaré esta mañana».

También a Mario. Un mensaje similar:

«Me voy a quedar con tu padre esta tarde y esta noche. Descansa».

Tardó varias horas en leerlo y respondió:

«Está mejor?».

«Igual».

Pero cuando pasó el médico junto a dos estudiantes y le tomó las constantes vitales, zarandeó la cabeza de izquierda a derecha.

Afirmó que había entrado de nuevo en un estado de semicoma. Dijo

«semi», supongo que para alarmarme menos, porque la verdad es que ordenó el traslado a la unidad de cuidados intensivos.

A la tarde siguiente, Humberto dejó de respirar. Así. De súbito.

Para entonces, los tres, Mario, Reme y yo nos encontrábamos en el hospital porque las noticias que llegaban desde la Unidad de Cuidados Intensivos no podían ser más pesimistas, y recibimos la noticia agarrados como esas tirillas de los Santos Inocentes mientras el doctor nos comunicaba que no había sufrido, que se le había parado el corazón tras una embolia cerebral, sin más aviso que el paulatino deterioro de las constantes vitales tras tantos días en cama.

Y nos marchamos cargados con una bolsita que contenía lo poco que ya quedaba de él. Cuatro efectos personales que sentí latir como si aún conservaran un resquicio de aquella vida que habíamos compartido.

## *Capítulo XIX*

Tras la muerte de Humberto, retornamos a nuestras mutuas soledades en distintos espacios de la casa, como si hubiéramos repartido el territorio. No existían espacios comunes. La cocina y el salón eran míos. El despacho de nadie. Cada cual poseía su baño y su habitación.

Aunque no lo confesó, resultaba evidente que ya no se veía con Nat. Apenas comía, apenas hablaba y apenas abandonaba su cuarto. Cualquier intento de adentrarme en su mundo resultaba infructuoso.

Al dolor de la muerte del padre debía añadir la ruptura. Demasiada carga para un niño que acababa de cumplir los dieciocho años. Aquella edad temida con la que siempre imaginé que podía abandonarme. En medio de tanta tristeza, Nat reclamaba un día tras otro que cumpliera el pacto con mensajes como:

«venir te ayudará a olvidar a querido esposo».  
«tengo mucho trabajo acumulado, no  
querrás que pida ayuda a Mario».  
«la mejor solución no es encerrarse  
y pasar los días recordando».

Pero mi capacidad de resistencia se había derrumbado. No me sentía con fuerzas para responder. Y una tarde comprobé en mis propias carnes el devastador efecto del silencio. Recibí un mensaje contundente:

«despedida!!!!».

Apenas media hora después, Mario salió de la habitación y descolgó la chaqueta del perchero.

—Adónde vas.

Se quedó en la puerta como si no comprendiera la pregunta.

—Adónde —insistí, aunque cada vez vislumbraba con mayor claridad la respuesta.

Nat regresaba a la vida de Mario. Se guiaba por respuestas primarias. Yo no obedecía, él me martirizaba. ¿Qué podía hacer a partir de aquel momento? Eso me pregunté, deambulando por la casa, hasta que solo quedó una idea en mi cabeza.

Nítida.

Una idea que se repitió como si alguien la estuviera susurrando una y otra vez cerca de mí. Se repitió hasta que no tuve más remedio que sentarme abatida en el sofá, mientras observaba la soleada negrura agolpada tras la cortina.

Se repitió al tiempo que un fuego nuevo ardía abrasándome las entrañas.

«Mátalo».

Me provocó un instantáneo gozo e incluso creo que esboqué una sonrisa. Un sinfín de sentimientos contrapuestos bulleron dentro de mí. El intenso desasosiego y el intenso dolor junto a la intensa sensación de una libertad venidera. De nuevo la libertad como el motor de mis actos. Yo, que había nacido para ser esclava de la tradición. De las normas, de la buena conducta, la deseable conducta.

«Mátalo».

Se me secó la boca. Fui a la cocina y me estremeció la visión de los cuchillos alineados en su parapeto de madera. Me senté en la banqueta al lado de la mesa. Allí estuve siguiendo el recorrido del segundero sobre la esfera

naranja del reloj de pared que me acercaba poco a poco al desenlace. Cada segundo se convirtió en un segundo menos, pues pensé que no había escapatoria. Ya no. Llevaba pergeñándolo mucho tiempo. De manera inconsciente. Cada uno de los detalles. Mucho antes de aquel momento.

Como el crimen perfecto que debía a Humberto.

Esta vez no se trataba de un juego.

Siempre me había parecido sencillo; sin embargo, en aquel instante creí que todo lo que había pensado hasta entonces era una gran estupidez: acudir al Mirador. Intercambiar los papeles para que fuera él quien provocara a los esperpentos de las sombras... Maniatarlo al volante con la cinta de embalar... Lo de la bolsa en la cabeza para reducir el oxígeno y acrecentar el gozo... La espera hasta que nos quedáramos solos como otras veces...

Y qué decir del retorno andando.

¿Cómo se me había ocurrido semejante disparate?

Pero lo cierto es que lo había preparado desde que descubrí que la verdadera identidad de Rodri era la de Nat. Lo había preparado sin saberlo, sin darme cuenta. Lo llevaba dentro, del mismo modo que Nat a la mujer geométrica.

Pensé: «Todo asesinato es un disparate».

Pensé: «Mi vida, mi vida se ha convertido en un disparate».

Pensé: «Nat es el disparate».

Su nombre ambiguo era un disparate. Haberlo conocido había sido un disparate. Que saliera con Mario o se liara conmigo había sido un disparate. Que se encaprichara hasta que su único deseo en la vida fuera vejarme. Todo resultaba un disparate.

El plan no hacía más que reafirmar los dispartes.

Preparé el bolso con el mismo interés que cuando de pequeña me marchaba de excursión a la Font del Salt. Agua, dinero, zapatos planos dentro de una bolsa de supermercado, guantes... Los guantes negros que formaban parte de una ropa interior que tiempo atrás había creído provocativa y que en ese momento me pareció un disfraz.

Sentí una especie de regresión. Allí estaba la Sara niña llenando la mochilita azul con lo necesario. La cantimplora verde. El vaso metálico de campamento. Las galletas de chocolate. Los pañuelos de papel. El artilugio multiusos que descorchaba botellas, abría latas, destornillaba y servía de navaja. La bolsa de los saladitos. Y la imagen plastificada en blanco y negro del santo barbudo. En la parte inferior de la imagen colgaba una piedrecita encerrada en una bolsa transparente, un cálculo de riñón, aunque de pequeña siempre me gustó imaginar que la piedrecita revelaba el futuro.

Y aquella tarde, mientras me preguntaba qué más debía incluir en el bolso según *el plan* recordé a la niña viendo en el interior de su mágica piedra a una mujer adulta que prepara una mochila. Una mujer envejecida, aunque todavía no ha cumplido los cincuenta años, que baja al trastero y rebusca hasta que encuentra por fin la cinta de embalar.

La niña se pregunta: «¿Para qué querrá esa mujer la cinta de embalar?». No hay nada que embalar en la Font del Salt. Tampoco en las montañas del Saler donde se dirige poco después subida en un coche conducido por un hombre mucho más joven y que le provoca cierto rubor porque es muy guapo.

Piensa: «Ese es el hombre que conquistará mi corazón». Se lo dice a su amiga Cristina, así, con esas mismas palabras:

—He encontrado al hombre que conquistará mi corazón.

Cristina se ríe.

—¿Lo has encontrado dónde?

—En la pequeña piedrecita del santo.

Cristina llama a toda la pandilla.

—Sara ha visto ahí al hombre que conquistará su corazón.

Se monta un gran revuelo en torno a ella.

Hasta que Humberto, entonces un niño con gafas, apenas dos años mayor, coge el santo de la piedrecita. Mira y se le apaga la risa.

Y en un gesto tan impulsivo como extraño, pues se trata de un muchacho muy tranquilo, lo lanza al barranco formado por las piedras de la cantera. Sara niña observa cómo el santo y la piedrecita sobrevuelan lejos de su alcance hasta perderse de vista, y le pregunta:

—Por qué has hecho eso, Humberto.

Cuando la Sara niña se esfumó, la casa me parecía más grande y más fría, aunque estuviera en Valencia y en plena primavera.

Aquel pasaje de la infancia se había quedado grabado en el último rincón de mi memoria y había emergido tras el paso del tiempo como si la historia de las vidas estuviera ya escrita y se pudiera observar a través de una piedrecita mágica que, en el futuro de la niña, se encontraría soterrada varias capas en el fondo del barranco por el transcurso de los años y el devastador efecto del viento y de la lluvia.

Siempre me pregunté por qué un niño como Humberto, incapaz de emitir una voz más alta que otra, tan preocupado por el bienestar de las niñas, había cometido semejante fechoría. La respuesta me llegaba con retraso: las personas interpretamos las consignas de una trama que no conocemos.

Y en esa trama yo debía coger algunas cosas del trastero. Las máscaras teatrales que había guardado como recuerdo de aquella infortunada noche en el *swinger*. La del actor con bigote y perilla que se ríe y la del que llora. Las tanteé un tiempo entre las manos hasta que me decidí por la primera. Después, todo resultó más sencillo. Una vez la cinta de embalar y la máscara estuvieron en la mochila solo debí preocuparme de no cometer errores. Y pensé que el bueno de Humberto, con sus juegos de crímenes perfectos, me había estado preparando todo el tiempo. Porque en la piedrecita del santo había sido capaz de aventurar la venganza.

La vida solo continuaría si era capaz de cometer el crimen sin errores. Y la vida debía continuar. Las vidas. La mía. La de Mario. Juntos. Porque el asesinato de Nat solo era eso: una apuesta por la vida.

Aún debía resolver pequeños detalles. Preparar el vestido negro que había elegido para la cita. Un modelo de más de veinte años, un poco charlestón, en el que no faltaba un collar de perlas y una pulsera de bisutería, con el que había triunfado en algunas fiestas pues decían que me parecía a la Audrey Hepburn de *Desayuno con diamantes*.

El vestido había permanecido olvidado en el fondo del armario, pero nunca me había atrevido a tirarlo pues había creído que tarde o temprano le llegaría su momento.

Reservé una habitación en el Westin y llevé una muda de ropa limpia que guardé dentro del armario. Había comenzado la cuenta atrás. Volví a casa y esperé a que transcurriera la tarde. Concentrada en cada uno de los detalles. En lo que podía suceder. En los contratiempos. Lejos de la apatía y la pesadumbre que tantas veces me asolaba. En la cocina, saqué papel de periódico, dudé antes de envolver a conciencia uno de los cuchillos y, una vez lo metí en la mochila, me sentí un poco mejor. Como si ya nada pudiera torcerse.

Y por fin llegó el gran momento.

Escribí a Nat.

«Estoy muy mal».

«muy mal con q?».

«No puedes seguir martirizándome. No puedes seguir jugando conmigo y con Mario».

«q quieres? reanudar el pacto? tú



pide y yo concederé los deseos».

«Lo que deseo no ne lo puedes dar. Ya es demasiado tarde, pero me gustaría que comprendieras. Ocupar tu posición y que tú ocupes la mía para que de una puta vez veas lo mal que me siento».

«suena bien». mi posición dnde?».

«Tu posición».

«en el Mirador, por ejemplo? quieres regresar al trabajo y ser la que ordenas? quieres ascender a... jefa? es eso lo que quieres?».

\*\*\*

Quedamos frente a la Casa de Socorro esa tarde y, cuando llegué, con mi vestido negro de charleston sin los aderezos, Nat se encontraba allí. Había salido del A3 y me aguardaba apoyado en el capó como si llevara mucho tiempo. Me coloqué los guantes para completar el atuendo de la seducción y sonrió al verme.

Era terrible que sonriera. Y yo debía parecer natural, pero temí que me iba a delatar la cara.

—Hola.

Pensé: «Esto es todo menos naturalidad». Se acercó y me tomó por la cintura. Intenté separarme, pero me ciñó con más ímpetu y nos besamos.

Pensé: «Su ceguera es mi baza. Su prepotencia y el deseo son mi baza».

—No puedes evitarlo. —Señaló el coche y subimos—. ¿Qué sorpresa me has preparado? —preguntó tamborileando los dedos sobre el volante.

—Cómo.

—Sorpresa. Si quieres estar en mi posición serás tú la que prepare las sorpresas.

—Algo muy especial. Te encantará.

—Muy bien. Dónde vamos.

—Al Mirador.

Quince minutos después serpenteábamos en la perdida carretera del Saler absorbidos por las negras copas de los árboles. Como en esos cuentos de terror de bosques animados y personajes que no consiguen escapar. Poco a poco el A3 perdió velocidad. Nat detuvo el motor. Pasó la mano por detrás del asiento del acompañante.

—Muy bien. Ya estamos aquí.

Saqué del bolso la máscara. Me la puse. Él siguió con la mirada cada uno de mis actos. Cogí la cinta de embalar.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Atarte.

—¿Atarme?

—Al volante.

Sucedió entonces un terrible silencio en el que debió de pensar si iba a permitir que lo atara. Al fin, juntó las dos manos.

—Soy un chico obediente.

Le rodee bien las muñecas con la cinta, tres o cuatro pases, antes de atarlo al volante.

—No pienso escapar —dijo.

—Por si acaso.

—Nunca saldré de tu vida.

No me atrevía a mirarlo mientras lo maniataba. «Nunca saldré de tu vida». Lo afirmaba con tanta convicción que me provocó algunos escalofríos, aunque supiera que, en menos de unas horas, Nat solo sería un mal recuerdo. El recuerdo de una pesadilla.

Salté a la parte de atrás. Desde allí, obviando una de las normas tácitas del juego, abrí las puertas del acompañante y del conductor.

Exclamó:

—¡*Voilà!*

Me arrellané en el asiento y esperé a que comenzara el espectáculo.

Pronto aparecieron las hambrientas sombras siguiendo el olor de la carnaza. Una vez más, como si en la improvisada reunión existiera un protocolo y cada cual ocupara su puesto, se situaron en las puertas delanteras y también detrás, pegados a las ventanillas haciendo hueco con la mano para evitar el escaso reflejo exterior. Me buscaban. No a mí. A la mujer en general, husmeando como animales ciegos.

Y la mujer se encontraba en el asiento trasero, vestida. Con el bolso entre las piernas. Temblando. Pero con el cuchillo en las manos, dispuesta a partir en dos al primer idiota que se acercara.

En ambas puertas abiertas se agolparon tres o cuatro mirones. Se fijaban en Nat y luego indagaban en el interior. Uno de ellos se acercó un poco más. Un hombre mayor que meneaba hacia detrás y hacia delante el prepucio de un miembro flácido.

Me sentí poderosa ordenando a Nat, con el desprecio y la ordinariez que merecían él y el momento:

—Chúpasela.

Repetí:

—Chúpasela, Nat.

El viejo se acercó más al coche y Nat obedeció.

Un chico de aspecto famélico los miró y luego se giró hacia mí. Preguntó con voz rota:

—¿Puedo?

Pedía permiso para entrar.

—Delante —ordené—. Solo delante.

Se acomodó en el asiento. Dije:

—Yo solo miro. Quiero ver cómo lo hacéis gozar. Cómo os provoca y os excita. Él es el protagonista. El que no esté de acuerdo, que se marche.

Hubo un murmullo general de asentimiento en el que se transmitieron las instrucciones de unos a otros.

El joven que se había sentado delante asintió y, tras un momento de indecisión, como si no supiera muy bien cuál era su papel, se arrodilló al lado de Nat.

Ni siquiera me hacía falta el cuchillo. Manejé a aquellos esperpentos con un solo golpe de voz. Obedecieron sin réplica, agolpados en la ventanilla, pobres diablos, incapaces de reprimir una necesidad que los envilecía.

Todos seguían la misma coreografía con los miembros fuera de los pantalones, arriba y abajo como una orquesta de trombones, ejecutando idénticos movimientos en los que no variaba la cadencia. Las voces, los susurros, los deseos caían como lluvia sobre mí. Una vez más, me había transformado en el epicentro de las pasiones. Ya había experimentado junto a Nat esa sensación otros momentos, pero solo esa vez gocé la supremacía con el desprecio que otorgaba la distancia. Observando sus rostros rendidos ante la musa. La inspiradora. La provocación. La diosa.

—Deléitate, Nat. Mira. Escucha.

El sonido acuoso de los prepucios hacia delante y hacia detrás. Las manos que los agitaban. Los jadeos y los suspiros. Los susurros.

Tras los sonidos, llegó el olor de los cuerpos. El inconfundible hedor de aquel sexo a hurtadillas que, en anteriores encuentros, con las ventanillas subidas y las puertas cerradas, solo había descubierto de manera visual, despojado de su esencia. Una heterogénea composición de sudores, esperma, colonia de barbería... se metió en el habitáculo del A3 para mezclarse con las fragancias de brisa marina procedentes del ambientador. También Nat respiraba como si no le quedara aliento, girándose hacia mí. Gratamente extrañado por el innmerecido regalo.

Y yo pensaba en Mario, hablaba mentalmente con Mario, le decía: «Mi niño, todo lo estoy haciendo para salvarte».

En el asiento del acompañante, uno de los hombres eyaculó. Pareció la orden tácita de que se había abierto la veda. Los gemidos se intensificaron. Las eyaculaciones se sucedieron contra Nat, reo frente al pelotón de fusilamiento. Se removió como si lo hubieran ejecutado. Gritó. Y observé la escena repitiéndome: «Todo por ti, mi niño», pero consciente de que aquella última vez, la última, me dejaba un innegable poso de delectación.

Poco a poco el ejército de sombras se dispersó en la negrura de la arboleda. Entonces salté al asiento delantero, cerré las puertas con el seguro y una vida en estampía emergió del follaje. Motos, bicicletas. Algún coche. La función había terminado. La gente se retiraba. Al día siguiente retornarían a sus puestos en el sistema: administrativos, albañiles, parados, médicos, delincuentes, directivos, ilustres abogados o fontaneros, pero serían otros, distintos, lejos de los Hyde de aquella noche.

Aguardé hasta que nos encontramos solos.

Nat y yo. Cara a cara.

Había llegado el momento de escribir el punto y final de la historia.

—Me ha encantado —dijo.

—Aún no hemos terminado.

Como siempre, no preguntó. Se quedó en silencio mientras yo rebuscaba en la guantera. Saqué la bolsa. Esa bolsa que tanto gozo había provocado a Nat cuando aún era Rodri. Lo miré esta vez a los ojos.

Pensé: «Lo siento, hijo de puta».

Le di un beso y dijo:

—Vas a matarme.

Como no fui capaz de soportar su mirada un instante más, le coloqué la bolsa en la cabeza y le rodeé el cuello con la cinta de embalar.

—Adiós, Nat —susurré—. No se trata de una venganza por arrebatarme a Mario, sino del crimen perfecto que solo tú mereces: el crimen perfecto que le debo a Humberto.

No replicó. Ni un lamento. Ni una súplica. A los pocos minutos empezó a moverse convulsamente, pero incluso en ese instante me pareció que no perdía la elegancia, hasta que se quedó rígido. Muy rígido. Con el miembro aún erecto.

Después seguí ejecutando el plan paso por paso. Sin olvidar ninguno. Cogí el

móvil de la chaqueta de Nat, me calcé los zapatos planos y abandoné el lugar. Llegué al pueblo y continué por el interior hasta la costa de Pinedo para seguir en busca del carril bici y del río. Más de tres devastadoras horas de camino, que transcurrieron sin incidencias porque no encontré a nadie hasta las cercanías de la Ciudad de las Ciencias. Más de tres horas terribles en las que la imagen de Nat, sus últimos espasmos, y la idea de la muerte me asfixiaron hasta la locura.

Sin orden, de manera caótica desfilaron ante mí los recuerdos. Y permití que me atormentaran, como parte del obligado castigo que merecía. Cuando conocí a Nat. El primer encuentro en el que se me había insinuado. Tan atrevido y galante. La aventura en el almacén. Su intensa mirada. El olor de su cuerpo.

Sus palabras, hasta el último instante:

«Jamás me separaré de ti».

La seguridad con la que decía las frases.

«Te quiero».

La firmeza con la que me ceñía por la cintura antes de besarme. La mirada.

Se me había olvidado el timbre de su voz. De repente. Me llamó mucho la atención que no consiguiera recordar la voz de Nat. Solo quedaban los mensajes. Repitiéndose. Y su carita de inocencia. Como si lo que sucediera en el mundo no le atañera o fuera incapaz de remediarlo.

«Vas a matarme».

Cuando llegué al Westin, me hervía la cabeza. Los minutos transcurrían con demasiada lentitud. Dejé la bolsa en el suelo, me quité el vestido. Caminé desnuda por la habitación sobre la mullida moqueta. Tomé una bolsa grande y fui metiendo en ella las pruebas: el móvil de Nat, que desmonté para quitar la batería y la tarjeta. El viejo vestido charlestón, que ya había cumplido su cometido tras tantos años de espera. Los guantes. Los zapatos planos. La máscara de actor risueño. El rollo de cinta de embalar. Las perlas. Me tumbé en la cama y borré la lista de llamadas de mi propio teléfono. También el contacto «Rodri». Tuvo un efecto lisérgico, de paz y vacío.

Entré en la ducha y me quedé traspuesta con el recuerdo de la sonatina de Humberto diciendo:

«El tiempo lo arreglará».

Incluso le respondí:

—Sí. Esta vez sí. Esta vez el tiempo va a arreglarlo todo, cariño.

Me abordó una inusitada alegría, como si pudiera escucharme allá donde estuviera. Había resultado bastante más sencillo de lo que había supuesto. Me encontraba muy cansada. Solo eso. Deseaba tumbarme. Dormir. Durante días. Durante meses. Pero me acuciaba la idea de que la policía ya estuviera investigando, así que saqué la ropa limpia del armario, me vestí y acometí la última parte del plan. La más fácil. Abandoné la habitación y fui repartiendo el contenido de la bolsa por los distintos contenedores y papeleras de la ciudad. Sin incidencias.

Había ejecutado el crimen perfecto.

Llegué a casa por la mañana. La habitación de Mario permanecía cerrada y abrí un pequeño resquicio para comprobar que aún dormía.

De nuevo me duché. Lo que había imaginado como una placentera tranquilidad, derivó poco a poco en angustia. La angustia de la espera. Muy pronto algo sucedería. No sabía exactamente qué. Ni cómo. Un grito de Mario. Una llamada...

Encendí la tele. Ya habrían encontrado a Nat. Algún caminante temprano de aquel viernes o incluso la propia policía, pero quizá la noticia tardara unas horas en llegar a las agencias de información.

Cambié con el mando, saltando de cadena en cadena en busca de las emisoras locales que dijeran algo del estilo:

«Un hombre hallado muerto en el interior de su vehículo en el bosque del Saler».

Incluso imaginé varias veces el desarrollo de la noticia:

*«La víctima, un adulto de unos 35 años, ha sido hallado esta mañana con las manos atadas al volante y una bolsa en la cabeza, lo que le habría provocado la muerte por asfixia. Según fuentes oficiales, en el cadáver aparecieron numerosos restos de esperma que inducen a presagiar que el motivo del crimen estaría vinculado con las actividades nocturnas habituales en esa*

*zona, un pequeño espacio oculto en el interior del bosque, escenario de las más oscuras prácticas sexuales».*

Hasta las doce y veintitrés, Mario no salió de la habitación. Buscó las galletas. El Colacao. Tan niño... Después, cada cual regresó a su ratonera y no supe más de él hasta casi las dos, cuando se asomó a la cocina con la chaqueta puesta y dijo:

—No vendré a comer.

—¿No?

—No.

—Pero vas a...

Me dejó con la palabra en la boca. Pensé que el día anterior habría quedado con Nat. No lo localizaba en el móvil, quizá estuviera preocupado, seguro que estaba preocupado; pero, como ya resultaba habitual, no me contó nada y, por una vez, me alegré de que fuera así.

En la tele seguían sin dar la noticia y yo intentaba animarme con la idea de que no podrían asociarme jamás al asesinato. ¿Quién iba a sospechar de mí? Se iniciaba un nuevo presente donde Mario y yo seríamos felices en la medida en que el tiempo borrara poco a poco lo que había sucedido. Pero pronto empezaron a asolarme las dudas. Quizá el plan no fuera tan perfecto. Incluso escuché la voz de Humberto desmontándolo, como hacía siempre. Con aquella sonrisita de satisfacción. «¿Has pensado en la factura del teléfono? Aunque hayas borrado las llamadas, tu número queda registrado en la compañía». Me entró un sudor frío. Humberto prosiguió: «El asesinato perfecto no deja rastros». «¿Y el Audi 3? Hubo un chico que te reconoció gracias al coche. ¿Nadie más va a identificarte como la acompañante aunque llevaras la careta...?».

Cada vez me sentía más angustiada. Susurré: «¡Cállate!». Y otra vez: «¡Cállate, Humberto!». Recorrí la casa diciéndolo. «Por favor, ¡cállate de una vez!». Pero él no hacía caso: «Eso confiando en que nadie encuentre restos de ADN en el asiento de atrás». «O las pruebas en los contenedores. El vestido de Charleston. Las perlas, los guantes...».

Me convertí en mi peor enemiga.

La imagen de la policía al otro lado de la puerta pidiéndome que abriera



me atormentaba. O la de Mario confesándome que acababan de encontrar el cadáver de Nat en el interior del coche.

Procuré relajarme. Boca arriba. Liberando cada una de las partes del cuerpo hasta dejar la mente en blanco.

Recordé a Nat. Los últimos estertores de Nat. Cuando el oxígeno se acaba en la bolsa y cierra los puños. La rigidez de la muerte.

Imaginé a Mario en la planta baja del hospital, en el depósito, identificando el cadáver, dejándose caer después en cualquier rincón.

Lo llamé y el móvil sonó en el interior de la habitación. El móvil de Mario. Con los wasaps y mensajes.

Demasiado tentador en medio de la asfixiante espera.

Mientras pasaba cada una de las pantallas hasta el símbolo verde de wasap, cruzó fugazmente por mi cabeza —o quizá solo lo piense ahora—, en mi crimen perfecto frente al error de seguridad de las poderosas compañías de móviles, y las contraseñas vulnerables cuando entraba una llamada. Me bastó responder para adentrarme sin problemas en los oscuros secretos de Mario. Pulsé el primer chat, el único que me interesaba. Reconocible no solo por el nombre, que no dejaba lugar a dudas, sino también por el icono de perfil: la cara de los dos perros que había visto tantas veces, y fui pasando hacia detrás, saltando los que me parecieron irrelevantes, sin dar crédito a lo que leía:

«Lo siento, Nat, quizá te haya parecido el más  
imbécil y retrógrado de la tierra esta tarde.  
Pero me sentía y me siento muy extraño. La  
loca me ha educado para ser un niño formal.  
Un niño muy bueno. Y todo esto cuesta».

«?».

«Bueno, da igual».

«tu fragilidad me encanta, ya te lo dije».

«Mañana será otro día ahora  
solo quiero dormir».

«buenos días,  
soñaste con el angelito?».

«Muy gracioso».

«mejor?».

«Mejor si no fuera por mi madre,  
q se ha empeñado una vez más en  
destruirme con mil preguntas.

«q edad tiene tu madre?».

«Unos 50 o así. Creo que aún no. Por?».

«curiosidad».

...

«no me has contestado si has soñado con él».

«No he tenido tiempo. Estaba muy  
cansado. Pero si quieres, me acuesto en  
la cama y sueño (despierto para ti)».

«me encantó esa cara de niño perverso  
cdo te levantaste de la bañera y lo  
viste», «te he dicho que te quiero?».

«Me lo has dicho muchas veces, Nat, pero nunca  
contestas a mis preguntas y ayer eso quedó  
en el aire. ¿Qué hiciste para que viniera?»

«solo le dije: joven ejecutivo, el niño que  
estaba comiendo en el restaurante a mediodía  
se muere de ganas por tenerte en sus brazos».

«No me lo creo. Seguro que ya lo conocías.  
Que formaba parte de tus juegos».

...

«Cada vez que me acuerdo de lo de

anoche...» «¡Estás loco!» «Si nos llegan a alcanzar... ¡he soñado con ellos! Pedaleaba y no me movía del sitio». «te habrían violado. Un niño tan mono como tú...». «quieres que la próxima vez nos alcancen!?».

«Capullo». «Todavía no llego a creer que no lo hubieras preparado».

«t quiero».

...

«no me has oído, geométrico? Te han educado para ser geométrico, pero yo te voy a limar las aristas y a romper tanta rigidez.

...

«Hoy prefiero no hablar». «Tengo que poner la cabeza en orden». «En esta casa con una loca ya tenemos bastante y a mi madre no hay quien le arrebate el puesto». «Por cierto, sé que te importa una mierda y que no crees en la pareja, pero ha largado a mi padre. Y eso me ha hundido un poco más en la mierda».

...

«Pero con todo, creo que yo también te quiero. Mucho. No me hagas demasiado caso. Llevo una mala racha. Estoy intentando amoldarme a ti. A tus creencias. A tu modo de ser y de concebir el mundo y el amor. Eso es todo. Lo superaré. Al fin y al cabo, soy como tú. Pero sin atreverme».

...

«Bueno, creo que el mundo entero es como tú, en el fondo, pero sin atreverse».

...

«Llevabas razón esta tarde. No sé por qué me jode tanto. No debería joderme. Pero sigo teniendo ahí un trozo pegado del colegio de los curas y me cuesta comprender». «Quizá lo que más me duela sea mi padre». «Mi padre es de otra forma. Ya sé que no quieres conocerlo y que nunca querrás conocerlo, pero si se da el caso, te encantará».

«y tu madre?».

«Idiota». «Te aseguro que mi madre no te gustará».

«nunca se sabe».

Exclamé «Hijo de puta» y seguí leyendo, aunque las lágrimas me dificultaran la visión.

«A la loca no te gustará conocerla. Te lo aseguro».

«p q?».

«Si alguna vez se da el caso, ya me lo dirás tú». «Ella encarna lo que más odio de mí».

«Me habría gustado más ese local y la experiencia si no hubiera sido... ¡el más jovennnn! ¡Me daba la sensación de ser el

hijo/nieto de todos aquellos viejos!».  
«eso les encantó».

«No te jode».

«y a ti, Mario».

«No pongas en mi boca lo  
que te gustaría oír».

«sí. me encantaría, lo vi anoche en tu  
rostro cuando todos te miraban, pero  
ahora necesito escucharlo de tus labios.  
¿tan difícil es q me lo digas?».

...

«venga, estoy esperando».

«Solo para que te quedes contento: Sí».

«sí q».

«Me encantó».

«si tu madre te hubiera visto... rodeado  
de tantos hombres y mujeres, depravados,  
perversos y maniacos sexuales...»

«pfff. Se muereeee. Te aseguro que se muere».

«Anoche le enseñé a papá la foto esa que  
estamos con Molotov y Cóctel y le hablé de ti.  
«le has hablado de mi y le  
has enseñado mi foto?»

«Si. Era porque estábamos los dos muy jodidos,  
yo con lo que me dijiste de dejarlo, y él,  
supongo que con lo de la loca. No lo lleva  
bien, así que cogí el móvil y le confesé que  
te amaba. Pero tranquilo, que él comprende».

«Uffff. Como si me hubieran lanzado desde un avión sin paracaídas. No sé dónde está la loca y no me dejan entrar a ver a papá».

«ojalá pudiera ayudarte», «pero ya sabes que mi religión no me permite entrar en hospitales».

«Lo decía por ella. Siempre desaparece en los peores momentos. Se puede saber dónde coño se ha metido?».

Entre brumas, me pareció recordar que aquella tarde me había quedado sin batería en casa de Lu, después de que me grabara el tatuaje con la mujer geométrica.

Ya no leí más. Conocía muy bien el resto. Deseé matar a Nat. De nuevo. Para gozar del odio que había ahogado por culpa de la compasión. Después llegaron las preguntas. ¿Había cambiado tanto a mi niño o ya existía ese Mario anterior? Por él me había convertido en asesina. Por él habría dado la vida.

«La loca», me dije. La loca tenía tragaderas suficientes para comerse todo el miedo y la angustia y vomitarlas en un rincón, a solas si hacía falta, como tantas veces. ¿Qué importaba ya que me detuvieran? ¿Que hubiera cometido — y miré como si pudiera encontrar a Humberto en alguna parte...— errores infantiles en el plan?

Me dejé caer en el sofá. No. Mario no había sido así siempre. Lo recordé en distintos momentos de su vida. De pequeño. Casi podía sentir sus abrazos. Y la ternura con la que me llamaba mamá o me besaba. También en la adolescencia, y después en la juventud. No era el dueño de aquellos odiosos mensajes. Nat lo había destruido. Del mismo modo que había destruido a Humberto y del mismo modo en que me estaba destruyendo a mí.

En medio de tanta angustia, mi móvil sonó varias veces. Cuando respondí, apenas sin voz, encontré a Mario al otro lado.

—No voy a cenar.

Me dolió la imagen de mi niño en el sótano del hospital, en el mortuorio. Le pregunté:

—¿Estás bien?

Respondió:

—Sí.

Pensé que no sabía cómo contar lo que había pasado. Se lo notaba en la voz. «Pobre Mario». El hombre que amaba, muerto en un lugar tan extraño y en insólitas circunstancias. ¿Cómo explicar algo así? Necesitaría tiempo para asimilarlo, y después para buscar una historia creíble que contar a los demás. Una historia que borrara la verdad.

Avanzó la noche sin noticias. De nuevo la triste herrumbre sobre los objetos de la casa. La pesadez lánguida de las horas. El miedo. La oscuridad de las habitaciones, aunque las luces permanecieran encendidas.

Mario tardó unas horas en llegar. Me dolió su fingida serenidad. La congoja marcada en el rostro, las ojeras. Los rastros del notorio dolor acumulado tras la gran tragedia. ¿Por qué no confesaba ya de una vez que habían encontrado el cadáver de Nat rebozado de semen en el interior del A3?

Apenas sin aliento, le pregunté:

—De dónde vienes.

—He ido a despedirme de Nat.

Me costó articular las palabras. Una vez más la imagen en el mortuorio. Sobre la cámara, dándole el último adiós. Pregunté.

—¿Despedirte?

—Se marchaba esta noche a Reus.

—Qué.

—Un amigo suyo inaugura una exposición mañana.

—Un amigo...

—Sí.

—¿Lo has visto? ¿Te has... te has despedido personalmente?

—Solo por unos días.

Quise preguntar: «¿De verdad has estado con Nat, de verdad has estado con Nat, de verdad has estado?», pero me mordí la lengua y, después de un tiempo en el que Mario se encerró en el baño, le dije pegada a la puerta:

—En... en la tele han dicho que estaba lloviendo mucho por Tarragona. ¿Por qué... por qué no lo llamas?

Desde dentro, respondió que Nat había perdido el móvil. A saber dónde se lo habría dejado porque, cuando le llamaba, aparecía como desconectado.

—Además, el servicio de búsqueda no consigue localizarlo.

—Qué es el servicio de búsqueda.

—El que localiza el móvil por GPS.

Me sobrecogí. «Deberías haber quitado la tarjeta en el Mirador, no después en el Westin», dijo Humberto en el interior de mi cabeza. Fui a decir algo. Del móvil. De Nat. Incidir en si lo había visto. Pero me quedé en blanco. Y regresé a la habitación porque necesitaba recapacitar. Con calma. Antes de seguir dando pasos en falso.

Cerré la puerta. Nat no podía haberse librado de las férreas ataduras, haber aguantado más de diez minutos o un cuarto de hora sin respirar, ni mucho menos haber resucitado.

Caminé una y otra vez por aquel callejón sin salida, abrumada por el absurdo. Hasta que pensé que solo había una forma de conocer la verdad.

Humberto repetía a menudo esa frase de que el asesino retorna siempre al lugar del crimen, y yo iba a refrendarla. Me levanté a primera hora, escarbé en el cuenco de las llaves y me llevé la del Passat. El mismo camino. La Ciudad de las Ciencias con los impresionantes edificios como restos de animales prehistóricos. El centro comercial. La autovía del Saler. Las carreteras entre la arboleda.

A plena luz del día todo resultaba distinto y me costó reconocer el paraje



nocturno en el que había cometido el asesinato. Pero no me cupo duda cuando llegué. El Mirador. Vacío. En la arena se marcaban las huellas de los vehículos y de las pisadas, pero no había rastro alguno del A3 ni por supuesto de Nat.

Había fallecido delante de mí. Se le había acabado el oxígeno. Se había retorcido. Se había quedado rígido. Y ahora el coche ya no estaba. Lo podían haber retirado los servicios municipales, pero la noticia seguía sin aparecer en los medios. Eso por no hablar de Mario y la despedida. Me repetí que Nat estaba muerto, esa era la única realidad. Incuestionable. Entonces Humberto dejó caer otra de esas terribles frases en el interior de mi cabeza. Una frase que repetía a menudo en vida: «La realidad de cada cual», eso afirmaba cuando no nos poníamos de acuerdo. «La realidad de cada cual». ¿Era posible que aquella fuera solo... mi realidad? ¿Que hubiera creído que...? No. No. Eso implicaba que había sufrido algo así como una paranoia. Y yo no sufría paranoias. No estaba loca. Recordé el wasap de Mario: «En mi casa ya hay una loca y nadie le puede quitar el puesto». «Se ha dedicado toda la vida a joderme»...

La realidad de cada cual.

Pensé en detener el vehículo en el arcén. No me encontraba bien. La voz de Humberto continuó horadándome. «Tú tienes tu mundo ahí dentro, tan distinto al de los demás... y no hay forma de sacarte». «¿Qué me había sucedido otras veces? ¿Sufría una enfermedad degenerativa o qué sufría?». «Qué es lo que tengo yo, Claudia». «Qué coño me pasa». Y en el ocaso de las dudas esa verdad que debía considerar insoslayable: «He matado a Nat».

Pensé en llamar a Claudia. Pero ¿qué iba a decirle?: «A que me encuentro bien, ¿a que no estoy loca?». «¿Verdad que te conté que había estado saliendo con Nat?». «¿Verdad que te conté que habíamos traspasado la frontera?». «¿Verdad que te conté que era un hijo de puta?». «¿Verdad que te conté? ¿Te conté? ¿Te conté? ¿Te conté? Yo. Yo te conté...».

El resto del día y la noche solo fue la odiosa continuación de lo que había

sucedido hasta entonces: tranquilizantes, reconstrucción de hechos, preguntas, incertidumbre, pánico agazapado entre sueño y vigilias. La imagen de Nat mortificándose. Aparecía de improviso. La cara. La sonrisa. También de cuerpo entero, sentado, masturbándose, sin perder la compostura, como sucedía siempre con él, en el dolor, en el placer, hasta en la muerte.

A la mañana siguiente, Mario entró en la habitación y dijo sin demasiado ánimo:

—Vamos a comer.

—¿A comer?

—Con Nat.

Se me aceleró el corazón hasta el espasmo y sentí que los temores de los últimos días se concentraban en un punto de máxima gravedad, como un agujero negro al que me precipitaría en cualquier momento.

Me vestí despacio, muy despacio, como si de golpe todo hubiera retornado a una normalidad punzante a la que, sin duda, me costaría mucho adaptarme.

Salimos juntos hacia el centro. Yo no podía hablar. Y era lo mejor. No hablar. Llegamos a un restaurante del Carmen llamado Karak. La dueña conocía a Mario y nos dijo que Nat esperaba en el comedor privado. Entonces el efecto de los tranquilizantes se diluyó de golpe. Allí estaba. Sentado. De una sola pieza. Sonriente. Se levantó con el brazo extendido y yo correspondí al saludo antes de caer abatida en la butaca.

Pensé: «Qué coño...».

No podía imaginar cuáles habían sido sus dotes de Houdini para encontrarse allí en aquel instante como si nada hubiera sucedido, recompuesto tras un ¿viaje a Reus?, pero intuí que la vida no resultaría fácil a partir de entonces. No solo la mía. Tampoco la de él ni la de Mario.

Se cogieron de la mano.

Pensé: «Por favor, no le cojas la mano».

—No es posible.

—¿No es posible? —preguntó Mario.

—No es posible que... —Miré a Nat. Con aquel aspecto tan odiosamente cabal.

—Qué —insistió Mario.

Tuve la tentación de huir. Al otro lado del mundo. Comenzar de nuevo. Como si el pasado no hubiera existido. Quizá aquella era la única solución. Pero ¿y Mario? ¿Qué retorcidas sorpresas le aguardaban al lado del monstruo?

«El monstruo». «El monstruo inmortal». «El monstruo cínico». «El monstruo invencible».

Miré a Nat y dije, entre dientes:

—Qué tramas ahora. —Él se echó un poco hacia atrás. Cruzó los brazos. Más formal que nunca—. ¿Cómo, cómo conseguiste librarte? ¿Lo sabías? Di: ¿lo sabías?

—No empieces —protestó Mario.

—Claro. El plan resultaba perfecto salvo un pequeño detalle: el cínico conoce perfectamente lo que va a hacer la gilipollas. Sabe que...

—He dicho que no empieces.

Nat replicó:

—Deja. No pasa nada.

—Sí. Sí pasa, Nat.

—No le llames Nat. Llámalo hijo de puta.

—Pero qué... —dijo Mario. Le puse la mano en el antebrazo.

—Sé lo que piensas, sé lo que piensas, cariño. Pero debes creerme. Por favor. A ti... a ti te ha vejado igual que a mí. Me sedujo sin decirme quién era...

—Ya está bien.

—... entonces yo solo deseaba saber dónde te estabas metiendo y acudí a la Brun Co. en busca de alguna información que... porque había descubierto el mensaje en tu móvil, aquel mensaje que supuso el inicio de...

—Calla.

—Y fue él quien lo envió, él quien preparó todo desde el inicio... Debes creerme, cielo. No podemos permitir que nos separe, como nos separó a tu padre y a mí, te estoy contando...

—¡He dicho que ya está!

—Escucha, Mario. Es la verdad. Mira. —Comencé a desabrocharme el

vestido. Me lo bajé hasta el ombligo. Mario intentó evitarlo—. Mira.

—Por favor. No puedo.

—Mira. Mira lo que llevo en la espalda. ¡Mira!

Me giré para que lo viera bien. Mario exclamó:

—¡Diossss!

—¿Quién crees que me hizo esto? *La mujer geométrica*. ¿A qué mente perversa se le podría haber ocurrido? —Señalé a Nat—. Es un desequilibrado, ¿entiendes? ¡¡Un desequilibrado!!

Alertados por los gritos, entraron varios empleados del restaurante. La dueña se quedó en la puerta y juntó las dos manos como en un rezo, mientras yo seguía implorando. Intenté golpear a Nat. Primero con el bolso, luego con los vasos. Y me cayeron encima un montón de manos, de brazos, que me impidieron el movimiento. Mario lloraba y Nat se abrazó a él mientras yo seguía gritando. Y cuando no me quedó fuelle, cuando se me agotaron las palabras y los insultos, solo se me ocurrió implorar:

—Mario. Mi niño... —Sin apartar la vista de él, con el brazo extendido como el Adán de Miguel Ángel. Cada vez más lejos—. Mi niño...

## *Capítulo XX*

Fui trasladada al hospital. Y algo debieron pincharme, porque desperté varios días después. Un doctor que se parecía a Anthony Perkins me estaba dando algunos consejos; se resumían en tomar medicación todos los días, no beber alcohol, no tomar ninguna droga y volver a Urgencias si aparecía otro brote.

Otro brote.

Hablaba también de una «crisis pasajera» y de que, tras numerosas pruebas, habían descartado lo peor. Así que podía sentirme muy afortunada porque podía hacer vida normal.

Vida normal.

Otro brote.

Y esa vida normal se concretó durante los siguientes días en dormir. Seguir haciéndome preguntas. Más preguntas. Y temblar cada vez que pensaba que el asesinato no había servido para acabar con él. Nat sería el marido o lo que fuera de Mario por mucho que me pesara, pues mi hijo ya no hablaba conmigo y resultaba evidente que estaba preparando el traslado. Bastaba ver el montón de libros en la puerta. La ropa.

Sumida en el desencanto gris de la casa, paseaba arriba y abajo como una vieja sin propósito, intentando no pensar en el pasado.

En medio de aquella muerte en vida, un número desconocido parpadeó una tarde en la pantalla del móvil como la alerta que deseaba redimirme.

Al descolgar, encontré la voz que en otro tiempo me había abierto la puerta de la dicha.

—¿Quieres saber cómo lo hice?

Me habría gustado en ese instante dominar la técnica de los móviles para

grabarlo. Me entró una inusitada energía. Una inyección de vitaminas que eliminaba el efecto mortecino de los sedantes. Y respondí con las mismas palabras con las que podíamos haber iniciado una hermosa vida en común:

—Sí, quiero.

Pensé: «En cuanto lo sepa te hundiré de manera definitiva en la miseria. Porque ahora me has destrozado tanto, he recapitado tanto, que ya no me importa caer en el lodo para derribarte. No me importa el crimen perfecto. Solo me interesa el crimen. A secas. El crimen vulgar. El crimen».

—Te espero en la Casa de Socorro. A las 19:00 horas. Como la otra vez.

—Dónde iremos.

—Tú qué crees.

Apenas puse un pie en la calle, llamé a Claudia que, al otro lado, dijo una de esas frases habituales:

—Ahora mismo estaba pensando en ti.

—He quedado con Nat. Yo sola.

—Sara, siento haberte tenido abandonada estos días, pero he ido de...

—Escucha. Nos vamos los dos al Saler. Al bosque del Saler. Al Mirador.

—Sara...

—Solo te he llamado para avisarte de que si en tres horas no he regresado, envíes a la policía, porque ese hijo de puta habrá acabado conmigo. Creo que es lo que planea, y esa será la irrefutable prueba que lo alejará para siempre de Mario: mi asesinato.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Y si no es él quien acaba conmigo, esta vez yo no fallaré.

Colgué.

Sonaba muy a novela de Humberto y la pantalla del móvil parpadeó varias veces con el nombre de Claudia. La imaginé acalorada, insistiendo mientras se dirigía a toda prisa a la estación con la chaqueta a medio vestir y el bolso *penduleando* en el costado.

Acudí a la Casa de Socorro dispuesta a realizar el *remake* de unos días atrás. No llevaba el vestido algo charlestón, ni el collar ni la pulsera de bisutería, ni el bolso con los guantes, la máscara, ni la cinta de embalaje, pero Nat aguardaba fuera del Audi, sonrió también al verme y volví a pensar: «No sonrías, por favor».

De nuevo abrió la puerta en un ademán en exceso galante. Una vez dentro, dijo:

—¿No me vas a dar un beso?

Respondí:

—Mueve.

Y condujo en dirección al Saler.

—¿Dispuesta a repetir la escena y descubrir *la gran verdad*?

Me hizo gracia que dijera «la gran verdad». Como si hubiera una verdad inmensa y otras pequeñas verdades también.

—Aunque no será una repetición exacta. Ya sabes que amo las variantes. Para que la vida no resulte demasiado aburrida.

—Variantes macabras.

—¿Macabras?

Lo preguntó con un deje de ironía. Como si las palabras omitidas fueran: «Has intentado matarme, ¿existe algo más macabro que eso?».

No tardamos en llegar. Había anochecido. Serpenteamos entre la arboleda con el coche, hasta que lo detuvo. Miré alrededor.

—Dónde estamos. Esto no es el Mirador.

—Ya te dije que habría novedades. Hoy lo haremos sin espectadores. —Le brillaron los ojos—. Supongo que en el bolso no habrás traído los útiles para maniatarme.

Negué con la cabeza y abrió la guantera. Sacó la cinta de embalar y la máscara teatral del actor risueño.

—Ponte la máscara y átame. Como la otra vez.

—Estás loco —le dije, pero obedecí.

—Debajo del asiento está la bolsa. Colócamela.

Repetí paso a paso el *crimen perfecto*. Le puse la bolsa en la cabeza y la

aferré con la cinta. Nat empezó a moverse de manera espasmódica hasta que se quedó rígido. Después se rio. A carcajadas.

—Si la observas con detenimiento... encontrarás infinidad de agujeritos. Suficientes para respirar en el caso de que decidieras ahogarme.

—¿Cómo sabías que iba a ahogarte?

—Por favor, Sara... Hasta un niño lo habría sabido. Pero todo a su tiempo, porque ha llegado el gran momento. ¡El gran momento! Tú te vas... —hice el ademán de marcharme— No. No es preciso que te marches. Así lo verás bien. Fíjate.

Nos quedamos en silencio y no sucedió nada. Él, maniatado al volante, con la bolsa en la cabeza. Yo, en el asiento de al lado, aguardando a que ocurriera algo.

—Qué —dije.

—Espera.

Al fin, el maletero se abrió. Y poco después apareció junto a mí, pegado a la ventanilla, un rostro oculto tras la máscara de actor triste. Desapareció. Pensé que había rodeado el coche, pues volví a verlo un instante más tarde, cuando se situó en la parte del conductor. Ya se apreciaba su silueta entre las sombras. Un hombre delgado con un mono azul.

Pensé: «El chico drogadicto del hospital». Pero podía ser cualquiera. Incluso quizá hubiera muchos. Todos los esperpentos nocturnos que habían asistido a sus espectáculos de voyerismo.

Sin mayor dilación, el hombre del mono abrió la puerta, le quitó la bolsa a Nat y este respiró hondo.

—Ahora ya conoces el truco. Hace falta saber quién es el cómplice. ¿Lo imaginas? ¿Lo imaginas ya, Claudia?

Le quité la máscara en un arrebato de coraje y debí encender la luz interior del vehículo para estar segura de que no me engañaban los sentidos.

—Mario...

—...



—Por qué —pregunté tras un eterno silencio—. ¡Por qué!

Pensé: «No es posible». «No es real». «Es mi enfermedad. Sí, eso es. Mi enfermedad. Por favor, mi enfermedad. Bendita enfermedad».

En vez de responder, Mario se colocó en el asiento trasero.

—Por qué, hijo.

—Por qué. —Soltó como una especie de resoplido entre el llanto y la risa.

—Yo no sé lo que te ha contado, pero te aseguro que no es... no es fácil de explicar. La única verdad es que intenté separarte de él a costa de un gran sacrificio, y que sufrí por ello muchas vejaciones. Mario. Mario, cariño... Solo quise alejarte porque había padecido en mis propias carnes su monstruosidad.

Extendí el brazo en un intento de consolarlo y él rehusó.

—Hijo...

Maniatado al volante, Nat, pálidamente alumbrado por la escasa luz, sonreía. Pensé: «Solo tú tienes la culpa. ¿Qué coño le has hecho?».

Entonces, como si me hubiera adivinado el pensamiento, habló. Con esa serenidad tan enervante.

—Preguntabas cómo había descubierto que ibas a matarme.

Yo estaba demasiado abatida para querer saber nada. Pero Nat insistió:

—Eres buena en el amor, pero una pésima asesina.

No me pude contener. Le di una bofetada que le giró la cara. Como si no sintiera el dolor, sangrando por la nariz, prosiguió:

—Hasta el más torpe habría sido capaz de averiguar tus intenciones y el modo en que ibas a ejecutarme. Solo hacía falta ir poniendo los elementos necesarios para que los tomaras. La bolsa. La cinta. El Saler... Todo tan perfecto y a la vez tan... odiosamente manido.

—Qué le has contado. Qué mentiras le has contado a mi hijo.

—¿Mentiras? No. Mentira ninguna. Solo le he contado la verdad.

Pensé: «La verdad». Ya no pude resistir el llanto. Musité:

—Dios. Por qué. Por qué. Qué le has hecho...

Nos quedamos en silencio. Creo que mucho tiempo. Hasta que Mario inspiró fuerte en el asiento de atrás.

—¿Quieres saber lo que me ha hecho?

—Ya lo sé —dije, aunque ni siquiera estoy segura de si lo dije o se trató

solo de un pensamiento—. Ya lo sé. Y lo único que quiero es salir de esto. Olvidar. Pagar mi culpa. Y que volvamos juntos, lejos de...

Mario cogió a Nat por el pelo.

—Me ha hecho lo mismo que a ti. Ya puedes empezar a regurgitarlo el resto de tu vida. Porque esa será tu condena. El castigo.

—Escucha...

—No. No. Ya he escuchado bastante. Ya te escuché ahí dentro, en el maletero, la primera vez. Y ahora. Y no te escucharé más. Nunca más. Se acabó.

—Hagas lo que hagas, solo... solo quiero que sepas que yo siempre, siempre te querré y...

—Coge la cinta.

—La cinta.

—Sí.

—Qué pretendes que...

—Embálale la cara. La boca. La nariz.

—Pero...

—¡¡Vamos!!

Nat se removió en el asiento.

—¿Vas a matarme? —Y sonrió con descaro—. ¿De verdad vas a matarme? Acerqué la cinta, pero Mario me detuvo.

—¡Espera!

Se incorporó hacia el asiento de delante, se quedó un buen tiempo mirándolo a la cara, muy cerca, y cuando parecía que iba a besarlo, le escupió.

Nat solo dijo:

—Te quiero.

Con esa dulzura con la que me había engatusado tantas veces.

Mario se giró. Había llegado el momento. Me temblaron las manos mientras tapaba la boca y la nariz de Nat con la cinta. Había sido capaz de arrancar lo peor de mí. Quizá también lo mejor, pero yo no estaba preparada para ser feliz, para vencer tantos años de represión. Había volado demasiado alto para la levedad de mis alas.

No opuso resistencia alguna. Quedaron al descubierto los ojos. La última

mirada. El último reflejo. Brillando con la pálida luz de una luna triste y menguante. Y comenzaron los espasmos de nuevo. Esta vez de verdad. Apenas tres. Cuatro.

Y quedó rígido e inmóvil.

Mario se había ovillado en el asiento trasero. Le puse la mano sobre la cabeza y no protestó. Salté detrás para abrazarlo.

—Lo siento —dije—. Lo siento.

Pensé: «Quizá aún quede un pequeño hálito de esperanza entre nosotros. Iré a la cárcel, purgaré la culpa del asesinato como has planeado. Y alguna vez, después de muchos años, es posible que podamos abrazarnos de nuevo como ahora».

Nos quedamos así. Sin pensar. Hasta que la luz de un coche tiñó de reflejos azules y rojos la oscuridad. Después todo sucedió demasiado rápido. Los agentes. El bullicio. El asiento trasero de aquel coche de policía. La negrura de la arboleda. La autovía. Los esqueletos monumentales de los animales prehistóricos en el cauce seco. El reflejo azul en las fachadas. El pútrido retén. La separación. Adiós, Mario. ¡Mario...! Sus palabras repitiéndose en mi cabeza: «Ya puedes empezar a regurgitarlo». «Esa es la condena». «Tu castigo». «Tu castigo». «Tu castigo...». Y más tarde los ojos enrojecidos de Claudia, su rostro sin palabras del que escapan algunas lágrimas. El recuerdo de la frase que tantas veces repetía: «Nunca lloro las derrotas».

*Y la imagen borrosa de Humberto, perdida en la nebulosa del ensueño, sentado en el sillón mientras dice: «El tiempo lo arreglará».*

*Mi gratitud a Maribel Román, Javier Ortega,  
Virtu López y Susi Bonilla por la paciencia,  
correcciones y sugerencias.*

VICENTE MARCO



VICENTE MARCO (Valencia, 1966). Novelista, cuentista, dramaturgo y profesor de talleres de escritura creativa, ha publicado el ensayo *Manual de Escritura Creativa y Premios Literarios* (Ed. Berenice 2015), las novelas *Murmullos* (2000, Premio Comisión Cultural del Alto Almanzora, Olula del Río), *Los trenes de Pound* (2009, Premio Tiflos), *Ya no somos niñas* (2012, Finalista Premio Logroño), *Opera Magna* (2013, Premio Jaén de novela), *Mi otra madre* (2015, Premio Valencia de Narrativa en Castellano Alfons el Magnanim), *El collage de Orsson Beans* (2017. Finalista Premio Ateneo Valladolid), *Las revelaciones de Mackenzie* (2017) y *El cuadrilátero* (2017), (Premio de Novela El Fungible), así como la recopilación de cuentos *Los que llegan por la noche* (2010), *El desorden de los números cardinales* (Berenice, 2017) y las piezas teatrales *Viernes trece y sábado catorce* y *Los guanchu guanchu*, Como dramaturgo ha obtenido el Premio Nacional de Teatro Castellón a Escena 2013, el Fray Luis de León de Teatro 2014 y el Ciudad de Requena de Teatro 2017. Sus obras han sido representadas en distintas ciudades españolas y en México. En narrativa ha obtenido más de cincuenta galardones, entre los que destacan, además de los mencionados, el Premio Unamuno, el Premio Julio Cortázar, el Premio Alberto Lista o los

Premios Hucha de Oro